LA QUINTA

- UNA NOVELA DE JORGE SALLENAVE -

LA VOZ DEL SUD
AL SERVICIO DE LA VERDAD

LA OPINION
Identificado con la vida puntana desde 1913

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

- EL PERSONAJE -

Por Jorge O. Sallenave

Puso la luz de giro, dobló a la izquierda y enfrentó la tranquera de entrada a La Quinta. Buscó la llave del candado en la guantera y descendió del vehículo. El camino que conducía a la casa, ubicada en el centro de la propiedad, doscientos metros más adelante, invisible desde su posición por los castaños que la rodeaban, era de tierra y bordeado por retamos floridos. Abrió el candado y regresó al automóvil. Alguien que pasaba por la ruta hizo sonar la bocina y Horacio Spunter levantó la mano en señal de saludo. Con la ventanilla abierta recorrió despaciosamente el último tramo. Detuvo la marcha frente al portón de hierro, pero no tuvo necesidad de bajarse: Cipriano venía por la galería, seguido por Caldo y Bastón. Spunter colocó primera y con cuidado entró al parque. Detuvo el automóvil debajo del acacio, cerca del aljibe. Cipriano le dio las novedades del día como él sabía hacerlo: frases entrecortadas, pausas extensas; encogido a medias y suplicante. Después dijo que daría agua a los perros y se alejó seguido por ellos, quejándose sin entusiasmo cuando alguno dificultaba su paso inseguro. Spunter observó cómo el hombre llenaba una cacerola sin asas. Caldo, ovejero de pelo blanquecino, bebió en forma atolondrada, ruidosa, como masticando el agua. Bastón, más joven y de menor talla, se mantuvo a distancia, atento, y no bien el otro animal tomó un respiro, hundió su cabeza oscura en el rudimentario bebedero. El viento infló una telaraña prendida a las ramas del acacio. Spunter esperó un nuevo movimiento de la tela para acercarse. Una araña de patas largas y cuerpo negro permanecía inmóvil. "¿Qué espacio se necesitaba para estar en paz?", se preguntó. Y esa pregunta tenía un solo objetivo: afirmar su decisión de abandonar la ciudad para refugiarse allí, en La Quinta, con la intención de sintetizar su vida en las páginas de una novela. "Si hubo una decisión me pertenece", concluyó recordando el alejamiento de hermanos, sobrinos y amigos. "Ni penas, ni dudas, ni remordimientos", afirmó convencido de que con esa enumeración rechazaba cualquier comparación antojadiza con la araña. Dicho esto fue a sentarse en el muro de piedra laja que dividía el terreno engramillado del patio de ladrillo. Observó las sierras (tres en total, la alta y robusta en el medio). Parecían al alcance de la mano, pero para llegar a ellas, era necesario cruzar todo el fondo de La Quinta, un camino de tierra que nadie usaba y aventurarse en el monte virgen por estrechas y tortuosas sendas de animales, que en época de lluvia se cubrían de agua embravecida. Después pensó que el patio de ladrillo se había transformado con los años en el corazón de la casa. "Las cosas se dieron al revés" sentenció. "Por eso siempre entro por aquí". Olvidando que solo en ese patio podía ver sin límites las estrellas o el movimiento discontinuo de las luciérnagas. Spunter eligió el dormitorio que usaría a partir de esa noche. Se decidió por el de mayor amplitud, el segundo entrando por el pasillo, con ventana a la galería cubierta. No fue una elección arbitraria: le desagradaba dormir en cama individual y solo allí había una de dos plazas. Limpió el placard y acomodó la ropa. Apenas pasado el mediodía cruzó la tranquera posterior del parque y se dirigió a la casa de Cipriano. Caldo apareció bajo el parral, con su cola parada y el pelo encrespado, pero al reconocerlo vino a su encuentro. Bastón no tardó en unírsele. "Es una suerte que Cipriano los quiera tanto", pensó. Los animales estaban gordos y seguían al peón por todas partes. "No es común que esta gente quiera a los perros". Recordaba otros caseros rodeados de perros flacos, llenos de garrapatas, maltratados. "A lo mejor, ahora que viviré aquí, se acostumbran a dormir allá", y con allá quiso decir su casa. Cipriano apareció por la puerta con la camisa abierta y el pelo revuelto. "Dormía la siesta", pensó Spunter.

—¿Te desperté?

El hombre negó con la cabeza, sin mirarlo de frente.

—Olvidé decirte que cierres la tranquera de entrada, como si yo no estuviera.

Spunter iba a explicar el motivo de tal recomendación cuando reconoció que no tenía sentido confesar su necesidad de estar solo a alguien como Cipriano.

—¿Cuándo te visita tu hija?

—Los domingos… a veces—respondió el peón, siempre mirando a un costado.

—Que entre por el callejón del alambrado—dijo Spunter luego de una pausa, refiriéndose al callejón que usaba al principio, cuando La Quinta solo era monte virgen y barrancas. Al llegar la noche, Spunter sacó una reposera al patio de ladrillo y se sentó. Consideraba que

A Francisco S. que no dudó en preparar el suelo y plantar nogales.
"Si tanto sorprende la vida, cuánto más ha de sorprender la muerte".

A Eduardo S. por mostrarme La Quinta

"Distinto era el caso del hombre que lo sostenía. Él tenía alma, estaba vivo y convencido de que en sus brazos cargaba al Redentor" (De la novela "El Club de las Acacias")

estaba en condiciones de ocuparse de su objetivo: escribir. Pero también tenía en claro que no podía escribir sin antes haber pensado. "¿Sobre qué puedo escribir?", se preguntó. Y pensó en su vida. Recordó hechos y personas hasta llegar a Cipriano, pero lo desechó de inmediato como también a hermanos, sobrinos y amigos. "Nadie escribe sobre lo que no conoce y yo desconozco los huecos profundos de sus almas". Miró el cielo estrellado: "La imaginación ayudará. No es necesaria la convivencia para adivinar alegrías, pesares y ternuras de la gente". Luego se empecinó en contar las luces que veía entre los árboles. "Casas… gente, cada luz tiene una historia y yo no tengo ninguna. Dentro de poco esas historias invadirán La Quinta. Me encontrarán aquí, los pies sobre la pirca, puro esqueleto, sin haber escrito una frase…" La reflexión quedó trunca porque escuchó un roce de telas en fuga que le paralizó el corazón y el razonamiento. El ruido se repitió. Miró en dirección a los frutales, pero le fue imposible distinguir una figura. Lamentó haber apagado la luz de mercurio ubicada en el centro del terreno engramillado, frente a los galpones. ¿Ahogó una exclamación o escuchó un tenue quejido? Quizás las dos cosas sucedieron, pero no tuvo valor para dilucidarlo y entró en la casa. "Por la mañana averiguaré", dijo, y esa determinación le sirvió para no sentirse huyendo. Cuando su mano tomó el picaporte de la puerta la vio. Frente a él, dentro de la casa, en el pasillo, una joven le sonreía.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Spunter, y en menos tiempo que le llevó pensarlo supo que la pregunta carecía de sentido porque la imagen desapareció. "Un reflejo" aventuró, porque necesitaba encontrar respuestas y cualquier suposición era apropiada. No se detuvo en detalles: que la muchacha era agraciada, que no tendría más de 16 años, que en la muñeca le brillaba una pulsera con dijes, que el moño que ataba su pelo debía ser de seda, con un armazón interno ordenándole la forma. "Solo la imaginé, yo buscaba un tema y sin darme cuenta imaginé a esa joven en el pasillo". No obstante, Spunter no dudó en recorrer la casa y, aunque no bajó al sótano, colocó una mesa encima de la tapa clausurando la salida. Inspeccionó el tiraje de la estufa porque "alguien menudo bien puede caber en la chimenea". Hecho todo esto se acostó. Apagó la luz y se quedó con los ojos abiertos recordando a la muchacha. Debía desprenderse de ella si pretendía dormir. "Un pensamiento se sobrepone a otro", reflexionó. Trató de pensar en algo que borrara el pelo castaño, la pulsera con dijes y el gesto familiar de la joven. Pero seguía nervioso y fue hasta el baño para lavarse la cara. Al regresar vio luz en la cocina. "Olvidé apagarla". Pero esta excusa llegó tarde porque su mente se aferraba a esta idea: "Lo hubiera notado antes de acostarme". "¿Qué hago?". No tuvo tiempo de encontrar una respuesta, con la velocidad que tiene lo inesperado, la muchacha vino a su encuentro. ¿Vino? No fue así, porque Spunter se enfrentó con la joven como si un pase de magia la materializara frente a él.

—¿Cómo vamos a solucionar nuestro problema? creo que mamá ya lo sabe —dijo la joven y Spunter sintió el aliento tibio acariciándole el rostro— Ayúdame Horacio… estoy llena de vergüenza.

Spunter iba a recordar después el liviano aire de la huida. Por supuesto que en ese momento Solo tuvo conciencia de que la joven ¿la visión? desapareció. No la siguió, su valor no daba para tanto. Se dejó caer en una silla: "Sufro un desequilibrio, invento fantasmas". Trató de tranquilizarse: "Debo encontrar la causa de mi estado. Algo me obliga a inventar un rostro, la pulsera, su tono de voz y las palabras". Supuso que no debía faltar mucho para el amanecer ya que no escuchaba sonidos en la ruta: "Hay una hora en que el tránsito se debilita, se detienen los conductores noctámbulos y los madrugadores salen de sus casas". Se acomodó en la silla y cerró los párpados. "¿Y si es verdad…? ¿Si en este instante está detrás de mí o ronda la casa mirándome a través de la ventana?". Dispuesto a alejar sus dudas sentenció: "Ella Solo vive en mi fantasía. Se trata de una sombra que al golpear mi conciencia toma vida".

¿Por qué supuso Spunter que no estaba solo en la habitación? ¿Por qué se sintió observado? ¿Por qué esa seguridad de que la muchacha estaba a su espalda? Quizás porque se había convencido de que solo imaginaba y que nada de lo que ocurría le era extraño. "Me está mirando", pensó y abrió los párpados sin apuro. Planificó que su desinterés fuera notorio y giró con lentitud la cabeza. Ella estaba allí. Tomándose un brazo. Entre los dedos agarrotados brotaba sangre.

(*) Primera parte

Los personajes y los hechos mencionados en esta obra son ficticios.

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

- EL PERSONAJE -

Por Jorge O. Sallenave

—Mamá me lastimó. ¿Qué culpa tengo yo para recibir su odio? era tu obligación contenerte… ¡Vaya triunfo seducir a alguien que te ama desde que nació! —recitó la muchacha sin soltar su brazo, aunque esto no impedía que la sangre cayera al piso. Spunter reaccionó: "Yo podría decir lo que ella dice. Representa. ¿Quién se expresaría así si no fuera un personaje? Si quiero ir más allá… si me apasiona este relato, debo creer que esto ocurre y no sueño". Decidido a continuar vivenciando la posible historia ofreciendo nuevas posibilidades, se levantó del sillón, pasó al lado de la joven y, sin volverse, se dirigió al dormitorio. Allí esperó.

El amanecer tardó en llegar. La ventana del dormitorio daba al oeste y la galería retuvo la oscuridad hasta que el sol superó con amplitud el horizonte. Spunter estaba desilusionado: nada había sucedido. Se asomó con cautela por la puerta del dormitorio. Con la misma actitud, se dirigió a la sala para después ir a la cocina. Al regresar a la sala y ver manchas oscuras en el piso, ni siquiera consideró la posibilidad de que fueran una señal de lo ocurrido la noche anterior: "La casa necesita limpieza", se dijo.

Después de bañarse se sentó al escritorio, separó una hoja de papel y escribió en la parte superior: "Una sombra que golpea la conciencia" y "la noche tiene alma de cortesana". Cuando estuvo seguro de que no iba a cambiarlas, en el centro de la hoja anotó: Stella y María. Un nombre debajo del otro. Subrayó el primero y al lado agregó: La hija. Al segundo lo encerró en un cuadrado y colocó con letra pequeña y de imprenta: La madre. "Aquí tengo una historia", afirmó alegre. Encerró lo escrito en un círculo y al pie de la página puso la siguiente oración: "Horacio Spunter tiene dos amantes".

Al mediodía salió a caminar. No se propuso un recorrido extenso: el sol fuerte de verano enrarecía el aire. Desde el patio de ladrillo vio a Cipriano podando el ligustro que cercaba la pileta. Bajo la sombra del acacio, Caldo y Bastón dormitaban alertas; al aproximarse a ellos movieron sus colas y alzaron las cabezas. Como había dispuesto no salir del perímetro del parque, avanzó por el terreno engramillado, pero en diagonal, rodeando los galpones. Al llegar a los frutales cortó un durazno y lo probó. Solo un bocado para después tirarlo. Repitió la operación con ciruelas y damascos. Estos, de maduración temprana, tapizaban el suelo de color naranja y Solo algunos se mantenían en las ramas. En su circuito alrededor de la casa, Spunter llegó hasta los castaños de troncos robustos, de espeso follaje y abundantes flores amarillas. Lo atraía ese lugar: la tierra apisonada tenía consistencia de baldosa permitiendo un desplazamiento cómodo bajo el techo natural que ocultaba el cielo. "Es como una burbuja", pensó, recordando que en esa zona no había moscas ni mosquitos pese a la proximidad de los frutales. El sitio era silencioso, solemne. Fue entonces que se preguntó por qué había bautizado Stella a la muchacha y María a la madre. Ninguno de los nombres le pareció apropiado para un personaje. "Comunes", sentenció, aunque después reflexionó que los nombres no son de por sí determinantes. "Todo depende de la fuerza de quién los lleve". Aun así prometió cambiar el nombre de la madre: "Demasiado peso religioso". Pasó al lado de la galería cubierta y cuando se disponía a entrar en la vivienda decidió ir en busca de Cipriano que estaba a punto de terminar su tarea: necesitaba saber si alguien más vivía en La Quinta o podía entrar en ella sin ser visto. Cipriano pareció no entender. Respondió que el casero del vecino había muerto hace años y la casa seguía desocupada. Spunter quiso precisar su interrogante:

—Y en la casa… ¿nunca notaste algo extraño? —sin darse cuenta de que el requerimiento era aún impreciso.

—¿Por los ruidos dice usted…? Son lauchas. En una casa abandonada siempre hay bichos…

Spunter optó por regresar. Al pasar cerca del aljibe, en realidad un pozo en desuso, buscó una moneda. Se acercó a la boca y la arrojó al vacío. La moneda desapareció sin hacer ruido. Al tirarla formuló un deseo: que su imaginación no se agotara. Concentrado en su pedido no advirtió tres hechos: que Cipriano lo observaba, que la araña del acacio había extendido su tela cubriendo varias ramas del árbol y que el aire del pozo, después de recibir la moneda, se volvió cálido, con olor a flores descompuestas.

A Spunter le pareció que la noche no llegaba

nunca. Deambuló por los dormitorios, comió excesivamente y no pudo leer. No salió de la casa por temor a que un nuevo paseo debilitara su imaginación impidiendo otro encuentro con Stella. Al atardecer, recordó su promesa de cambiar el nombre a uno de sus personajes. Fue hasta el escritorio. Sin sentarse tachó María y escribió Diana. Disconforme, hizo una cruz sobre Diana y al lado colocó Paulina. Repitió el procedimiento con otros nombres, hasta que al final escribió María: "No hay mejor nombre para una madre. Si quiere llamarse así, que se llame", agregó, estremeciéndose porque reconocía una voluntad distinta a la propia. Ante la falta de acontecimientos, Spunter fue a sentarse en el patio de ladrillo. "Vuelvo al lugar del crimen", reflexionó mientras se acomodaba en la reposera. Quizás por esta reflexión, que en principio le pareció graciosa, no miró las estrellas como en la noche anterior. Pendiente de sonidos y silencios, movía la cabeza de uno a otro lado intentando identificar su origen. A veces la brisa cálida del norte se cortaba y escuchaba la música del Centro Vecinal y también el tránsito en la ruta. Por no haber dormido lo suficiente o porque la brisa comenzaba a sofocarlo, se sintió cansado y abandonó el patio convencido de que esa noche Stella no se presentaría y era conveniente reponer fuerzas porque "un hombre exhausto no tiene imaginación". Agradeció que las sábanas mantuvieran una temperatura agradable. Apagó la luz del velador y durmió. Lo despertó el calor junto a su cuerpo. Alguien estaba a su lado acariciándolo. El instinto le ahogaba la razón y Solo pensó que Stella había regresado. Por eso cuando musitó "Supuse que hoy no vendrías", aceptó de buena gana que su compañera ¿imaginaria? lo amara.

—¿Por qué no iba venir? —la pregunta llegó después, pero en una voz diferente a la de Stella, y eso fue suficiente para que él abandonara la inconciencia.

—¿Esperabas a mi hija? ¿Eres tan necio que confundes su amor con el mío?, ¿Acaso sientes igual en los brazos inexpertos de esa niña?

Spunter tanteó la mesa en busca del velador y encendió la luz. A su lado no había nadie. Y aunque era evidente que en la cama estaba solo, corrió la sábana superior como si con ese gesto pudiera descubrir a su compañera. "María", y usó el nombre como plataforma de las siguientes ideas: "¿Por qué se presentó así? Tarde o temprano este encuentro debía suceder… pero no de esta forma… ¿Mi capacidad Solo puede alimentar el rostro de Stella? Con sueños y eyaculaciones adolescentes avanzaré a tropezones". La puerta de la habitación, entornada, se abrió con lentitud, sin ruido, pero el hecho no pasó inadvertido para Spunter. "Mi voluntad va por buen camino…conoceré a María". Desde el lugar en que se encontraba, en la cama, sentado, apoyado sobre el respaldar, Spunter tenía una visión parcial de la pequeña sala que precedía a la recepción.

—Vamos… mi imaginación te llama—usó el tono normal de su voz, pero el silencio lo amplificó.

Se escucharon ladridos "¡Vaya!, casi he gritado, Caldo y Bastón me han oído. No tardarán en llegar". La cabeza de Bastón apareció por la ventana, detrás de las rejas. Al instante surgió Caldo. Spunter abandonó la cama y se dirigió hacia ellos. Los animales, que habían seguido su desplazamiento, gruñeron.

—Tranquilos…, tranquilo Caldo.

Las palabras produjeron el efecto contrario: los perros dejaron al descubierto sus filosos dientes y redoblaron los gruñidos amenazantes.

—¿Qué diablos les pasa? —dijo Spunter buscando una respuesta ante la situación inesperada.

Aunque la reja que cubría la ventana alejaba el peligro, los lomos erizados y la falta de reconocimiento en los ojos brillosos le dio miedo… tanto, que Solo atinó a retroceder. Caldo debió comprender que el objetivo quedaba fuera de su alcance porque abandonó su puesto. Spunter recobró en parte la tranquilidad. Comenzó a ponerse el pantalón sin perder de vista a Bastón.

—¡Perros de mierda!, mañana mismo le digo a Cipriano que se deshaga de ustedes—sentenció terminando de abrocharse el cinturón.

—Yo no alimentaría su odio, sobre todo si he dejado la puerta abierta—la voz femenina sonó a su espalda.

Spunter giró la cabeza, pero detrás suyo no había nadie. "Otra vez ella", y ya no sabía si se refería a la madre o a la hija. "Dejé bien cerrada la puerta… ¿por qué insisto en creer lo contrario?". Los gruñidos amenazantes se duplicaron en el pasillo. "Tal vez esto no es más que un sueño" pensó Spunter.

En la penumbra del amanecer, dos mujeres arrastraban con esfuerzo el cuerpo de un hombre. La que iba adelante, la que tiraba de las manos, era de mediana edad; la otra, la que a duras penas cargaba las piernas, una adolescente. Descansaron en el muro que separaba el patio de ladrillo del suelo engramillado. Al reiniciar la marcha, tomaron el cuerpo por el torso. Cuando llegaron al aljibe, y luego de algunos intentos, lograron arrojarlo por la boca. El cuerpo cayó sin ruido por el túnel oscuro. Se aplastó en el fondo, contra las rocas húmedas, cubriendo el reflejo dorado de una moneda.

(*) Segunda parte

LA QUINTA

- EL PERSONAJE -

Por Jorge O. Sallenave (*)

Chino y Lobito esperaban a Epifanio bajo la lluvia, con los zapatos hundidos en la tierra arcillosa del descampado, las manos en los bolsillos de sus impermeables, sin hablarse.

A las dos de la mañana, cuando el automóvil llegó, Chino subió adelante y Lobito atrás. Evitaron el centro de la ciudad. En Puente Blanco tomaron la ruta provincial. Las casas, apenas visibles por sus débiles luces, fueron espaciándose. Epifanio, el conductor, buscó una gamuza bajo el asiento y limpió el parabrisas empañado. Alto y delgado, y huesudo, con orejas levantadas y pelo cortado al ras, mantenía una apariencia juvenil pese a que estaba próximo a cumplir cincuenta años.

—Será un invierno duro—reflexionó encendiendo un cigarrillo.

—Mejor. El verano ha sido eterno—replicó Lobito apoyándose en el respaldo del asiento delantero, sin dejar de acariciar sus bigotes espesos que le redondeaban la cara y resaltaban su calvicie.

—El frío abre la temporada de caza—dijo Chino esbozando una sonrisa apenas perceptible y que bien podía confundirse con un gesto de desprecio.

—¿Cómo? —preguntó Epifanio que no había entendido el alcance del comentario.

—Las universidades cierran en verano, eso quise decir.

—Nosotros Solo nos ocupamos de estudiantes—completó Lobito festejando la ocurrencia.

En el baúl del automóvil iba una cuarta persona: Martín. Un joven de dieciocho años, con las muñecas atadas, la soga quemándole la piel. El cuerpo mojado por la transpiración. Temblando.

El vehículo giró a la izquierda y enfrentó la tranquera de entrada a La Quinta. Llovía con fuerza. Chino fue el encargado de abrirla. Esperó que el automóvil pasara y cerró. Llegaron hasta la casa y estacionaron bajo el acacio. La araña negra de patas largas, se refugiaba de la lluvia metros más arriba, en la corteza del árbol. En el aljibe, en realidad un pozo en desuso, la superficie del agua, hasta ese momento quieta, se onduló. Al oeste de la propiedad, Cipriano despertó. Llamó a Caldo y Bastón y los obligó a entrar en la pieza. En la zona gris que separa el sueño de la vigilia pensó "si no estuviera tan cansado iría a ver". Los hombres bajaron del automóvil y entraron en la casa por la puerta del fondo, la del patio de ladrillo.

Recorrieron las habitaciones asegurándose de que estaban solos. Luego se reagruparon en la sala. Allí se despojaron de los impermeables negros. Lobito regresó a la cocina. Se detuvo frente a la tapa del sótano. Dudó un momento, pero después tomó la argolla metálica y la abrió. Con precaución, descendió por la escalera, apoyándose en el pasamanos de hierro y tanteando con el pie cada peldaño. Cuando llegó abajo prendió su encendedor. La llama era débil y amenazaba extinguirse. Se apresuró a tomar de la estantería más cercana unas botellas. A oscuras regresó hasta la escalera y comenzó a subir. Al llegar a la mitad del recorrido creyó escuchar como un gemido a su espalda. Supuso que la suela mojada de su calzado lo había producido, pero al remontar el próximo escalón el sonido se repitió. Dejó las botellas en la escalera y con gesto experimentado extrajo una pistola que tomó con ambas manos. Describió un semicírculo con los brazos apuntando a la oscuridad que lo envolvía. Sin abandonar su actitud alerta, descendió nuevamente. Intentó prender el encendedor, pero éste Solo lanzó chispas inservibles. Intuyó que alguien se movía a su espalda y giró sobre sí mismo.

Una corriente de aire cálido lo empujó con violencia. Trastabilló y debió aferrarse a una estantería. Cuando logró enderezarse, el sótano se iluminó.

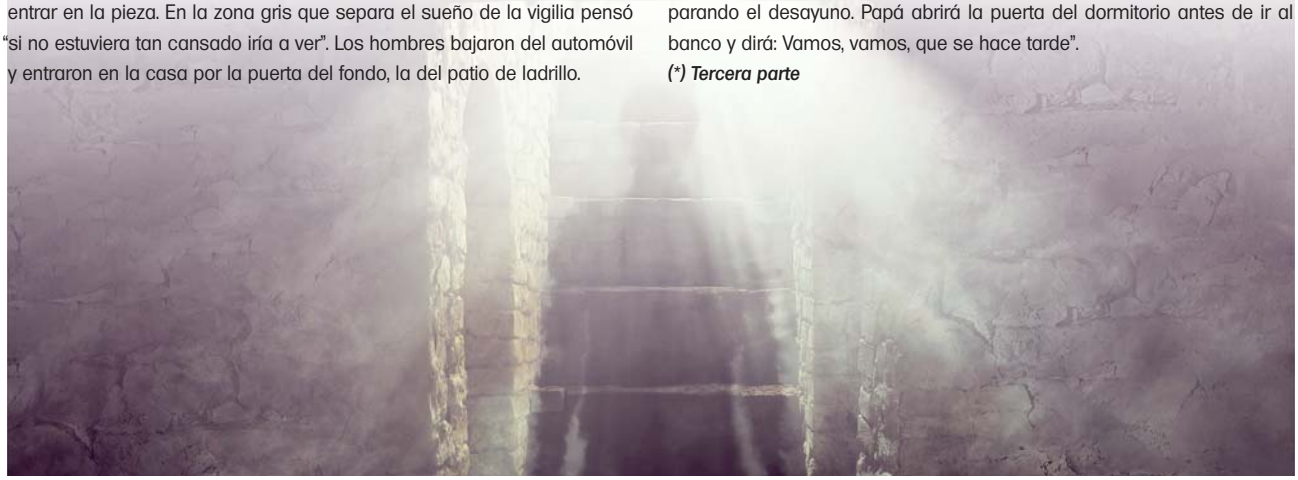
—¿Cuál es el juego? —preguntó Chino desde arriba, al ver a su compañero con la pistola en la mano —¿A quién pensás matar?

—No digás pavadas —respondió Lobito guardando el arma.

Afuera, bajo el acacio, en el baúl del automóvil, Martín escuchó que alguien arañaba la carrocería del vehículo. El ruido le hirió los oídos. "Buscan intimidarme", pensó. Quien arañaba la chapa insistió. El joven cerró los ojos y apretó los dientes. El sonido se oía cada vez más cerca. "Ahora abrirán la tapa", y se dispuso a ver el rostro de sus captores. Hubo nuevos rasguños metálicos, sobre su cabeza. Casi al mismo tiempo escuchó la Voz. "Volverán pronto Martín. Eso no se puede cambiar. Debe suceder. No temas. El temor te hará imaginar dolores que no existen. Cuesta más soportar la fantasía que los hechos. Un fogonazo y vendrás a mi lado. Por ahora descansa. Deja que tus nervios se relajen".

El joven fue perdiendo la conciencia. Su último pensamiento fue difuso pero esperanzado: "Despertaré en casa. Mamá estará en la cocina preparando el desayuno. Papá abrirá la puerta del dormitorio antes de ir al banco y dirá: Vamos, vamos, que se hace tarde".

(*) Tercera parte



LA QUINTA

LA VOZ

Por Jorge O. Sallenave (*)

Los hombres dejaron de comer. Chino se desprendió el cinturón y cerró los ojos. Epifanio apoyó los brazos en la mesa inclinando la cabeza sobre el pecho. Lobito con los pies sobre una silla, las manos en la nuca, miraba el cielorraso.

Los tres sabían que el momento de actuar había llegado, pero Solo Epifanio, con la cabeza gacha, pensaba en eso: "El muchacho será el último", se dijo. "No es culpa mía si ha hecho macanas", justificó. "Si ellos pretenden cambiar el mundo que se aguanten". Y sabía que nada de esto era verdad.

Lobito no pensaba en Martín. El hecho debía suceder. Como el sol de cada día. Solo lo incierto merecía ser analizado: "Al gemido lo escuché. No sé si existió, pero yo lo escuché. La correntada de aire me empujó. Si lo cuento se reirán en mi cara y hasta es posible que los muy cabrones lo cuenten a los otros. Ahí se van a reír todos. ¿Quién sabe si no me echan? Los jefes necesitan tipos seguros y no a un imbécil que se asusta en un sótano".

Chino, con el vientre hinchado de tanto comer y beber, dormitaba. Alternaba presencia con ausencia. Cuando su cuello perdía fuerza y la cabeza caía, daba un respingo. Entre dormido y despierto, Solo pensaba que su vida era una buena vida y si todo salía bien, sería mejor.

Epifanio, que era el único que pensaba en el muchacho atado en el baúl del automóvil, se puso de pie y dijo:

—Terminemos de una vez.

—¿Qué le vamos a preguntar?—dijo Lobito.

—Lo de siempre, ¿qué otra cosa? Él nos va a guiar. A ésos se les suelta la lengua fácilmente—afirmó Chino prendiéndose el cinturón.

Al oeste de La Quinta, Cipriano soñaba sobre el catre de lona, las piernas encogidas, tapado hasta la cabeza por una colcha agujereada y sucia. El peón dormía y soñaba con Matilde, su hija. Ella llegaba por el sendero del alambrado, como lo ordenara Spunter, el anterior dueño de La Quinta, vestida de domingo: blusa a lunares, pollera negra y zapatos charolados de taco alto que se hundían en la tierra blanda. Cargaba bajo el brazo un paquete envuelto en papel madera que dificultaba aún más su andar. A la distancia, levantó su mano libre y saludó. Al momento estuvo junto a él. "Eso pasa en los sueños", pensó Cipriano mientras soñaba. Ahora estaban bajo la sombra de las grandes hojas del parral, porque Cipriano soñaba con el verano y toda La Quinta era verde, el cielo azul y el calor intenso.

Matilde abrió el paquete sobre la mesa de madera. Con infinita paciencia liberó los nudos, hizo un ovillo con la piola y dobló en cuatro el papel madera. Caldo y Bastón observaban sentados sobre sus patas traseras y ella les dijo: "Aquí les traigo comida". Los perros movieron sus colas. Matilde levantó la tapa de cartón y metiendo sus manos en la caja sacó el cuerpo inerte de un niño: la piel blanca como la de un cerdo recién afeitado, los brazos cortados a la altura de los hombros, las piernas seccionadas a la altura de las rodillas, Matilde tenía un cuchillo de mango negro y hoja plateada. "Esto es para nosotros" dijo a su padre mientras cortaba la cabeza. Así soñaba Cipriano y en el sueño quería a Matilde porque se ocupaba de él que vivía tan solo.

Bajo el acacio, la Voz perdió su tono arrullador:

—Martín… Martín… ya vienen. No grites ni llores. Insúltalos. Debes enojarte mucho para no sufrir.

El corazón del joven le golpeó las venas con torrentes de sangre.

Los tres hombres atravesaron el patio de ladrillo, cruzaron el muro de piedra laja y abrieron el baúl. Chino, como si levantara un pequeño bulto, sacó a Martín con una mano y lo arrojó al suelo.

El joven gritó y en la profundidad del aljibe la Voz dijo: "Qué lástima, no me hace caso… ¿de qué sirve gritar? Va a sufrir sin necesidad. ¿Por qué es tan débil ante la muerte?".

Epifanio desató al muchacho y lo ayudó a pararse. Luego lo empujó con suavidad hasta el tronco del acacio donde le obligó a apoyarse.

—Déjeme —suplicó Martín—No me haga nada.

—Depende de vos—dijo Chino y sacó una sevillana de su bolsillo.

—Él va a hablar sin necesidad de golpearlo —afirmó Epifanio, y mirando al joven agregó—No quiero hacerte daño. Si nos das algunos nombres te podrás ir, ¿qué te parece?

—No entiendo señor—respondió Martín, sumiso y temblando.

—Vamos… no te dejarás matar por encubrir a unos hijos de puta que no valen nada. Dos o tres nombres y te vas a casita. Te ponemos en la ruta, hacés dedo y en minutos le devolvés la tranquilidad a tu familia… creo que es un buen trato.

Martín inclinó la cabeza y comenzó a sollozar.

—No sé nada… no he hecho nada. Le juro por Dios que no sé nada—dijo, atragantándose con lágrimas.

(*) Cuarta parte

LA QUINTA

LA VOZ

Por Jorge O. Sallenave (*)

La araña de patas largas se deslizó sobre la suave tela que unía las ramas del acacio hasta que estuvo sobre la cabeza de los hombres y del joven. Allí tejió, y a medida que lo hacía, fue soltando su cuerpo al vacío.

—Te voy a convencer rápido —afirmó Chino apoyando la mano de Martín sobre el tronco del árbol y desplazando a Epifanio con su cuerpo—Si no querés hablar estás en tu derecho—dijo y clavó la sevillana en la mano del joven con tal fuerza que la hoja, luego de atravesarla, se hundió en la corteza.

El grito atravesó el parque como un vendaval, dejó atrás los nogales desnudos, recorrió las hondonadas y fue a apagarse en el monte virgen al pie de las sierras. La araña detuvo el descenso. Cipriano escuchó en el sueño el alarido y preguntó quién era el que tanto sufría. La Voz en el aljibe protestó.

—Mirá qué coincidencia—dijo Chino, vos hablabas de Dios y parecés crucificado.

Epifanio mantuvo el grito del joven aún después de que se había consumido en las sierras. Supo que no detendría a Chino. Resuelto sacó su arma y apuntó a la cabeza de Martín. Como le habían enseñado: "Deje que su pulso se afirme. No se apure. La seguridad viene desde adentro y se traslada al caño de su arma. Una sola línea entre la mira y el objetivo. Recién entonces acaricie el gatillo". Disparó. La cabeza del muchacho rebotó contra el tronco del acacio dejando una mancha de sangre en la corteza.

Chino tardó en comprender lo que había sucedido, pero cuando lo hizo se volvió hacia Epifanio y lo encimó como si fuera a agredirlo.

—¿Estás loco? ¿¡Cómo se te ocurre matarlo!?

Epifanio, indiferente, guardó el arma y se dirigió a la casa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lobito, todavía junto al cuerpo de Martín.

—Encargate—respondió Chino.

—¿Por qué yo?

—Porque te divierte y yo quiero hablar con el viejo.

Así fue como Lobito quedó solo bajo el acacio. Del baúl del automóvil sacó una manguera y un bidón. Luego abrió el tanque de nafta, introdujo la manguera y chupó. No bien llenó el recipiente, regresó junto al acacio y tiró con fuerza de la sevillana. Tomó el cuerpo por los pies y lo arrastró por el terreno engramillado hasta los galpones. Recordó que su encendedor no le servía de nada y decidió buscar fósforos en la casa. "Total no se va a escapar", dedujo burlonamente.

—¿Terminaste? —preguntó Chino al verlo aparecer.

—Todavía no… pero en minutos será una hoguera. Necesito fósforos para la fiesta.

Epifanio metió su mano en el bolsillo, sacó su encendedor y se lo ofreció a Lobito:

—Mi colaboración.

—Has colaborado de maravilla —replicó Chino y tomando a Lobito del brazo agregó:

—Vamos… te ayudaré con la fogata.

Los dos hombres cruzaron el patio de ladrillo, rodearon el aljibe y se encaminaron hacia los galpones. Al llegar allí Lobito se detuvo de improviso.

—¡No está! —exclamó mirando sorprendido el suelo engramillado. Hizo un rodeo para luego volver al punto de partida repitiendo—¡No está! ¡No está!

—Si es una broma… con el viejo tengo suficiente.

—Yo lo dejé aquí—respondió el otro e inició un nuevo recorrido. Como el resultado fue negativo, extendió su búsqueda hasta la tranquera del fondo.

Lobito miró en dirección a los nogales desnudos, pero la lluvia y la noche oscura Solo le permitieron visualizar escasos metros más allá de la tranquera. "El pibe estaba bien muerto. No puedo equivocarme en eso. Alguien se lo llevó", dedujo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y no porque estuviera mojado hasta los huesos, fuera otoño y la noche fría. En ese momento recordó lo sucedido en el sótano y sin saber por qué lo relacionó con la desaparición del cadáver. "¿Cómo se me ocurre? ¿Desde cuándo creo en fantasmas? ¡Solo eso me falta! ¿Por qué no pudo ser un perro? yo no creo en espíritus". Pero él creía, y regresó al lado de Chino mirando con temor a los costados.

(*) 5ta parte

LA QUINTA

LA VOZ

Por Jorge O. Sallenave (*)

—Llamaré a Epifanio. Tenemos que encontrarlo —dijo y agregó sin convicción—Seguro fue un perro…

—A lo mejor Solo estaba herido… ¿Cómo no te diste cuenta? ¡Con qué par de imbéciles tengo que remar! ¡Un perro! ¿Cómo se te ocurre? ¿Desde cuándo un perro carga setenta kilos y sale corriendo? Fue gente del partido. Me suena más razonable. Huelo un guerrillero a cien metros y no me resultará difícil dar con ellos—replicó con vehemencia Chino.

En el aljibe, la Voz recuperó su tono suave para hablar al recién llegado: "Vamos a conocernos. Me contarás tus recuerdos y yo te hablaré de los míos. Pero no ahora. Ellos comienzan la búsqueda y no sería justo que tan inútil tarea careciera de testigos".

Epifanio dejó atrás los galpones para internarse en el cuadro de frutales. Caminaba despacio, como si diera un paseo. Lobito cruzó la tranquera del fondo y avanzó por el camino rodeado de álamos. A poco de andar pensó que el que había robado el cuerpo de Martín no iría por allí, sino bajo los nogales y de inmediato cambió de rumbo. El suelo, tierra hecha barro, se hundía con cada paso. "Tiene razón Chino, un perro no arrastra setenta kilos. Pero si fueran del partido nos hubieran atacado. Tenían a su favor la sorpresa y nuestro descuido. Claro que bien puede tratarse de un simple ciudadano. De ésos que meten la nariz sin que los llamen". Mientras tanto Chino llegó a la casa de Cipriano. Golpeó la endeble puerta. Desde adentro le llegaron los ladridos de Caldo y Bastón. Volvió a golpear. Escuchó pasos, un ruido de traba liberada y el rostro del peón se asomó por la hoja entreabierta.

—¡Dejame pasar! —dijo Chino empujando la puerta con tal fuerza que Cipriano recién se detuvo en el centro del cuarto.

Chino miró a su alrededor sin preocuparse por la actitud amenazante de los perros. Manchas de humedad cubrían las paredes. A un costado, un catre de campaña. Más atrás, contra la pared, un aparador antiguo y sobre él la fotografía de una niña enmarcada en plata. En un rincón, una palangana de loza con pie de hierro; al lado, una toalla pendía de un clavo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Quién señor? —dijo Cipriano con la cabeza gacha, la mirada esquiva.

Chino lo tomó del cuello y lo atrajo hacia él.

—¿Adónde metiste al pendejo?

A Cipriano se le agotó el aire. Su agresor lo miraba a los ojos, sonriente, disfrutando de la impotencia de su víctima. Por esa razón no vio cómo se alargaban los colmillos de Caldo, ni la baba enrojecida de Bastón.

En el fondo del aljibe, las sanguijuelas se adhirieron a la piel blanquecina que cubría las rocas. Al ondularse el agua les flameó el cuerpo y debieron succionar con fuerza para no desprenderse. "Ya ves", dijo la Voz, "el olfato de nuestros experimentados soldados falla. Te buscan demasiado lejos. Con asomarse a este hueco te hubieran encontrado. Pero el resultado será el mismo. Cualquier camino que tomen los traerá de vuelta".

(*) Sexta parte

LA QUINTA

LA VOZ

Por Jorge O. Sallenave (*)

Lobito tropezó al cruzar una acequia. Cayó de bruces. Sintió el barro en la cara. Al tratar de erguirse, un peso enorme se sentó sobre su espalda. La lluvia aumentó. El barro fue amontonándose junto a su boca. Frente a sus ojos los gusanos surgían de la tierra húmeda. Lobito cerró la boca, pero los gusanos, resbalando sobre la piel mojada, alcanzaron su nariz y se deslizaron por las fosas nasales hasta prenderse en su garganta. Epifanio había llegado al bosque de castaños. Miraba los grandes árboles y buscaba una explicación: "¿Por qué fue así? No creo que Él tenga la culpa. Caminos hay a patadas y uno elige el que quiere. Yo estoy seguro de que a Él nuestra elección lo entretiene. Nos acompaña para sorprenderse con el resultado. Ahora mismo debe estar a mi lado. Por pura diversión ha borrado el futuro de su memoria y espera. Es posible que sienta de igual manera: anhela una salida, que termine esta historia equivocada". Detenido en la oscuridad, bajo la lluvia, Epifanio imploró una liberación: "Sí estás aquí, te ruego que hagas algo. Mueve un solo dedo y los que se llevaron al chico me encontrarán. Avanzaré hacia ellos con lentitud, les facilitaré el blanco. Quiero salir de una buena vez y tú tienes la llave de todas las puertas". Aguzó los sentidos. Solo silencio y tinieblas. Después de unos minutos continuó la marcha para completar su recorrido alrededor de la casa. Al acercarse al automóvil decidió cerrar el baúl. En la caja, con las manos atadas y la cabeza ensangrentada, estaba Martín. Pensó que Chino o Lobito se le habían adelantado y que esa noche su compañero de ruta y él tenían mala suerte. Frustrado, bajó la tapa con violencia. "Seguiré esperando", dijo y agregó: "Te pedí que movieras un dedo. Sospecho que no lo harás, por lo menos hoy. Lo acepto como condena. Pero si te demoras, quizás encuentre valor y ya no te necesite". Después pensó en sus compañeros: "Estarán felices por haber recuperado al muchacho. Mañana podrán mirar a los jefes sin temor".

—¡Lobito! —llamó entrando en la casa, y al no obtener respuesta avanzó por el pasillo hasta la puerta de la sala. Se detuvo en el umbral. Desde allí vio a sus compañeros sentados a la mesa, junto a la chimenea, inmóviles. Y supo que algo ocurría con la certeza del presagio. Se acercó a ellos y aunque su voluntad le ordenó volver la cabeza, no pudo hacerlo: la garganta desgarrada de Chino y el rostro agusanado de Lobito le acapararon la mirada.

—¡Mi Dios! —gritó.

Tal era su desamparo que Solo atinó a implorar la asistencia de quien lo acompañaba en su camino. La plegaria fue útil: pudo abandonar la casa. A los tropezones, jadeante, resbaló al cruzar el muro de piedra laja y cayó. Amortiguó el golpe con sus manos, pero aun así no evitó que su rostro se hundiera en el barro. Se levantó con dificultad. El dolor en las muñecas era intenso. La ropa húmeda se le pegaba al cuerpo. Llegó hasta el automóvil tiritando. Sentado frente al volante, pensó que al final de cuentas lograría su objetivo: "Los jefes se sentirán molestos. Necesitarán desquitarse con alguien". Dio arranque al motor. En el camino hacia la tranquera recordó que Martín, su última víctima, iba con él, en el baúl. "Somos dos muertos a la deriva". Al trasponer la tranquera se detuvo. Bajó del vehículo y la cerró. Por un instante miró en dirección a la casa. La noche era profunda y llovía. En ese momento, en el aljibe, en realidad un pozo en desuso, la Voz decía a Martín: "No te preocupes, Solo lleva tu cuerpo descarozado".

(*) 7ma parte

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA
ELLA SABE

Por Jorge O. Sallenave (*)

Tiene siete años y en la primavera cumplirá ocho. "No podré tenerte en mis brazos", bromeaba su padre la tarde pasada cuando recorría el fondo de La Quinta. "No se alza a una señorita" declaraba, cargándola sobre la espalda para que ella cortara las hojas recién nacidas de los nogales e imaginara que al festejar su cumpleaños crecería de golpe hasta tocar el cielo. "Quedan pocos días", decía su padre sorteando de un salto una acequia repleta de helechos y menta.

"Tres posibilidades" anunciaba su madre la noche anterior al servir la cena. "Te daré una pista" agregaba su padre: "Tiene ojos grandes, resopla y corre rápido como el viento".

Clarisa, la niña, sonreía y simulaba el relincho de un caballo. "Piensa que le regalaremos un caballo", deducía su padre con cara de asombro. "¡Un caballo! nuestra niña sueña", replicaba la madre desde la cabecera de la mesa. "Se llamará Rayo", afirmaba Clarisa escondiendo su rostro detrás de una botella. La noche anterior.

Esa mañana, recién despierta, sabe que sus padres han muerto mientras ella dormía. No se pregunta por qué sabe eso. No tiene necesidad de hacerlo. Segura de lo que sabe se levanta y calza sus chinelas con forma de conejo. Alza su oso de felpa. Va hasta el dormitorio de sus padres y entra. La cama está tendida. Luego se dirige a la sala, donde comieron la noche anterior. La mesa no ha sido levantada. "Mamá no tuvo tiempo", reflexiona. Entra en la cocina. Todo está desordenado, la vajilla sin limpiar, las ollas sucias. Abre la heladera y toma un jarro con leche. Intenta prender el gas. Le cuesta. Luego de varios intentos se enciende la llama. Vuelve a la sala y desocupa una esquina de la mesa. Acomoda una taza, el recipiente del café, una cuchara, la azucarera. Prueba la dureza del pan y elige el más blando. Se acuerda de la manteca y la trae. La leche hierve y busca una agarradera para retirar el jarro del fuego. Se sienta a la mesa, coloca el oso de felpa apoyado en el frasco de café y mira hacia afuera.

Tiene ganas de llorar, pero se reprime. Los castaños están floridos. El sol se refleja en flores amarillas. El primer sorbo de café golpea en su garganta y regresa. Pero no está dispuesta a quebrarse. Corta una rodaja de pan, la unta con manteca y come. Mientras mastica, acaricia con sus dedos los ojos de plástico del oso de felpa. Piensa en muchas cosas hasta que recuerda la escuela: "¿Cómo haré para ir? ¿Quién me llevará?".

Por primera vez en esa mañana sonríe. Ha decidido no ir a la escuela. Se quedará en La Quinta, jugará con los perros del casero, recorrerá el fondo, se bañará en la pileta y recordará a sus padres. Cipriano la ayudará con las compras. "¿Y la plata?" se pregunta asustada, pero al momento siente alivio. Recuerda la caja en el fondo del ropero.

Corre hasta la habitación y verifica. Abre la caja y arroja el contenido sobre la cama: pequeños fajos de billetes, una estampa de la Virgen, doradas monedas. Ha dejado de pensar en sus padres. Ya no acaricia el oso de felpa. Imagina un caballo manso, negro, de crines y cola larga, esperándola en la tranquera del fondo. Ella se le acerca, el animal baja la cabeza para que lo acaricie entre las orejas. Quiere comprobar si es cierto lo que imagina. Va a la habitación y se viste.

En la zona oeste de La Quinta, Cipriano se lava la cara en una palangana. Con las manos refriega su rostro curtido. Luego se peina. Como tiene el pelo duro y abundante, usa la misma agua para achatarlo. Bastón se estira bajo el parral, Caldo se revuelca. El invierno, que está a punto de terminar, los ha adelgazado. Cipriano trae una pava, un colador remendado, una taza y tortas de grasa. Mientras prepara el mate cocido piensa: "No debieron hacerlo. Ahora está sola. ¿Qué haré con una niña tan pequeña? Si mi hija viviera aquí…". No concluye la idea. En el camino bordeado de álamos, cerca de la tranquera, un caballo negro de larga cola sacude la cabeza y relincha. "Tendré que revisar los alambrados. Por algún lado se metió", reflexiona tratando de recordar a quién pertenece el animal. Se da por vencido: no lo ha visto antes.

En el aljibe, en realidad un pozo en desuso, la Voz recrimina al joven que la escucha: "No puedes sentirte mal por lo que no has vivido. No estarías más satisfecho si hubieras muerto a su edad", dice indicando la piel cargada de sanguijuelas. "Tus sentimientos no la salvarán…", se interrumpe, porque un ruido extraño, tal vez un relincho, la distrae. Luego suspira y agrega: "Quizás me equivoco, pero alguien pretende influir en los hechos y me molesta".

En el acacio, una mosca cae en la red tejida por la araña de patas largas. La presa ve avanzar a su captora e intenta liberarse. La araña llega a su lado. La cubre con baba y comienza a chupar su vida, pero de pronto, en mitad de la tarea, se detiene. Como los otros moradores de La

Quinta advierte la presencia del caballo negro y sospecha.

Clarisa es rubia, de cabello fino y largo, con trenzas. Cuerpo menudo. La piel en extremo blanca, como si desconociera el sol. La niña sale al patio de ladrillo. Hay perfume de plantas en primavera. Mira hacia el acacio gigante, luego hacia los durazneros y ciruelos florecidos. Se sienta en el muro de piedra laja de espalda a las sierras. En esa dirección se encuentran la tranquera y, un poco más atrás, el caballo negro. Como enfrenta a la galería, recuerda que allí solía jugar con sus padres a la pelota. Por ese recuerdo se sabe sola, y también que le será difícil jugar. Cipriano le parece viejo y los perros poco cariñosos. Por eso duda si le conviene dejar la escuela donde hay recreos y juegos. "Pronto cumpliré ocho años, seré grande y no me interesará jugar" concluye, pretendiendo cubrir la ausencia que la rodea.

En La Quinta, sin que Clarisa lo note, suceden estos hechos: Cipriano comienza a recorrer la distancia que lo separa del caballo negro. Deja atrás el parral y transita el sendero que lleva a la tranquera del fondo. La Voz, calla. Las sanguijuelas se sueltan de la piel que cubre las rocas del aljibe. Rayo, el caballo, espera.

Clarisa se pone de pie, deja el osito de felpa en el muro que divide el patio de ladrillo del terreno engramillado y se vuelve. Cuando descubre al animal, cierra y abre los ojos, quiere saber si no se engaña. El animal sigue en su lugar. Lo llama con sorda intensidad: "¡Rayo! Supone que un grito podría espantarlo. El caballo también la ha visto, relincha y cruza su cabeza por encima de la tranquera, estirándose lo más que puede. Cipriano y Clarisa llegan a la tranquera al mismo tiempo. El hombre con su paso demorado, la niña corriendo.

Rayo ignora al peón y resopla sobre la cabeza de Clarisa. Esta eleva sus manos pequeñas tomándolo de las quijadas. Caldo y Bastón se muestran indecisos, dan vueltas en círculo con la cola entre las patas, quejándose con ladridos entrecortados.

—Buen día niña —dice Cipriano.

Ella no responde.

—Debió entrar por el fondo—arriesga el hombre preparando el lazo.

Clarisa se apresura a mentir y dice que es un regalo de sus padres. Cipriano sabe que Clarisa miente, pero no puede demostrarlo.

—Y ellos ¿dónde están? —pregunta para que la verdad aflore.

—En la ciudad. Volverán mañana—responde la niña convencida de que ha fijado un plazo eterno.

El peón mira de soslayo. Pregunta entonces si no tiene miedo de estar sola.

—No lo tengo. Usted, sus perros y Rayo me acompañan—le responde acariciando el belfo del animal.

—Si es tuyo…—accede claudicando.

En el aljibe, la Voz se vuelve hacia el joven que la escucha: "Ya ves. No es conveniente guiarse por prejuicios. Anoche suponíamos que la muerte de sus padres la dejaba a la deriva. ¿Qué opinas ahora? Se defiende con sutileza. ¿Si estoy molesta? No ganaría nada con negarlo. Me perturba ese aliado imprevisto que entorpecerá nuestra empresa. ¿Si es posible que de este lado haya dos bandos? No sé qué responderte. Es algo que desconozco. Me inclino por una respuesta afirmativa para justificar mi desconfianza hacia ese animal que la acompaña. ¿Cuál sería el objetivo de nuestros enemigos? Ante tal interrogante Solo tengo una respuesta: asegurar la vida. Impedir que al final del día se reúna con nosotros".

Clarisa pide a Cipriano la cuerda que lleva. Rodea el pescuezo del animal y lo conduce hasta el centro del terreno engramillado. Allí se sienta. El caballo, inmenso a su lado, comienza a comer el pasto tierno de primavera.

Cipriano observa la escena. Contradictorios pensamientos lo asaltan: "Quizás muera bajo sus patas. ¿Cuál es mi obligación? ¿Debo cuidarla? Nada se me ha dicho. Si no fuera esclavo de lo que prometí, no dudaría en tomarla entre mis brazos". Con este pensamiento, seguido por sus perros, se dirige hacia su casa. Cuando está a punto de perderla de vista dice: "Que sea lo que ellos quieran".

Llega la tarde y Clarisa sigue sentada al lado del caballo. No ha sentido hambre ni la ha molestado el sol. Durante esas horas ha hablado sin cesar: de la ciudad, de las razones por las que sus padres compraron La Quinta, del oso de felpa, de la alegría que siente al caminar bajo los nogales. También le ha dicho a Rayo que el atardecer la entristece. Que la penumbra le recuerda cosas feas. Le confiesa que sufre recordando la ausencia de sus padres. "No podré verlos más. Por crecer los he perdido". Al decir esto, saca un pañuelo del bolsillo y suena su nariz.

La Voz comenta: "Nada es definitivo. Ni en la vertiginosa vida, ni en la quieta muerte. Pronto, muy pronto, olvidarás los recuerdos que se te pegaron al morir bajo el acacio. Es mi obligación advertirte que de este lado te dejarás seducir por la misma idea de permanencia.

(*) 8va entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA
ELLA SABE

Por Jorge O. Sallenave (*)

Acostumbrado a la oscuridad, a mis buenas maneras, al eterno desasosiego, estarás dispuesto a creer que nada cambiará. Y eso es falso. Porque en algún punto de la eternidad existe tu próximo camino. Al ingresar en él se repetirá la historia. Yo Solo seré tu recuerdo. Nadie es niño para siempre, ni grande para toda la vida", comenta La Voz.

Clarisa se pone de pie. Ata la soga a la base de la farola de mercurio.

—Lo siento —se disculpa—quiero estar segura que no me abandonarás. Abraza de nuevo la cabeza de Rayo y lo besa. Luego se dirige a la casa. Cada tanto se vuelve y lo saluda. Retoma su oso de felpa: —Tenemos un amigo—le susurra al oído. Cuando va a cerrar la puerta distingue dos bultos que se mueven cerca de la tranquera. Pero no se detiene. La noche avanza de prisa.

En la tranquera, Caldo y Bastón no tienen ojos para ella. Pendientes del caballo, dejan colgar sus lenguas moradas mientras la respiración se les agita. Entran al parque. Avanzan al acecho, apenas rozan el suelo, orejas escondidas, hocicos en punta. Manejan el silencio con soltura. El caballo los ha visto. El movimiento de sus patas y cabeza lo demuestra. Se ubica para que su anca los enfrente. Los perros se detienen. Saben que la contienda es inminente.

Clarisa, en la casa, acomoda el oso de felpa sobre los almohadones de la cama que usaban sus padres. "Enseguida vuelvo, voy a preparar la comida". Se pregunta qué comida hará. Se acuerda de su madre cocinando. ¡Qué difícil es vivir sola! Llega a la sala y descubre que alguien ha andado por allí. Quien haya sido ha colocado un mantel individual sobre la mesa, un plato, la panera, una botella de gaseosa, un ramillete de flores amarillas. Piensa en Cipriano. Al viejo, como ella lo llama, no le tiene simpatía. Pero en ese momento, cuando ve la mesa puesta, se alegra por lo que supone ha hecho. "Debió aprovechar el tiempo en que estuve hablando con Rayo". Olvida las dificultades que instantes antes la abrumaban. Dispone hervir fideos. "No será difícil", afirma. Entra resuelta a la cocina. No ha dado más de dos pasos cuando ve sobre la mesada una fuente con milanesas y puré. La niña duda. Le cuesta aceptar que Cipriano también se ocupara de cocinar su plato preferido. Pero nadie más vive en La Quinta y esta seguridad le permite llevar la fuente a la mesa. Se sirve una milanesa y dos cucharadas de puré. Luego se sienta. Toma un vaso de gaseosa, tiene mucha sed. "He estado demasiado al sol". Nota la boca seca, la frente caliente y la piel que le pica. "Mañana se me pasará", afirma y comienza a comer.

La Voz, en el fondo del aljibe, en realidad un pozo en desuso, se justifica: "Una pequeña travesura. No van a cambiar las cosas porque esa niña coma. ¿Cómo dices? Ni se te ocurra. Los plazos aquí se cumplen. Son definitivos, improrrogables, tan ciertos como que la piel de ese hombre solitario cubrirá la roca de este pozo por toda la eternidad. La niña vendrá. Lo que suceda hasta esa hora son meras contingencias".

Caldo es el primero en atacar. Se apoya en sus patas y salta. La noche muestra su salto en una sombra que vuela hacia el caballo. Sus dientes se hunden en la grupa. Perforan el cuero, rasgan la carne. Rayo corcovea. Bastón también se lanza al ataque. Elige los ijares.

La araña sobre el acacio ha vuelto sobre su presa. La batalla en el terreno engramillado no la atrae y prefiere escarbar el cuerpo de la mosca tiesa.

En el sótano de la casa el aire se ha puesto en movimiento. La lámpara que cuelga de un cable anudado oscila. La intensidad de la corriente aumenta. El aire golpea contra las paredes y se enardece. Circunscripta a la escasa dimensión del cuarto embiste las estanterías. La madera se queja. En su recorrido avanza por la escalera y empuja la tapa que cubre la en-

trada, luego desciende, escalón por escalón, hasta tocar el suelo.

Clarisa come su segunda milanesa. Corta la carne. Con el cuchillo extiende sobre ella un poco de puré. Mastica. Se sirve otro vaso de gaseosa. Con el apetito calmado piensa más tranquila: "¿Y si no fuera el viejo? Mi madre pudo cocinar para mí. Vino de donde está y frio las milanesas". Por primera vez imagina la muerte. La imagina de noche, porque a esa hora murieron sus padres. Desde el cielo baja un automóvil negro, muy antiguo, grande. Nadie lo conduce. El motor no hace ruido. Se posa al lado de la galería cubierta. Su padre es el primero que despierta. Va hasta la ventana enrejada, mira hacia afuera. "Es hora", dice. Los dos salen por el pasillo. Antes de dejar la casa entran en la habitación de ella. La observan. "Faltan pocos días", afirma la madre tomada del brazo del padre. Luego salen. La noche estrellada parece inmóvil en su silencio. Aún tomados del brazo llegan al vehículo. Así imagina la niña y se dice: "Quizás mamá acomodó la mesa y frio las milanesas. Quizás papá trajo a Rayo". Pero la imaginación no es dócil. Ve la misma noche estrellada. Un hombre sin rostro, con alas de diablo, que sobrevuela la casa. Clarisa ve por el hombre alado. Desde la altura, su mirada atraviesa las paredes. En una habitación se ve dormida. En otra, a sus padres. El hombre pliega sus alas y se filtra por el cielorraso. Aletea. Cae sobre ellos, los cubre y los lleva. Clarisa tiene miedo. Deja los cubiertos apoyados sobre el plato. Se tapa los oídos porque supone que de esa forma ahuyentará el ruido de las alas y cierra los ojos. Cuando los abre ve a su alrededor globos flotando: celestes, amarillos, rojos. Sobre la mesa una torta de cumpleaños. Sorprendida observa los globos. Olvida lo que imaginaba y sonríe.

La Voz también sonríe y habla: "De qué sirve un cuerpo atenazado por la tristeza o el temor. En tu caso, te pedí odio y rencor. Si el hombre viejo no te disparaba a tiempo, tu alma sería hueso. Como puedes ver, con los niños es más fácil, algunos globos bastan".

En el terreno engramillado la lucha continúa. Rayo tiene colgajos de cuero. Bastón Solo ve a medias, ha perdido un ojo en la batalla. A Caldo se le escapa la presa de la boca y al caer al suelo siente las pesadas patas del caballo mordiendo sus costillas.

Al oeste, en la casa de Cipriano, hay silencio. Cipriano mirando la fotografía enmarcada en plata, piensa en la niña. Recuerda a su hija confundiéndola con Clarisa. Tan intensa es la imagen que está a punto de ceder a lo que desea: sacar a Clarisa de La Quinta. Sabe que un hecho semejante irritará para siempre a sus dueños. Que sufrirá los máximos tormentos y que su hija está de por medio. Duda y sueña. La niña prende las ocho velas y pide tres deseos: que sus padres se encuentren bien, que Rayo no la abandone, que ella pueda ser grande. Las velas se apagan solas. Se niegan a concederlos. Clarisa es insistente y las prende de nuevo. Renueva el ritual: "Algún día me reencontraré con ellos, pero mientras eso ocurra pido que descansen y sean felices. También quiero que durante todo ese tiempo Rayo esté a mi lado. Y como el tiempo es mucho, no deseo esperar como una niña". Por la ventana del dormitorio de los padres de Clarisa entra un animal de piel aceitosa. Salta sobre la cama, donde está el oso de felpa y lo ataca. Hinca sus colmillos afilados en la felpa.

Clarisa sopla las velas que se apagan en hilos de humo blanco. Ella aplaude. Convencida de que sus deseos serán atendidos, corta un pedazo de torta.

En el terreno engramillado los animales detienen sus despojos para recuperar fuerzas. El aliento no se recobra fácilmente cuando el esfuerzo supera.

La Voz dice al que la escucha: "Ahora puedo asegurarte que hay más de un bando. ¿Te alegras? Si Solo se trata de una suspensión, un aplazamiento tan breve que ni ella se dará cuenta. ¿Aun así te alegras? ¡Con qué poco!".

El animal busca despanzurrar al oso de felpa. Sus ojos inmóviles de ratón enfrentan los de plástico del juguete. La indiferencia lo desconcierta. Necesita, para seguir dañando, un gesto de dolor. Con sus fuertes mandíbulas sacude al juguete, de uno a otro lado. Como nada sucede supone que es él quien está atrapado. Intenta liberarse aflojando sus quijadas. Pero la felpa se ha pegado a sus colmillos y no lo abandona. Su cola se desenrosca, le arde la piel, la garganta se le anuda. El oso lo rodea con sus brazos de paño. Lo ahoga.

Al fondo de la propiedad, bajo los nogales que ocultan a medias la noche estrellada, una pareja camina por la acequia. Van descalzos. Con cada paso liberan el olor de la menta. Tomados de la mano. En dirección a las montañas. Él la rodea con su brazo. Ella se apoya en su hombro.

Clarisa abandona la mesa. Va al dormitorio ignorando que en esa habitación se ha desarrollado un combate definitivo. Prende la luz. Sobre los almohadones descansa el oso de felpa. "¡Qué hermosa fiesta de cumpleaños!", le dice. Se desviste y se acuesta.

En el terreno engramillado los contendientes se recuperan. Caldo y Bastón miran al caballo, miden la fuerza que aún tiene Rayo. Impresiona. Los perros así lo piensan. Se alejan de él, cruzan la tranquera. Han perdido la imagen de amenaza y furia que los acompañaba al entrar al parque. Al llegar a la casa de Cipriano se enroscan en el suelo. El rocío de la noche los adormece. Cipriano los escucha llegar. No necesita otro dato para saber que la niña sigue viva.

En el aljibe, las sanguijuelas han saciado su sed. La Voz duerme y quien la escucha sonríe.

La araña acaba con su presa. Corta su baba y la deja caer al vacío. Recompone la tela. Al terminar su obra, se esconde en la corteza.

Clarisa le cuenta al juguete que ha pedido tres deseos. Le dice que se lo cuenta porque sabe que él no hablará y sus deseos seguirán siendo un secreto. Lo que ella no sabe es que los dos primeros se han cumplido esa misma noche y para el tercero Solo faltan pocos días.

(*) 9na entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA
EN ARMONÍA
(Un hombre muy casado)

Por Jorge O. Sallenave (*)

El primer camión estuvo a punto de volcar. El camino de entrada era estrecho y el conductor iba distraído contemplando el paisaje. Los neumáticos mordieron el borde de una acequia y el vehículo se inclinó peligrosamente.

Donato Modavel pasó momentos de zozobra. Un accidente lo hubiera obligado a suspender el traslado y, por supuesto, la inauguración, con el daño previsible a su relación matrimonial. Cuando compró La Quinta les había prometido a sus esposas que las reparaciones no llevarían mucho tiempo: "No hay que hacerle nada —les decía—pintura, detalles de plomería. Estará lista en dos meses… a lo sumo tres… Ha sido una pichincha, una verdadera ganga. De ahí no nos moveremos más. ¡Qué árboles! En toda la región no he visto nada parecido. Si los nogales parecen dibujados. ¡Y no exagero! Las quiero ver cuando se apoyen en esos troncos sólidos y miren hacia arriba. Es un mar de hojas rechonchas, grandes como platos soperos". Las mujeres se hacían gestos cómplices y sonreían. Una se levantaba para colgarse del cuello del hombre, otra lo tomaba de la mano, la tercera proponía un café e iba a servirlo. "No hay que preocuparse… En sesenta días abriremos. No tendremos otra oportunidad como ésta", prometía Modavel rodeado por Tim, Raquel y Laura.

No sucedió así: "Pero acá nadie quiere trabajar", afirmaba el hombre cuando llegaba por las noches, cansado de bregar con los albañiles. Al principio, sus esposas lo apoyaban. No bien advertían que su ánimo flaqueaba, le proponían una salida por la ciudad o repetir uno de los casamientos, sin olvidar detalle, como correspondía entre personas que se amaban y se amarían siempre. Pero después, cuando todos los plazos se cumplieron, fueron perdiendo fortaleza y las noches se llenaron de silencioso malhumor. Para complicar más la situación, la cuenta bancaria familiar estaba agotada. Por eso, cuando el camión recuperó el equilibrio, Modavel respiró aliviado.

Las mujeres de Donato Modavel llegaron en taxi, cuando los de la mudanza se habían ido. Acaloradas, abanicándose con las manos, asombradas por lo que veían, indicando hacia todas partes.

—¿Qué opinan? —preguntó el hombre cuando se reunieron bajo el acacio—¿Exageré en algo?

El verano era pródigo. Laura apostaba que podía distinguir siete tonos de verde en las diferentes plantas. "Por lo menos", se ufanaba. "Mostrame", pedía Raquel. Laura señalaba: verde botella, mostaza, esperanza, nilo, musgo, esmeralda. "Te falta uno", apuntaba Tim. "Profundo", respondía Laura. "Todos los colores son profundos", afirmaba Tim "lo demás es mezcla". Raquel las abrazaba y decía: "Yo pienso lo mismo. Hay una sola forma de amar, lo demás es mezcla".

La Voz en el aljibe, en realidad un pozo en desuso, le hablaba a Martín en forma alegre, complacida. "Si debo elegir entre acción y omisión, no dudo. Manejar el futuro es una tentación de la vida. Es natural, allí el tiempo es corto. Pero en nuestro caso no tiene sentido. Por eso me adormezco y espero. No daño los sutiles mecanismos de mi concentración husmeando en el porvenir. Han llegado nuevos inquilinos. Esta es la realidad y dejo que me sorprenda".

Modavel, sus esposas y Cipriano se dedicaron a ordenar la casa durante el día. Al atardecer, y cuando Solo faltaba colocar el letrero comercial, Modavel despidió a Cipriano y aconsejó a las mujeres, dado lo avanzado de la hora, que prepararan la cena.

Esperó que partieran todos y recién entonces se dirigió al último cajón que se mantenía cerrado. Con delicadeza abrió la tapa de madera y con mayor cuidado extrajo del interior una placa de bronce que apoyó en el muro de piedra laja. Se alejó unos pasos. La inscripción "En Armonía", repujada en letras de imprenta, resaltaba brillosa. Cargó placa y herramientas y se encaminó al portón de entrada. Eligió uno de los pilastrines y comenzó a amurar los tacos.

Desde la casa le llegaban las voces de sus mujeres, el sonido de cacerolas y un leve olor a especias. Sonrió y pensó que su mérito, si es que tenía alguno, había sido unirlas. Y los recuerdos lo llevaron cinco años atrás, cuando recorría los prostíbulos en busca de esposas. Las quería de la misma edad, sin mañas, sanas, alegres y en lo posible de buena presencia. Pagó por ellas buen precio. Porque si bien no tenía como requisito indispensable el que fueran agraciadas, el destino fijó otra cosa y

sus propietarios se negaban a desprenderse de tan "buena mercadería". El hombre terminó su trabajo. Contempló la placa una vez más. "Estamos en camino", se dijo. Fue hasta los galpones y guardó las herramientas. Luego se detuvo en el terreno engramillado para contemplar el cielo del atardecer, aún celeste. Por el este, sobre la última montaña apareció la luna llena. Las luciérnagas rayaban el aire con destellos. Los pájaros buscaban refugio en los nogales, batían alas y el movimiento se transmitía a las ramas. Se escuchaban ladridos lejanos. El tránsito por la ruta, apagado, se diluía en el murmullo continuo de la naturaleza. La suma de sonidos se parecía al silencio y Modavel tenía el convencimiento de que había sido elegido para habitar el paraíso.

La Voz se mantenía atenta a lo que sucedía fuera del aljibe: "He notado que la luna llena amalgama los extremos. Confunde límites antagónicos. Nada es demasiado claro ni oscuro y en ese tono incierto, la noche pierde parte de sus secretos. ¿Quién puede permanecer indiferente a esa actitud develadora? Los enamorados se toman de la mano y la contemplan. Los ancianos se recuerdan en los reflejos. Los niños sueñan. Salvo los marineros, ellos se disgustan. La potente luz desvanece las estrellas dificultando su rumbo. ¡Qué curioso! ¿Te has fijado? Los hombres que están en tránsito adjudican a la luna una tarea dañina". Cipriano se sentó en una silla de paja evitando que el parral le cubriera la vista del naciente. A su lado se echaron Caldo y Bastón, con la cabeza apoyada en las patas delanteras, los ojos semicerrados, la respiración apenas audible. La luna llena se alejó del contorno de la última montaña y avanzó por el cielo. Cipriano cruzó las piernas y apoyó sus manos curtidas en el regazo. Recordó a su hija y pensó que Matilde llegaría de un momento a otro. Ella no lo visitaba en días de semana, menos aún de noche, pero al peón le gustaba creer que así sucedería.

Raquel llamó a las otras esposas. Había extendido sobre la cama su vestido de novia. La que era agasajada con una nueva boda iniciaba la ceremonia de esa forma. Esperó a que llegaran hasta su dormitorio y les preguntó qué les parecía. El ritual imponía comentarios sobre el diseño, la tela, el tipo de comida, los regalos. Pero esa noche no sucedió tal cosa. Tim, de rostro anguloso, frente despejada, el pelo rubio abatiéndose sobre los hombros bien formados, los ojos verdes y grandes, suspiró profundamente. Laura, de piernas esbeltas, cintura estrecha, un aire melancólico en los ojos oscuros, contuvo una lágrima. Raquel sabía que eso iba a suceder. Cinco años compartiendo la vida y a Donato Modavel, no habían pasado en vano. Aunque el orden así lo establecía, no era justo que se apropiara de la primera noche en La Quinta. Se sentó en la cama y comenzó a doblar con delicadeza el traje de novia. Sin levantar la vista, afirmó que no habría fiesta. Lo dijo convencida, con tal resolución, que las otras dos mujeres comprendieron que el grupo seguía intacto, sin fisuras. Saltaron sobre la cama, la abrazaron y rieron juntas hasta quedar exhaustas. Después de cenar, Modavel y sus mujeres cruzaron la tranquera. Por el camino bordeado de álamos se dirigieron al fondo. Los cuadros de nogales se extendían a ambos lados. Iban juntos, tomados de la mano, haciéndose caricias, conversando todos a la vez, empujándose, jugando, dándose besos, admirando la oscuridad profunda bajo los árboles, cantando a coro. Alegres y felices como niños. Bajo los nogales, a reparo de la luna, un animal de piel aceitosa, con ojos de ratón y cola larga enroscada sobre el lomo, los seguía. Movía sus patas con rapidez, arañando el suelo. A veces el grupo se detenía y el animal los imitaba.

(*)10ma entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA
EN ARMONÍA
(Un hombre muy casado)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Al llegar al límite norte, Modavel y sus mujeres se sentaron en el borde del canal de riego para mirar las montañas. Laura se acurrucó en el pecho de su marido.

—¡Qué lindo es estar de vacaciones! —musitó.

Raquel y Tim sonrieron. Hubo un guiño cómplice entre ambas.

—Creo que Laura intenta hacer trampa—dijo Tim.

—Estoy segura de eso—afirmó la otra.

Laura se separó de Modavel y acomodó su cabello.

—Sé muy bien que mañana es mi turno, pero Solo Dios sabe cuánto me cuesta—dijo y suspiró como cualquiera que carga una pena.

El animal de piel aceitosa, con ojos de ratón desbordándole las órbitas, había visto y escuchado. Dio media vuelta y arrastrando su vientre pegajoso por el suelo, regresó por donde había venido.

—Solo les pido un año… quizás menos—concilió Modavel.

—¿Nos pides? —preguntó Tim—. No ignoramos que tu parte es tan difícil como la nuestra.

—¿Cómo es él? —preguntó Laura.

Modavel miró la más alta de las montañas. La del medio. Trató de recordar, sin lograrlo, la cara del hombre que vendría a la noche siguiente. Pero necesitaba tranquilizar a Laura y no dudó en mentir.

—Es de buena presencia, educado, y Solo necesita que alguien le devuelva la confianza.

—Como todos—afirmó Raquel.

A medianoche las esposas se acostaron, cada una en su dormitorio. Modavel pasó a saludarlas. Antes de dormirse pensó en la placa que colocara esa tarde. También recordó el paseo por el fondo de La Quinta y creyó oportuno decir una plegaria por los favores recibidos.

La luna ocupaba el centro del cielo. Cipriano dejó la silla. Miró hacia arriba, bien encima de él: "¡Qué hermosa! valió la pena quedarse hasta tan tarde… En la ciudad se pierde con las luces. Matilde no podrá verla". Y aunque el hombre llevaba el reflejo de la luna pegado en la piel cuando entró en la habitación se sintió apesadumbrado. Acarició la fotografía enmarcada en plata y luego se desvistió acomodando su ropa sobre el viejo aparador.

Como la noche era cálida, Solo dejó las sábanas sobre el catre de lona. Caldo y Bastón, al verlo acostarse, salieron del cuarto y fueron a ubicarse bajo el parral. Cipriano no acostumbraba a rezar, pero esa noche pidió que su hija volviera a vivir con él. No sabía muy bien quién podía otorgar tal deseo, pero suponía que si lo pedía con humildad alguien lo escucharía. De esa forma, implorando, se durmió sin tener conciencia que lo hacía y cuando Matilde apareció a su lado, siguiéndolo mientras desyuyaba las acequias, creyó que su deseo se había cumplido. Era de noche. Él no se preguntó por qué trabajaba a esa hora. Tampoco lo inquietó verse con ella, en un salto

brusco de su sueño, dentro de la casa de Modavel y que Matilde lo guiara por el pasillo hasta un dormitorio donde una mujer dormía. En el sueño, Cipriano supo que la mujer se llamaba Laura. Matilde hizo un gesto y el peón rodeó con sus manos callosas el cuello de la mujer dormida. El cuerpo ahogado se rebeló en convulsiones hasta quedar inmóvil. Había hecho lo que su hija quería. Buscó su reconocimiento, pero Matilde era tenue vapor colándose por la boca entreabierta de su víctima. Cipriano supo que soñaba y lamentó que su hija lo visitara Solo cuando dormía.

El primer cliente de "En Armonía" llegó a la noche siguiente, a la hora de la cena, después de un día cargado de preparativos para recibirlo. Arturo J. tenía más de cincuenta años. Obeso, de estatura baja, el pelo blanco y escaso. Vestía traje de hilo, camisa con gemelos, corbata roja y botas tejanas. Estacionó el vehículo bajo el acacio y

allí esperó hasta que Modavel fue a buscarlo. A Arturo J. le transpiraban las palmas y cuando el dueño de casa le extendió la mano para saludarlo, buscó que el contacto fuera fugaz. El hombre estaba nervioso. Modavel, experimentado en ese tipo de encuentros, advirtió el estado de ánimo de su primer cliente y se dispuso a tranquilizarlo. Lo tomó del brazo conduciéndolo al centro del terreno engramillado. En el trayecto hizo comentarios banales sobre el tiempo y La Quinta. Como no lograba que se distendiera apeló a un recurso que siempre le daba resultado. Elogió el vehículo que conducía. Le preguntó por sus principales características. El tema aflojó a su interlocutor, no como lo hubiera deseado, pero lo suficiente para invitarlo a entrar en la casa. Raquel y Tim los recibieron. Vestían de largo, el pelo tomado con broches brillantes, oliendo a perfume, con zapatos de taco alto que ponían aún más en evidencia la baja estatura de Arturo J. Ellas fueron las encargadas de guiarlos hasta la mesa, ubicarlos, colocar una servilleta en el regazo del cliente y encender las velas de los candelabros. Luego sonrieron y se dirigieron a la cocina cerrando la puerta a su paso.

Arturo J. miraba a su anfitrión con disimulo. Como el silencio se prolongaba, buscó con afán un tema de conversación. Al final dijo que La Quinta era muy bonita, que pese a ser del lugar no la conocía y lo felicitó por la compra. Más animado se atrevió a preguntar por Laura.

—Vendrá en minutos—respondió Modavel insinuando una sonrisa.

Arturo J. buscó en sus bolsillos y extrajo un sobre.

—Perdóneme… me había olvidado—se disculpó entregándoselo.

Modavel lo abrió y contó el dinero sin prisa. Al terminar dio su consentimiento y abandonó la sala. Antes de entrar en su cuarto hizo un gesto: Laura esperaba esa señal.

En el fondo del aljibe, el que escuchaba a la Voz, ahora solo, seguía el movimiento de las sanguijuelas sobre la piel blanquecina. No tenía a quién escuchar e ignoraba qué otras posibilidades le ofrecía ese mundo. En la zona oeste de la propiedad, Cipriano había desistido esa noche de mirar la luna. Sus manos recordaban la piel de Laura. Cerraba los puños para no seguir sintiendo, pero el estremecimiento del cuerpo ahogado le atravesaba la memoria y no encontraba la manera de olvidar la boca entreabierta, la rigidez mortal, a Matilde desvaneciéndose en vapor. En el acacio gigante, la araña de patas largas se mantenía a la espera de los acontecimientos. Nadie había caído en su tela, pero era inevitable que eso sucediera. En algún lugar de La Quinta, el animal de piel aceitosa se lamía las garras sentado sobre sus patas traseras, con la cola enroscada sobre el lomo, los ojos recibiendo la noche. A la misma altura del fondo del aljibe, cerca del acacio, estaba enterrado el pensamiento de dos hombres: el frío de una noche lluviosa, la sevillana perforando la corteza del árbol, un grito en el silencio de las montañas, pasos hundiéndose en el barro. Todo esto ocurría en La Quinta en el momento que Laura invitó al primer cliente de "En Armonía" a compartir su lecho.

Arturo J. no era un hombre acostumbrado a esos menesteres. Siempre había sido fiel a su esposa. Recién a los cincuenta años se preguntó por las experiencias no vividas. Por haberse transformado en un hombre rico, supuso que el tiempo Solo era un ínfimo ingrediente y que cualquier cambio le estaba permitido. ¡Qué error! Nadie se encontraba en su camino. Los demás habían recorrido una gran distancia y a él le resultaba imposible acortarla. En ésa, su nueva vida, lo desvelaba la posibilidad de relacionarse con una mujer que no fuera su esposa. El necesitaba reconocerse en alguien ¿quién mejor que una amante? Pero no cualquier amante. Debía descartar a sus empleadas porque se entregarían gustosas a su fortuna. También a las divorciadas, Solo les interesaba demostrar que su anterior fracaso no les pertenecía. ¡Ni qué hablar de las solteras!, ansiosas por cubrir su soledad ante sus amigas. Quedaban las más jóvenes, las inexpertas, pero ésas se mostraban indiferentes a su presencia. ¿A quién recurrir entonces? No había salida. Hasta que apareció Modavel prometiendo una relación estable y sin compromiso con una joven y atrayente mujer. "En Armonía", decía Modavel, "Solo pensamos en personas de refinado gusto. Usted lo es. Yo le garantizo una relación prolongada con una de mis esposas. Hay planes de tres meses a un año. Durante el tiempo contratado podrá visitarla una o dos veces por semana, según el precio que acordemos. Mi esposa Solo nos atenderá a usted y a mí. El pago es por anticipado…creo innecesario explicarle la razón. En su primera visita a nuestra empresa deberá cancelar su obligación. Las ventajas de nuestro sistema son evidentes: seguridad sanitaria, reserva absoluta, atención personal.

(*) 11va entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA
EN ARMONÍA
(Un hombre muy casado)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Mis tres esposas son bellas, de buen trato, con espíritu familiar" decía Modavel exhibiendo las fotografías de Tim, Laura y Raquel. "Será atendido con las consideraciones propias que se reciben en un matrimonio bien constituido. Por supuesto que existen ciertas prohibiciones: no se aceptan desviaciones sexuales ni malos tratos. Mantenemos absoluta reserva sobre el nombre de los favorecidos. Recomendamos la misma reserva a nuestros clientes. El contrato se resuelve si sospechamos una infidencia". Hubo otras entrevistas. Tres en total. Hasta que Arturo J. eligió a Laura. "Usted es un privilegiado", fue la frase que siguió al apretón de manos que cerró el trato. Había comprado el derecho de compartir una esposa. "No es el caso de un prostíbulo", pensaba "hay de por medio fidelidad, consideración y respeto. Siempre se paga. De alguna u otra forma. Lo importante es que he sido seleccionado. Se han fijado en mi persona. Este hombre (se refería a Modavel) actúa como buen marido. Elige… y elige bien. Es una forma de vida. A fin de cuentas, la fidelidad depende de límites que la sociedad maneja a su antojo. ¿Qué tan infiel es una mujer que exhibe su cuerpo, consciente de la lujuria que despierta en otros? Señoras dignas se ciñen como salchichas Solo para ser deseadas. Juzgamos los hechos y nos mostramos distraídos con las intenciones".

Por esos sucesos, cuando Laura lo invitó a compartir su lecho, Arturo J. se sintió nervioso. Él no iba a acostarse con una prostituta, él iba a desposar a una mujer honesta. En la habitación contigua, Raquel cepillaba el pelo de Tim. Las dos pensaban en Laura.

—La vi melancólica—dijo una.

—Triste—aceptó la otra.

Modavel, solo en su dormitorio, mirando el techo, reflexionaba: "Un día difícil. Laura no se siente bien. Su carácter es proclive a la desesperanza. Romántica por sobre todas las cosas, es sabido lo que hace el romanticismo con las personas. Las debilita como la peor peste. Los vuelve inestables, de mal humor, caen en pozos profundos. ¿Qué desea? lo mismo que todos nosotros. Pero no tiene en cuenta el tiempo. Los grandes cambios requieren paciencia. No podemos aflojar ahora… Debo tener cuidado. Laura pretende un trato privilegiado. No cargaré con una decisión de tamaña trascendencia".

Arturo J. se desvistió. De reojo vio su figura en el espejo: abdomen prominente, carnes fláccidas, la piel incolora y con verrugas, su sexo inerte. Se cubrió con la sábana.

Cipriano dormía. Era un hombre viejo que dormía y soñaba. Esa noche prefirió olvidar la luna, tampoco soñaba con su hija. En el centro del terreno engramillado, mirando hacia el este, contemplaba el nacimiento del amanecer. El rocío le mojaba los pies. La brisa suave acariciaba las hojas de los nogales. Él sabía, como ocurre en cualquier sueño, que por la puerta de atrás, la que daba al patio de ladrillo, aparecería una joven. La joven vendría hacia él. Desnuda. Los pechos moviéndose en cada paso. Su sexo insinuándose tras un vello suave, ensortijado. Cruzaría el muro de piedra laja y avanzaría en línea recta, sin ocultar su desnudez, la mirada altiva, el paso resuelto.

Cipriano era un hombre viejo que soñaba y en el sueño deseaba poseer a la joven, que tanto se parecía a Laura, con la fuerza de la juventud. La Voz miró a Arturo J. por los ojos de Laura. Sintió que la mano del hombre recorría sus senos, el vientre y después se hundía entre sus piernas. La Voz esperaba a Modavel y la presencia de Arturo J. a su lado desestabilizó su carácter. Abrió los labios para que el primer cliente de "En Armonía" la besara. La lengua de Laura se hinchó, ocupó la boca de su amante y obstruyó su garganta. Arturo J. quiso desprenderse. Le fue imposible. Sus brazos no tenían fuerza suficiente para alejar a esa mujer que lo comía por dentro. Cuando en la cama cesó el movimiento, la Voz hizo que Laura se levantara. La joven fue hasta el placard. En puntas de pie alcanzó una caja de cartón. La apoyó en el suelo y la abrió. Con delicadeza, atenta a que no se produjera un enganche en la tela, sacó el vestido de novia. Lo midió sobre su cuerpo desnudo mirándose en el espejo. Se vistió. Luego se arregló el cabello marcando las ondas negras. La Voz pensó que si el hombre estaba muerto, sería mejor disimular su presencia frente a la vida y extendió con la mano de Laura una sábana sobre el cuerpo de Arturo J. Luego salió del cuarto. Abrió sin ruido la puerta del dormitorio de Modavel. Se acercó a la cama y lo besó en la frente. Modavel, con la mitad de la conciencia aferrada al sueño, encendió el velador. Al ver a Laura preguntó qué había ocurrido.

—Se fue —respondió la Voz—supongo que no le agradé.

Modavel apoyó los codos en la almohada. Por un momento no creyó en lo que decía su esposa. Supuso una broma. Pero el gesto firme lo convenció de que hablaba en serio y como si necesitara una conclusión dijo:

—Él no puede irse así ¿o es que pretende reclamar su dinero?

—No lo hará. Dijo que renunciaba al trato, sin aclarar el motivo. Que estaba en su derecho. Que te autorizaba una nueva venta porque él estaba satisfecho y no regresaría.

Modavel advirtió cómo vestía su mujer y le preguntó la causa.

—Quiero ser la primera.

—Le corresponde a Raquel

—Será nuestro secreto—afirmó la Voz con tono seductor.

—No hay secretos entre nosotros—replicó molesto el hombre.

—Ellas nunca lo sabrán. No veo el perjuicio.

—Suficiente con que lo sepamos nosotros. Tenemos un pacto y debemos cumplirlo. La primera noche en La Quinta le corresponde a Raquel. ¿Cómo podríamos convivir en el futuro si sabes que no he cumplido? ¿Cuánto tiempo te llevará fabricar la primera sospecha? Laura, la Voz, hizo un gesto de resignación.

—Entonces me iré —afirmó—. Partiré esta misma noche. Ni Tim, ni Raquel aceptarán una reemplazante. Pero eres dueño de mantener lo acordado. ¿No te das cuenta? Fundida una en otra hemos perdido nuestra identidad. Somos tu esposa, tu amante, tu confidente. Cualquiera que falte hiere de muerte a tu pareja. Enfrentas una decisión difícil. Mantiene tu palabra y acaba para siempre con quien te quiere tanto. El verdadero amor se nutre de dudas y sacrificios. Si eliges lo que te ofrezco, nosotras no sufriremos. Será tuya la carga. Laura inclinó la cabeza (así lo quería la Voz) y su lengua mojó la piel de su esposo.

—No es justo—musitó Modavel cuando su voluntad flaqueaba.

En el sueño, la mujer tomó la mano de Cipriano. Lo ayudó a recorrer recuerdos. Él sabía que pronto iba a despertar. Que se encontraría en la oscuridad, tendido en su catre, con retazos de esas imágenes que ahora vivía. Intentó, para no despertar, aferrarse al cuerpo de la mujer que soñaba. Sus brazos aprisionaron el aire. La Voz fue penetrada. A Laura se le encendieron las entrañas. La Voz se retorció gozosa. A Laura le ardían las mejillas. Pasado el arrebato, la Voz recuperó su mundo. Laura perdió el suyo. La luna declinó hacia el poniente. La araña de patas largas sintió tensar su tela, una presa se revolvía anudándose en los hilos. El agua del aljibe, ondulante, despedía olor a flores descompuestas. El que escuchaba a la Voz, privado de su presencia, dormía. También dormían Tim y Raquel. Disfrutaban de un sueño tranquilo porque al fin tenían su casa. Cerca de la pileta, el animal de piel aceitosa y ojos de ratón dejó que su cola, delgada y sin pelos, se estirara. Caldo y Bastón recordaban la misma historia: un caballo negro, una niña, una batalla inútil. Cipriano jadeó como si dentro de su cuerpo un Cipriano más joven hubiera amado. Modavel tendido de espaldas, agitado, medía su traición. Pensaba en sus esposas, en la placa de bronce, en vender La Quinta. Se sentía vencido.

A su lado la Voz, en borbotones de saliva, abandonó el cuerpo de Laura y se escabulló por la ventana en jirones de humo, transparentes a la luz de la luna.

(*) 12va entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

El brujo que hablaba con los muertos

Por Jorge O. Sallenave (*)

Ricardo Yñaga no se hizo brujo en un santiamén. Le llevó años convencerse de que lo era y durante ese tiempo cambió, por fuera y por dentro. Enflaqueció y se le curvó la espalda. Perdió el cabello y la calvicie descubrió un cráneo puntiagudo, de piel blanca, que contrastaba con el color rojizo de su barba ensortijada, crecida hasta el pecho. Se le sumieron las mejillas de tal forma que los pómulos agudos y su nariz aguileña parecían despegadas del rostro. Los ojos, en principio celestes y vivaces, se adormecieron en un tinte gris. Adoptó como única vestimenta una sotana raída, calzó sandalias, tanto en verano como en invierno, y se colgó collares de fantasía. Hablaba poco y pensaba mucho. ¿Cómo vivió durante esos años? Se levantaba temprano. Sentado en la vereda, apoyaba el mentón en las rodillas y entrecerraba los párpados. Daba la impresión que dormitaba. Sin embargo, mantenía el cerebro despabilado y con los rayos del sol iluminándole la calva se preguntaba cosas como éstas: "¿Seré brujo? ¿Qué hacen los brujos? ¿Podré espiar lo que va a suceder?" Con esas inquietudes permanecía allí hasta el mediodía, momento en que se trasladaba a la iglesia para pedir limosna. Los niños le hacían morisquetas y rondas. Los adultos hurgaban sus bolsillos y le arrojaban alguna moneda. Regresaba a su casa al anochecer, y después de tomar caldo o té, se acostaba sin despojarse de la sotana. Antes de dormirse buscaba alguna referencia y recordaba a los brujos que conocía. Personajes que quemaban velas, dibujaban cartas astrales, fabricaban filtros para el amor, leían borras de café o esferas lustrosas de vidrio. Yñaga deseaba algo distinto para él, ambicionaba un destino extraordinario.

Una mañana, doña Paca, importante vecina del barrio, tropezó con él. Venía apurada, cargada con paquetes, seguida por Teófila, la criada, una adolescente boba. El aspirante a brujo y la matrona cayeron al suelo. Las naranjas fueron a parar a la calle, los huevos se partieron con escupidas doradas, la manteca lubricó la vereda. Doña Paca era de genio fuerte. Insultó a Yñaga con ganas. Lo llamó monje en desgracia (la sotana tuvo que ver en esta definición), colorado enclenque (la imagen nació aquí por la barba enrojecida y su extrema delgadez), muerto de hambre charlatán (verdad a medias, porque si bien podía calificarse a Yñaga de muerto de hambre, era totalmente falso que abusara de la palabra).

El aprendiz de brujo, asustado, intentó detener a la enfurecida mujer prometiendo un imposible: pagarle los daños. Y como la promesa no surtió el efecto deseado aclaró:

—Le haré ganar a la quiniela. Para eso soy brujo… juegue al 84, en la Nacional.

Doña Paca se enfureció aún más e Yñaga optó por huir, pero, al pisar un tomate, resbaló y volvió a su posición original, o sea, de espaldas sobre el suelo. El golpe cambió el humor de la matrona y también el de Teófila, la criada.

—¿Al 84? —preguntó doña Paca mientras limpiaba su falda y reía.

Yñaga asintió.

—Pero con dos cifras no se gana mucho—reflexionó la mujer, inclinándose sobre él hasta casi tocarlo.

—Juegue al 484—respondió el brujo sin dudar, porque suponía que cualquier vacilación la irritaría de nuevo.

—Lo haré… y no me costará nada echarte del barrio si no acertás. Tenemos demasiados pordioseros por aquí.

Yñaga pasó el resto del día rogando que el número saliera. No dudaba de que la mujer cumpliría su promesa y temía por las consecuencias de

un nuevo enfrentamiento. Estuvo a punto de abandonar el barrio antes de que se efectuara el sorteo. Pero se quedó. Y el anhelado 484 salió "a la cabeza" y esa misma noche doña Paca fue a verlo a su casa, seguida por los vecinos, y no bien lo tuvo al alcance le dio un fuerte abrazo. Hubo vivas, aplausos y felicitaciones. Habían descubierto un nuevo brujo. ¿Pensaba lo mismo Yñaga? Por supuesto que no. Ni por asomo se adjudicaba alguna injerencia en lo sucedido. Sin embargo, aprovechó los vientos favorables. Desde esa misma noche vivió y actuó como brujo.

Demoraba sus movimientos, aparentaba una concentración intensa, hablaba en tono profundo, mantenía la distancia, saludaba inclinando levemente la cabeza, salía poco. Recibía a sus clientes con rigurosa cita previa, sentado en un gran sillón de madera, de respaldar alto, con la mirada ausente, las manos cruzadas sobre el abdomen, acariciando cada tanto su larga barba rojiza. Pero, aun así, con esa nueva personalidad que le permitía ganar dinero y adeptos, Yñaga sufría. Agotado por su propia incapacidad, no conciliaba el sueño. Pensaba y pensaba. Pero la conclusión era siempre la misma y lo agobiaba: estaba tan lejos de su objetivo como siempre. En una de esas noches en que de tanto pensar desfallecía, hubo un corte de luz. Después la lámpara hizo guiños: "Alguien necesita hablarme", se dijo. La afirmación nació espontánea, libre de antecedentes y no bien pensó así, la silla de alto respaldar dio un pequeño salto. Yñaga no se asustó. Sentado en el borde de la cama esperó una nueva señal. Como nada sucedía se aproximó a la silla quieta. Al ir a apoyar su mano en el asiento, se contuvo. Si alguien la ocupaba no le correspondía a él dar el primer paso. La silla volvió a saltar, acercándosele. Sonrió complacido. Ahora sí podía apoyar la mano y lo hizo con decisión. La piel le transmitió el calor de la forma invisible que ocupaba el asiento.

—Estás ahí—dijo sin saber a quién se dirigía, pero convencido de que era escuchado.

La luz se cortó definitivamente. La forma cálida le aferró la mano y habló en tono dolido: "Buscame en el zanjón antes de que las raíces me hundan para siempre".

No supo qué hacer hasta la tarde siguiente, cuando todo el barrio se afanaba por encontrar un adolescente extraviado. Fue entonces cuando pensó que su destino no era otro que comunicarse con los muertos y dictaminó ante el asombro de la gente:

—Ha fallecido. Lo veo en el zanjón, de espaldas al cielo, besando la tierra.

En los días posteriores, analizando los hechos, formuló la siguiente regla: "Los muertos anuncian su presencia corriendo muebles o cortando la luz durante la noche". Intentó ahondar más: "¿Por qué de noche? ¿Qué tiene la noche?". Y después de darle vueltas a este interrogante aceptó que a los muertos los atraía el silencio y la soledad. "La noche es quietud y ausencia", resumió. Convencido de su razonamiento compró tapones para los oídos y decidió ser célibe de por vida. Los tapones le aseguraban noches silenciosas; la soltería, soledad definitiva. Un mes más tarde llegó a esta conclusión: "Los muertos necesitan ayuda", y se preguntó si él estaba en condiciones de ayudar a alguien. Como la respuesta fue negativa decidió apoyarse en la fe. Compró una cruz, la hizo bendecir y la colgó en la pared, sobre el respaldar de su cama. "Nadie mejor que Dios para recibir demandas". Cuando consideró que había puesto las bases para dialogar con personas fallecidas, tuvo una actitud egoísta: eligió a su interlocutor. "Hablaré con mamá". Y como no era hombre arbitrario, justificó su deseo elaborando otra regla: "Los muertos siguen atados a los sentimientos que tuvieron en vida". No dudó de esto y creyó firmemente que su madre lo visitaría de un momento a otro porque lo había querido mucho. Para asegurarse que su fe no fuera burlada, mantuvo siempre cerca un objeto de la difunta. De allí en más, antes de acostarse, guardaba bajo la almohada el anillo de bodas de su madre muerta.

¿Qué sucedía en La Quinta mientras Yñaga se hacía brujo? La Voz bebía el aire preñado de olores marchitos en el fondo del aljibe. Gozosa, acariciaba el alma solitaria de quien la escuchaba y decía: "El amor de los hombres confunde. Acostumbrada a la apacible oscuridad, a las relaciones ordenadas de mi universo sombrío, la pasión de un hombre me enceguece y atrae. Me atrapa en una malla incandescente. Y a decir verdad no me resulta desagradable la calentura que cobija. Sin embargo, aun enajenada, reflexiono y regreso a este frío inmenso. ¿Te extraña? He aprendido a distinguir más allá de las apariencias. Ahí tienes a este hombre que sirve de lecho a las sanguijuelas. No dudé en hacer su gusto. Fui su amante duplicada. Puse a su disposición la inocencia de una joven y la experimentada voluntad de su madre. Diferencias bien profundas que él ni siquiera notó. Fue un insulto a mis ansias. ¿No entiendes? Me entregué como ambicionaba ¿y qué logré? Para él, Stella era igual que María. Denigró mi esfuerzo. Ignoró la sutil representación que le ofrecía. ¿Y qué decir de Modavel? Interesado en ser fiel a sus principios, no advirtió que quien lo tenía entre sus brazos valía mucho más que cualquiera de sus esposas. De esos hechos, de otras historias, aprendí a no engañarme con estremecimientos que semejan violentos terremotos. Supongo, si la eternidad nos da tiempo, que llegará el día en que no necesitaré meterme en un cuerpo ajeno para que ardan mis entrañas".

Cipriano plantó tres sauces cerca de los galpones y rosales entre los frutales. Cortó algunos álamos, los más viejos. Desamuró la placa de bronce y revocó el pilastrín. Pintó la tranquera de entrada y la del fondo, la que permitía acceder a los cuadros de nogales. Intentó, sin resultado, dar forma a los retamos, podando las desordenadas y débiles ramas. Mantuvo una pequeña huerta con dedicación, se ocupó de que nunca le faltara agua y que las heladas tardías no le hicieran daño. También luchó contra plagas y malezas. Mientras hacía todo esto pensaba en Matilde, su hija.

(*) 13ra entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

El brujo que hablaba con los muertos

Por Jorge O. Sallenave (*)

El animal de piel aceitosa, hocico puntiagudo y ojos fríos de ratón cavó un hueco en el centro de una acequia y acomodó su cuerpo en él, de tal forma, que Solo dejó al descubierto su lomo y el hocico negro. En los días de riego el agua resbalaba sobre su pelo apretado y duro. La caricia le hacía olvidar el deseo de recorrer La Quinta, arrastrando su panza, olfateando, ansioso por usar sus dientes.

La araña de patas largas fue testigo de la partida del último propietario. Compartió desde su tela el sufrimiento de Modavel y sus esposas al despedir el féretro que cargaba el cuerpo de Laura. Pero después, los días se volvieron tediosos y la araña, convencida de que no tenía sentido tener los ojos abiertos si no sucedía algo extraordinario, los cerró.

En el sótano de la casa, la corriente cálida perdió su fuerza y se detuvo. Para mantenerse quieta se apretó a las paredes con tal fuerza que el aire pesó como granito.

Caldo y Bastón miraban las sierras. Los perros no conocían otra forma de acortar el tiempo que mirar las rocas grises.

Yñaga hizo fortuna y compró La Quinta cinco años más tarde. La adquirió en verano pero esperó hasta el invierno para trasladarse. Así lo decidió porque los días interminables, el canto de los pájaros, el olor de las flores y las noches estrelladas, eran un obstáculo para asomarse al fondo de su alma. Llegó a pie. Cargando una pequeña valija. La barba más crecida, pero igualmente roja. Con gotas de transpiración en su frente, pese a que era junio y hacía frío. Caldo y Bastón lo olfatearon, Cipriano le extendió la mano con recelo. El diálogo fue breve. Yñaga pensaba demasiado y Cipriano era de pocas palabras. El brujo, en el centro del terreno engramillado, despidió al peón recomendándole que quería estar solo. Suspiró profundamente y se dirigió a la casa ondulando la sotana a cada paso. Rodeó el aljibe, cruzó el pequeño muro de piedra laja y atravesó el patio de ladrillo cargando su limitado equipaje. ¿Qué llevaba Yñaga en la pequeña valija?: una muda de lanilla, el cepillo de dientes, tapones para los oídos, un crucifijo y el anillo de bodas de su madre muerta. En los últimos momentos del atardecer, al igual que lo hiciera Horacio Spunter tiempo atrás, se sentó en el patio de ladrillo para pensar, pero en algo bien distinto. Quería blanquear su mente. Hacerla virgen, amorfa y maleable como harina amasada. Desvanecer hasta la nada recuerdos y anhelos. Necesitaba, y por eso pensaba, hallar la forma de olvidar nombres y rostros si quería hablar con los muertos. “Debo conseguir la escoba apropiada para barrer mis experiencias y estaré listo para escuchar”, reflexionaba, sentado bajo la noche. El frío era intenso. Empecinado como estaba ni se dio cuenta que la llovizna invernal, silenciosa y suave, mojaba su sotana y le humedecía la barba. “Todo brujo necesita una escoba”, se dijo sonriendo. A medianoche regresó a la casa. Empapado. Extendió la sotana sobre una silla y se acostó. Tapó sus oídos, besó el crucifijo y el anillo de su madre. La jornada había sido intensa y por primera vez en años no pensó en los muertos. El sueño llegó rápido y se durmió sin apagar la luz.

“Duerme”, dijo la Voz. “Abandona el cuerpo a su suerte. ¿Seremos su destino? Supongo que sí. No es un hombre común, lo reconozco. Su intención lo aleja del resto. ¿Desvaría? es posible. Nadie, con juicio intacto, afrontaría tarea semejante. ¡Hablar con los muertos! ¿A quién se le ocurre? Es necesario dejar la vida para alcanzar un diálogo semejante. ¡Qué soberbia! Desde su mundo pretende dominar el nuestro. Quizás es solamente un necio. Cree con tal firmeza en el absurdo que me hace dudar. Espero que su ignorancia no modifique la razón que nos mantiene”.

La corriente del sótano hizo presión sobre la tapa de madera. Falló en sus dos primeras arremetidas, pero en el tercer intento la tapa se abrió abatiéndose sobre el mosaico. El ruido no fue escuchado por Ricardo Yñaga (tenía tapones en los oídos), pero la corriente, dueña de su libertad, llegó al dormitorio en una ráfaga caliente y lo despertó. "Dejé algo abierto", reflexionó el brujo al sentir el aire sobre su rostro. Pero no se levantó. Una nueva idea desplazó a la anterior: "Es un muerto". Pensó así por dos razones: la corriente de aire olía a flores descompuestas y su mente estaba dispuesta a relacionar todo hecho con su deseo de hablar con los muertos. "Son muchos", dijo mientras los cuadros caían al suelo con estrépito de vidrios rotos, la mesa de luz tiritaba y las puertas del placard se abrían y cerraban con violencia. Acostumbrado a la solemnidad, Solo esbozó una sonrisa, pero estaba alegre como nunca. Ese estado de felicidad le hizo olvidar su teoría de que los muertos Solo hablan en silencio y no dudó en sacarse los tapones de los oídos para no perder detalle del desorden bullicioso que había invadido la habitación. Al mismo tiempo, por reflejo, buscó el anillo de su madre bajo la almohada y lo apretó con fuerza.

La corriente observó al hombre escuálido de imponente barba roja y se sintió defraudada por la tranquilidad que demostraba. Dispuesta a alterarle el ánimo, empujó el crucifijo que fue a caer sobre la espalda del brujo. "Me había olvidado de ti… haces bien en golpearme", pensó Yñaga mientras lo aferraba con su mano libre. La corriente, indecisa, abandonó la habitación. Debía reflexionar y no conocía mejor lugar que el sótano para hacerlo. Antes de descender, y Solo porque se encontraba confundida, tiró algunas sillas de la sala y cerró con violencia la puerta de la cocina.

Cipriano, como todas las noches de su vida, recordaba a su hija, a Matilde. A veces lo hacía con alegría, otras con tristeza. Esa noche la recordaba niña, con la piel cubierta por manchas rojas, la respiración a los saltos, la frente hirviendo, los ojos idos, el pelo húmedo. Su mujer estaba junto a ella, trémula, aguantando el llanto, sosteniendo la mano de la pequeña. ¿Qué hacía él mientras tanto? De pie frente al aljibe, ofrecía: "No me importa si muero… no me importa quién muera si ella se salva. Acepto que viva lejos, pero que no muera". Y aunque esa noche Cipriano no quería esos recuerdos, recordaba: Matilde creció en la ciudad, el cuerpo de su mujer apareció despanzurrado bajo los nogales, a él se le oscureció el alma. La llovizna, silenciosa en el resto de La Quinta, arrullaba el techo de chapa. El sonido le adormeció la memoria. Libre de tanto peso, besó la fotografía de su hija y se acostó.

Yñaga no se explicaba la razón del silencio repentino. Con la cruz en una mano y el anillo de su madre en otra, se mantenía atento. Nada sabía sobre la corriente de aire, menos aún de la decisión que había tomado: reflexionar en el fondo del sótano. Cansado de esperar un nuevo revuelo se preguntó si la quietud que había invadido su cuarto no era una señal inequívoca de que los muertos se disponían a hablar. Se dijo que así debía ser: El paso siguiente era obvio: urgía barrer su mente si quería recibirlos. ¿Tenía Yñaga alguna técnica para limpiar sus pensamientos? En rigor, tomando en cuenta los resultados, no podía decirse que así fuera. Sin embargo, él estaba convencido del procedimiento que empleaba y eso era suficiente para no desecharlo. Elegía un objeto de color blanco y lo miraba sin parpadear, imaginando que el color (no el objeto) se movía hasta desbordar los límites que lo contenían. Solo debía esperar que la inundación de blanco lo alcanzara para lograr el ansiado barrido. Pero siempre alguien se colaba en su atención distrayéndolo: el rostro de un conocido, gestos de su madre, ademanes de doña Paca. El color retrocedía frente al intruso e Yñaga se encontraba como al principio: con la mente sucia de recuerdos.

"¿Por qué lo atrae el blanco?", preguntaba la Voz a quien la escuchaba. "¿Dónde está su sentido común? ¿Has conocido algo más volátil? La muerte va con el negro. Un niño lo sabe. Te advierto que aun así es un hombre de cuidado".

Yñaga, con la mirada firme en el techo, vio nacer olas pequeñas. Ondulaciones suaves de color blanco que no iban más allá de los límites del cielorraso donde retrocedían para volver al centro. Así pasaron los minutos hasta que una ola impetuosa salpicó los muros. Detrás de ella vinieron otras y el color blanco se deslizó hasta el piso, cubriendo los zócalos. En un tiempo impreciso todo el cuarto fue blanco. El color había llegado hasta las sábanas, superando las piernas del brujo y remontando su cuerpo. Yñaga se sentía feliz. Nunca había logrado tanto. Apretaba la cruz y el anillo hasta lastimarse. Sabía que esos dos objetos debían acompañarlo hasta el final y hundió las manos atenazadas en el color que lo rodeaba. La superficie hirvió en ampollas. Próximo al aljibe, a la misma altura del fondo, el pensamiento de dos hombres muertos se retorció. Fue su reacción ante la fuerza que lo arrastraba a la superficie. El pensamiento de esos hombres había permanecido en ese lugar desde la noche en que Epifanio huyó de La Quinta cargando el cuerpo sin vida de Martín. Convencido de haber alcanzado la paz se enroscaba con violencia y se resistía a subir. La araña de patas largas, que contemplaba la lucha, vio quebrarse el suelo en terrones. El pensamiento, dolido, fue cortado por la mitad. Una parte regresó a Lobito, la otra a Chino. Del suelo se elevó un brazo, también un rostro agusanado y una garganta abierta de sangre oscura. Las figuras, arrastrando su caminar, sin mirarse, cruzaron el muro de piedra laja que separaba el terreno engramillado del patio de ladrillo. El olor que despedían los precedía.

(*) 14ta entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

El brujo que hablaba con los muertos

Por Jorge O. Sallenave (*)

—¿Quién nos llama? —preguntó Lobito a su fantasmal acompañante.

—Alguien a quien no le importa interrumpir nuestro sueño—respondió Chino.

Yñaga, con el pecho sumergido en el color blanco, supuso que adelantaría el barrido de su mente si hundía la cabeza. Con esa idea dobló el cuello y se inclinó hacia delante. Sintió que su ganchuda nariz rozaba la superficie. Una ampolla reventó cerca de su frente, otra se abrió camino entre los pelos de su barba. Cerró los ojos y embistió. No advirtió cambio alguno: los muertos seguían ausentes. A su alrededor todo era blanco, pero sin el menor indicio de un alma sufriente. Se preguntó cuál sería la falla y de qué manera podría atraerlos. Necesitado de respuestas eligió una al azar: "Dentro de mí sobreviven colores". Y abrió su boca para atragantarse de blanco.

Fue un error. Del centro de su cerebro le llegó una advertencia: "Te ahogarás. Dejarás de respirar. La muerte por asfixia es dolorosa". Yñaga no quería morir y por reflejo irguió la cabeza. Se descubrió en la cama, con los puños apretados, el cielorraso inmóvil. Al mismo tiempo Chino y Lobito sufrieron un fuerte sacudón. Intentaron sostenerse en vano, fueron arrastrados por el pasillo, atravesaron la puerta de chapa y Solo se detuvieron al llegar al lugar de donde habían salido. Allí, sobre la tierra abierta, el pensamiento de los hombres se soldó y fue en busca de reposo.

A la mañana siguiente una mujer de edad empujó la tranquera de La Quinta. Al comprobar que estaba cerrada no dudó en montar sobre ella. Una vez arriba se detuvo sobre el travesaño, para después dejarse caer del otro lado. Cipriano, que se encontraba reparando una acequia, dejó la pala a un costado y fue a su encuentro. Como la mujer avanzaba por el camino y Cipriano a campo traviesa, recién la alcanzó en el portón de hierro, donde alguna vez Modavel colocara la placa "En Armonía".

Doña Paca caminaba con rapidez, mirando el suelo. Al descubrir a Cipriano se sobresaltó.

—¿Quién es usted? —preguntó con tono atiplado.

—¿A quién busca? —dijo el peón parándose frente a ella y de espaldas a la casa.

—¿Es la casa de Yñaga? —interrogó doña Paca, pese a que su gusto hubiera sido insistir con la primera pregunta.

—No está—se limitó responder el peón.

—Lo esperaré—dijo doña Paca y rodeó al peón en busca del portón de hierro.

—No puede pasar… el señor no está—reiteró Cipriano e intentó detenerla aferrándola de un brazo.

Doña Paca se liberó de un tirón. El incidente acicateó su mal humor.

—¡Será mejor que no me toque! —gritó y luego de una pausa redondeó la advertencia—¡O le rompo la cabeza!

Yñaga apareció por la galería cubierta.

—Está bien, la señora puede pasar—ordenó al advertir de quién se trataba.

Doña Paca hizo un gesto de desprecio a Cipriano, empujó una de las hojas del portón e ingresó al parque.

—Lo necesito —dijo acercándose a Yñaga—¿Dónde podemos hablar a solas? —preguntó mirando a Cipriano.

Yñaga la guió hasta el patio de ladrillo.

—¿Desde acá no nos escucha? —interrogó doña Paca, inclinándose hacia delante para confirmar si el peón se mantenía junto al portón de entrada.

—Hable tranquila. Ya se fue. Estamos solos.

No era así. La Voz despertaba en el aljibe, la araña de patas largas se

guarecía del frío en la corteza del acacio, el animal de piel aceitosa afilaba sus dientes en un hilo de alambre. Todos atentos a la conversación del brujo y la matrona.

—¡Teófila sueña! —dijo la mujer—¡Y sueña con usted! Anoche tuvo una formidable pesadilla. Teófila es corta de entendederas pero tranquila. Tendría que haberla visto: se revolcaba en la cama, echaba espuma por la boca. ¡Un espectáculo terrible! Imposible dominarla… y eso que me le tiré encima. Lo llamaba a usted. Una y otra vez. El barrio entero se despertó con sus gritos, menos ella… y eso que yo la aplastaba contra el colchón. Hasta que decidí darle unas buenas cachetadas… aun así tardó en recuperarse. ¿No le parece extraño?

—¿Qué? —preguntó Yñaga con la única finalidad de darse tiempo para reflexionar.

—¡Muy extraño! —exclamó la matrona sin preocuparse por la falta de respuesta—usted se va del barrio y Teófila, que no sueña nunca, se mete dentro de una pesadilla de los mil diablos… Después de la quinta o sexta cachetada se despertó y me abrazó como si la persiguieran mil almas en pena. Estuvo a punto de asfixiarme, pero al final logré calmarla y después de un rato la convencí de que me contara el sueño. Yñaga tomó las manos de la mujer y con un gesto ambiguo la alentó a seguir con el relato.

—Usted estaba muerto. A su lado, con una sotana negra, había otra persona. Teófila no podía verle el rostro, pero sí las manos: puro esqueleto. Era, sin dudas, la muerte. Usted la llamaba a Teófila. Insistía para que ella les hiciera compañía. Usted quería que se muriera y la atraía como imán. Teófila tenía miedo de morir y luchaba. Pero al final la pobre niña cayó en sus brazos. Creyó que ya nada podía hacer, pero fíjese, cuando su resistencia era nula, se le alargaron los labios y le nació una trompa de piel dura, agrietada, cubierta de pelos. Y con esa trompa, Teófila comenzó a chuparlo por dentro… hasta que usted quedó tan seco que con Solo soplarlo lo transformó en polvo. ¿Qué me dice?… ¿Es o no es extraño? ¿No será una señal? ¿No intentará alguien llamar nuestra atención por intermedio de esa inocente criatura? Yñaga se planteaba los mismos interrogantes sin decirlo. Para él, lo sucedido se relacionaba en forma directa con su deseo de hablar con los muertos y éste era un tema que consideraba excluido de cualquier comentario con terceros, Solo reservado para su pensamiento: "Teófila tiene la mente en blanco, o casi. La naturaleza le ha dado lo que a mí me cuesta tanto esfuerzo. ¿Qué recuerdos guarda un idiota? Anoche, mientras ella soñaba, yo empujaba mi memoria al olvido. En algún momento nuestras mentes se aproximaron. Yo no pude llegar al final, Teófila sí. Por eso recibió mi imagen y la del muerto. Porque quien estaba a mi lado era un fallecido que necesitaba hablar, de eso no tengo dudas. Paca puede creer que se trataba de la muerte, su ignorancia la justifica, pero yo sé bien que detrás de ese concepto abstracto existe la individualidad. No hay muerte, hay muertos. Y anoche, la mente limpia de Teófila, recibió a quien yo debía recibir".

—Está bien doña Paca. No se preocupe. Todo el mundo tiene pesadillas. No debe darle importancia. Teófila es nerviosa. Los nervios hacen soñar mucho—dijo el brujo pretendiendo calmar a su interlocutora.

—No sé —dudó la mujer—. Para mí se trata de un presagio. ¿De dónde sacó que le crecía una trompa capaz de robarle el alma?

—Los sueños no tienen lógica—respondió Yñaga.

Pero su pensamiento iba por otro rumbo: "Ese es el mensaje" se decía. "Debo vaciarme de vida si deseo hablar con un difunto. Lo de la trompa es un símbolo. El canal que necesito para sacar hasta el más ínfimo de los recuerdos. Ninguna referencia debe quedar dentro de mí. Debo parecerme a un muerto".

La Voz, atenta, dijo: "¡Por fin deja de dar vueltas sin sentido! La conclusión está al alcance de su razón: los muertos Solo hablan con muertos".

Pasado el mediodía, Yñaga acompañó a doña Paca hasta la tranquera. Frente a la ruta le reiteró que no se preocupara más por los sueños de Teófila. Ella se despidió con un abrazo prolongado. El la vio alejarse con su andar imperioso, desafiante y brusco. Regresó a la casa rápidamente. Lloviznaba de nuevo y el viento del sur se colaba por la sotana helándole la piel. El cielo, encapotado de nubes bajas y grises, perdió brillo y adelantó el atardecer. Se sentó en la recepción, frente a las dos ventanas que daban al bosque de castaños. Los árboles, apagados, sufrían el invierno. La penumbra, la llovizna, la naturaleza recogida, afirmaron la concentración del brujo, que se dejó caer sin resistencia alguna en el centro de sus pensamientos. "Los percibo. Me rodean. Compartimos el mismo interés. Hemos derribado miles de murallas y Solo nos separa una delgada lámina. Aunque en estos menesteres nada es frágil. Pero lo lograré… Lo lograremos".

La noche llegó con suavidad, como una prolongación de la tarde. Yñaga preparó la comida y se sentó a la mesa. Si bien estaba ansioso por lo que suponía iba a ocurrir, comió con lentitud. Sentía que había llegado a la meta y cada movimiento debía ser solemne. Al acostarse, tomó el crucifijo y el anillo de su madre muerta. Por lo sucedido en la víspera desechó los tapones. Con las manos cruzadas sobre el pecho, debajo de su barba rojiza, se dispuso a dar el último paso. Miró el cielorraso y dejó que el color blanco lo envolviera. "Debo participar", le dijo la Voz a quien la escuchaba. La corriente del sótano que había dejado de reflexionar se movió inquieta. El pensamiento de los dos hombres enterrados cerca del aljibe, no opuso resistencia y se asomó a la superficie, dividiéndose. El animal de piel aceitosa cruzó frente a los galpones arrastrando la panza sobre el terreno engramillado. Caldo y Bastón aullaron sin respiro.

En la ciudad, Teófila dormía. A su lado, doña Paca le cuidaba el sueño; cada tanto se acercaba a la cama y miraba los labios de la criada.

(*) 15ta entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Todos juntos en Navidad (Siguiendo a Yñaga)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Ricardo Yñaga sabe, desde aquella noche de invierno en que se comunicó con los muertos, que él ya no pertenece a la vida. Sin embargo, los nogales y castaños se muestran tan reales como siempre, es decir, como cuando él vivía; Cipriano sigue saludando con gesto ladino no bien lo descubre recostado en la reposera del patio de ladrillo; Caldo y Bastón lo olfatean y le gruñen. Yñaga piensa, con toda lógica, que no debería ser así: él está muerto. No sucedió lo mismo con doña Paca el día que vino a buscar sus pertenencias. La matrona guardó en la pequeña valija los tapones para los oídos, las mudas de lanilla, el crucifijo y el anillo de su madre muerta. El brujo trató de llamar su atención. Al principio con voz serena, después con gritos y ademanes bruscos. Pero nada. La mujer se fue por el sendero bordeado de retamos sin siquiera mirarlo, seguida por una inexpresiva Teófila. Hay otros hechos que lo confunden. Que todavía lo acompañe su cuerpo. Yñaga, vivo, suponía que la muerte se quedaba con esqueleto y vísceras. Y en aquella noche de invierno, al verse exánime sobre la cama, dio por confirmada su suposición, "No es así", piensa ordenando su barba rojiza, tocándose el pecho o acariciando su calva. "Estoy entero". Otro tanto le pasa con la ropa. Sigue vistiendo sotana siendo que su cadáver se llevó una puesta y doña Paca el resto de la indumentaria. "Los objetos se duplican de este lado", afirma tratando de terminar con sus dudas. Pero no es todo. Desde que murió no puede ir más allá de los límites de La Quinta. La vez que lo ha intentado, un muro invisible le ha cortado el paso. Hay más. Resulta que en el aljibe está la Voz junto a un adolescente que habla poco y se llama Martín. En el mismo pozo existe una piel blanquecina cubriendo las rocas. A escasos metros del pozo se encuentra enterrado el pensamiento de dos hombres muertos. Yñaga teoriza: "La muerte y la vida conviven. Mi confusión se debe a la falta de experiencia. Soy un muerto reciente. Solo seis meses desde aquella noche fría. Igual debió pasarme cuando nací. ¿Cuánto tiempo me llevó aprender a caminar? En seis meses Solo gateo. Ando de aquí para allá descubriendo todo. No debo desesperar. Tengo a mi favor las inquietudes que me acompañaron en vida. Mal o bien (Yñaga no está seguro de que sus experimentos fueran acertados) pensé en la muerte. Y eso ayuda".

Trata de ordenar su razonamiento. Intenta una clasificación. Se dice que cualquier análisis debe partir de bases ciertas e inobjetables. "¿Quién pertenece a este mundo? Yo, sin duda alguna", Se responde ratificando su convicción de haber muerto.

Yñaga se sienta en el muro que divide el patio de ladrillo del terreno engramillado, enfrentando a las sierras. Con los ojos fijos en el cilindro que corona el aljibe dice: "La Voz también habita este mundo, como Martín y la piel blanquecina que le sirve de alfombra". Luego incluye en el mismo grupo al pensamiento de los dos hombres muertos, enterrados cerca del pozo en desuso. "¿Y Cipriano?" se pregunta. "Me saluda como si nada hubiera pasado. Aunque fue él quien ayudó a guardar mi cuerpo. ¿Y qué con la araña de patas largas que habita entre las ramas? ¿Pertenece a este mundo o al otro? Para mí que ese bicho ya estaba cuando yo tenía aliento". Este último razonamiento le obliga a suponer que hay seres que habitan ambos territorios: las plantas, Cipriano, los perros. Piensa, con el solo objeto de ubicarlo en su clasificación, en el repugnante animal de piel aceitosa, cola enroscada sobre el lomo, dientes afilados, ojos fríos y duros. Se estremece. Le tiene miedo y este temor lo lleva a pensar en una nueva clasificación: "¿Quiénes son mis amigos?". "Martín está de mi

lado" establece, porque si bien no ha hablado con él advierte en su gesto una actitud benevolente, comprensiva, como si intentara animarlo. "¿Y la Voz? Fue ella la que llegó primero cuando mi mente se hizo blanca. No puedo asegurar que sea mi enemiga. Si me guío por el tono con que se dirige al muchacho debo suponer que su esencia es buena". No piensa lo mismo de la araña. La recuerda abriéndose paso entre los globos blancos la noche en que murió. Recuerda con malestar cómo tejió sobre su calva. Los hilos de baba le enredaron la barba y se asentaron, pegajosos, sobre los ojos. Ahogaron su respiración y aprisionaron sus muñecas hasta obligarlo a soltar el crucifijo y el anillo de su madre muerta. "La araña jamás será mi amiga". Sin mayor reflexión incluye entre los que rechaza al animal de piel aceitosa y pasa a considerar el pensamiento de los dos hombres enterrados cerca del aljibe. "¿De qué lado lo ubico?". Por ese pensamiento revivió violencia y crímenes atroces en la noche que barrió su mente. Aunque reconoce que la imagen fue dañina, no recuerda que en algún momento lo contaminara. "Fue como ver una película", y decide no clasificarlo. También le resulta indiferente la piel blanquecina que chupan las sanguijuelas. La Voz habla de Spunter con quien la escucha. Esa vida solitaria no conmueve a Yñaga. Además supone que el hombre seguirá pegado a las rocas del aljibe y eso es suficiente para no tenerlo en cuenta. "¿Y Cipriano? Acepta que es imposible otorgarle un lugar determinado en ese cuadro de afectos y odios que traza. Recuerda a doña Paca y la siente como "gran amiga". Por último repite que es un niño en ese mundo de límites indefinidos. "Aprenderé". Y en el momento que lo dice una camioneta deja atrás el portón de entrada al parque. Es Raúl Sepúlveda con su familia. La camioneta entra despacio, a paso de hombre, y al llegar al final del sendero que costea la galería cubierta, dobla a la derecha, avanzando en forma paralela al muro de piedra laja donde se encuentra sentado Yñaga. El vehículo estaciona bajo el acacio gigante, cerca del aljibe y descienden una mujer y un niño. No bien Yñaga los ve, afirma "Treinta años la mujer, ocho el muchacho". Se dice entonces que por estar muerto puede adivinar ese tipo de cosas. Ambos son delgados. Y aunque nadie se lo dice, el brujo sabe que la Madre se llama Amalia y el hijo Álvaro. La mujer se alisa la falda. Ha venido sentada mucho tiempo y con sus manos estira la tela. Tiene cintura menuda, pelo rubio enrulado, brazos finos. Es bella. De ojos verdes, que si bien no son grandes animan una sonrisa agradable. Se nota, por la piel áspera de sus manos y por sus uñas, que es mujer de trabajo. Se nota, cuando acaricia la cabeza del niño, como cuidando su vida, que es buena madre. El niño lleva pantalones cortos, remera y zapatillas de cuero; sobresalen las rodillas cubiertas de cicatrices, huesudas. El pelo de color castaño, casi negro, abundante, le cubre la frente. A Yñaga le sorprende el color del cabello, y también el de los ojos, que se asoman oscuros y penetrantes, hasta que ve al padre descender por la otra puerta, rodear la camioneta y acercarse. Sepúlveda tiene el pelo renegrido, la tez opaca, ojos negros. "Cuarenta", asegura Yñaga. El hombre ha perdido la estilizada figura mestiza con los años. Adiposidades sobre la cadera le redondean la silueta. Transpira y respira agitado. Viste un pantalón vaquero prendido más abajo de su barriga, la camisa entreabierta, las zapatillas calzadas como chilenas. El grupo enfrenta a Yñaga. Este, por ser un muerto reciente al que le cuesta manejar su nuevo estado, saluda, inclina la cabeza y dice buenas tardes. Por supuesto, no hay respuesta.

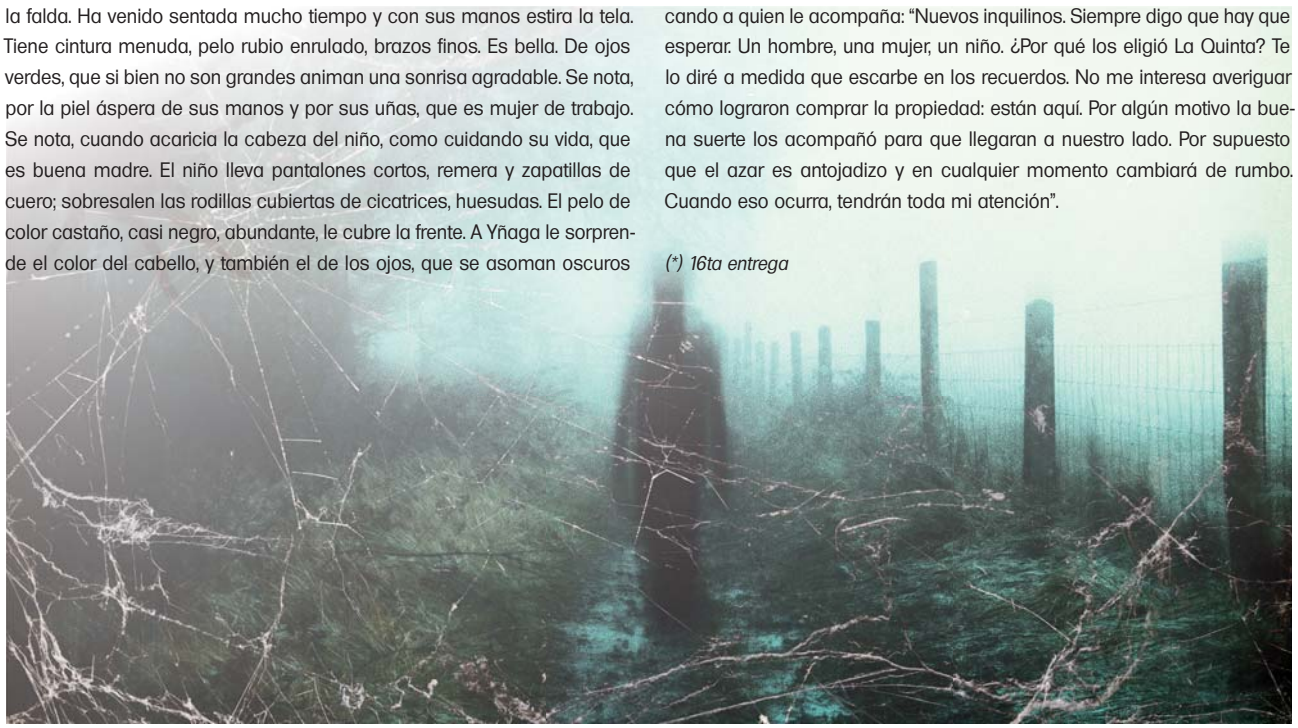
El padre pregunta a la madre si le gusta La Quinta. Ella responde sí.

—Mañana te mostraré el fondo—dice Sepúlveda —llega hasta el pie de las sierras.

Álvaro se da vuelta y mira las montañas. "Qué lejos están", piensa. Y es natural que así las vea, porque la distancia se multiplica en la niñez. Como Amalia también se ha dado vuelta, pregunta si los nogales ya tienen nueces.

—Verdes—responde el hombre y aclara —Están cargados, recién en abril tendremos cosecha. Aunque en el suelo quedan algunas del año pasado. Cipriano aparece por la tranquera del fondo. Lo siguen Caldo y Bastón. Se reúne con los recién llegados. Yñaga, al verlo levanta la mano convencido, de que en esta oportunidad será saludado. Vuelve a equivocarse. Ni el peón ni los animales dan muestras de haberlo visto. Se molesta. Abandona su asiento, pasa el muro de piedra laja y se acerca al grupo. La indiferencia de todos lo exaspera y por primera vez supone que Cipriano finge. "No quiere demostrar que ve a los muertos. El muy hipócrita sabe que estoy aquí pero disimula". Su indignación va en aumento y no duda en pisar el rabo de Bastón. Nada sucede. La cola del animal sigue en su lugar. Entonces tira de una oreja a Caldo. El perro ni se inquieta. Sorprendido, se acerca al tronco del acacio gigante y se apoya en él. Mira hacia arriba. Allí está la araña de patas largas, afanándose en devorar dos moscas y un mosquito que han caído en su red. El brujo supone que el repugnante animal lo observa y se dice que un animal tan pequeño no puede hacerle daño. Se aleja del árbol y es suficiente para que escuche a la Voz explicando a quien le acompaña: "Nuevos inquilinos. Siempre digo que hay que esperar. Un hombre, una mujer, un niño. ¿Por qué los eligió La Quinta? Te lo diré a medida que escarbe en los recuerdos. No me interesa averiguar cómo lograron comprar la propiedad: están aquí. Por algún motivo la buena suerte los acompañó para que llegaran a nuestro lado. Por supuesto que el azar es antojadizo y en cualquier momento cambiará de rumbo. Cuando eso ocurra, tendrán toda mi atención".

(*) 16ta entrega



EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Todos juntos en Navidad (Siguiendo a Yñaga)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Como es el atardecer de un día de verano aparecen luciérnagas por todas partes. Yñaga hace un rodeo para no pisar el suelo donde está enterrado el pensamiento de dos hombres muertos y se encamina hacia el fondo. Cruza la tranquera. Con la cabeza gacha y las manos unidas en el regazo, se adentra en el sendero bordeado de álamos y acequias que separan los cuadros de nogales y llega hasta el fondo de la propiedad, donde un alambre olímpico delimita La Quinta del bosque virgen donde crecen algarrobos, molles y espinillos al pie de las montañas.

Contempla las imponentes sierras (tres en total, la mayor en el medio). Cuando hace eso se encuentra al lado del canal maestro, paralelo al alambrado, en el interior de La Quinta, que la cruza de este a oeste con abundante agua de riego. Se acerca a la compuerta y se sienta sobre la base de cemento.

Con una mano en la manija de hierro, la otra apoyada en la base de cemento, un pie sumergido en el agua del canal, se recrimina la falta de astucia para comprender su nuevo estado y el mal humor creciente le va ocultando las montañas. Olvida que momentos antes, en el muro de piedra laja, justificó su ignorancia en el escaso tiempo que lleva muerto.

Así, irritado, se pregunta si antes de interesarse por la muerte no le convendría más dedicar su energía a un tema más concreto, ocuparse de un muerto: él. Afirma la idea con un argumento dudoso: “Si en vida los niños inician su aprendizaje andando de aquí para allá, un muerto reciente debe primero recorrerse por dentro”. “¿En qué cambié?” El agua no toma mi reflejo, las personas no me escuchan ni me ven; mi cuerpo, en apariencia igual al que tenía en vida, ignora el cansancio, el hambre y la sed. Se conforma con esta primera enumeración porque nada de lo que ha pensado puede rebatirse. “Pero un muerto debe ser algo más que eso”. Y enfrenta así un nuevo camino de dudas. “Es posible que pueda volar”, supone. Sin demora mueve sus brazos como si fueran alas. Cuatro, cinco veces abanica el aire. Pero su pie sigue sumergido en el agua y él sentado. “Bueno… los muertos no se mueven del suelo” dice dejando sus brazos quietos. “Por lo menos adivino la edad de las personas”.

Yñaga decide apuntar este hecho en su personal lista de cambios, pero un recuerdo lo detiene: en un día no lejano, después de tropezar con Paca, adivinó el resultado de una jugada de quiniela.

"Tal vez de este lado soy tan brujo como entonces, o mejor, porque en aquella oportunidad fue pura suerte". Algo indefinido (¿intuición?) le hace volver la cabeza en dirección al sendero de tierra flanqueado por álamos por donde una pareja avanza sin prisa, tomada de la mano. Yñaga los ha visto antes. Felices, disfrutando la mutua compañía, haciéndose caricias en cada gesto.

Siempre repiten el mismo camino: recorren los cuadros de nogales y cuando la noche se aproxima atraviesan el alambre olímpico del fondo para perderse en el monte virgen.

Alguna vez, no todas, junto a la maraña de árboles los espera un caballo negro. Supone que también están muertos y si ellos atraviesan alambrados, él puede hacer lo mismo. Se promete que esa misma noche entrará en la casa atravesando los muros. Cuando los ve trasponer el alambrado se pregunta la razón por la que abandonan La Quinta. "Es posible que Solo yo sea un fantasma, los fantasmas no están del todo muertos" se responde. Ha oído lo que ellos hablan: de su hija, de una gran batalla, de un oso de felpa, de un caballo negro. Lo hacen con alegría. Amigo de sacar conclusiones redondea esta idea: "El buen ánimo también ayuda de este lado. Quizás es lo que a mí me falta".

La noche desplaza el atardecer diluyendo las sombras de los árboles en una cortina negra. Los últimos destellos rojizos del horizonte se tiñen de violeta. El brujo se pone de pie, da la espalda a las sierras e inicia el regreso a la casa. Mientras camina imagina su cuerpo (o lo que sea) a centímetros del suelo.

Algo le cruje dentro y para su sorpresa descubre que ya no toca el suelo. "Más alto", se dice apretando las mandíbulas como si el gesto fuera necesario para afirmar su deseo. Y se eleva. Al principio no mucho, pero después tiene a la vista las copas de los nogales. "Puedo" y aunque la noche es íntegra, el cielo estrellado le muestra las grandes hojas. "Un poco más", pide. Los nogales quedan abajo y llega hasta la aguda punta de los álamos. "Quizás éste es el camino" e intenta elevarse para dejar La Quinta. Su cuerpo, por el contrario, desciende. "Algo me falta", acepta cuando está al ras del suelo, "alguien me tiene atado". Por lo menos, ahora sabe que dentro de límites muy precisos puede desplazarse por los aires con Solo desearlo. Se pone a prueba y piensa en Sepúlveda, su familia, la casa. "Quiero estar allá". Y vuela. La familia cena cuando Yñaga atraviesa la pared a la altura de la chimenea. Y, por costumbre que trae de la vida, se sienta en una silla y los observa. Después del postre, el padre enciende un cigarrillo. La madre levanta la mesa. El niño juega a armar una casa con palillos. Yñaga, sin saber muy bien qué hacer, cruza su pierna derecha sobre la izquierda, alisa su larga barba roja y deja que el tiempo pase. Amalia, luego de terminar su tarea, le dice a Álvaro que es hora de acostarse y tomándolo de la mano lo conduce al dormitorio. Sepúlveda promete que en minutos lo acompañará. Un rasguño continuo, molesto, nace en el hogar de la chimenea. Alguien araña los ladrillos refractarios. "Ratones", supone Yñaga y mira a Sepúlveda. "No ha escuchado", dice al verlo distraído. Un ladrillo se rompe, otros ladrillos caen. Un hocico puntiagudo se muestra por el hueco recién abierto. "Es él". Afirma Yñaga refiriéndose al animal de piel aceitosa y cola enroscada. Se pregunta qué hace ahí. Se interroga también sobre la naturaleza de esa bestia, el motivo de su presencia en La Quinta, si pertenece al mundo de los muertos y porqué lo asusta tanto. El animal salta sobre la mesa, y arrastrando su panza sobre el mantel se acerca a Sepúlveda, quien apoya la mano derecha, la que sostiene el cigarrillo, al lado de la piel aceitosa. "El bicho es invisible", confirma Yñaga y, como se sabe dueño de la misma condición, abandona la silla y se acerca a la mesa.

Una energía que desconoce le hincha el razonamiento. Ideas en tropel, oscuras, mezcladas, lo toman con violencia. Le lleva un tiempo comprender que su mente recibe lo que piensa Sepúlveda. Sepúlveda piensa en su vida. Destellos infinitos nacen en su mente. Algunos se inflan resplandecientes hasta formar esferas luminosas. Sepúlveda elige recuerdos. Las esferas se mantienen mientras dura la atención del que las piensa. Luego se licuan en un telón negro. La memoria de Sepúlveda es incansable y otros destellos engordan. De pronto una de las esferas toma dimensiones colosales. Sepúlveda piensa en un solo tema. Un misterio que lo acompaña desde la niñez y que él pretende esclarecer. Sepúlveda, atento hasta la médula, se pregunta sobre la suerte. Está convencido de que el hombre es lo que la suerte quiere. Lo cree como cree en Dios. Piensa que todo hombre nace con una nube que lo acompañará mientras viva: su suerte. La imagina como nube porque no se le ocurre nada más liviano, intangible y versátil. No lo piensa en tan apretada síntesis, no tiene suficiente cultura para hacerlo. Solo cree, y es suficiente, que la suerte como la nube no tiene peso, y deduce que algo sin peso no puede ser tocado. Además, se dice, una nube cobija en igual medida el agua, de por sí beneficiosa, y el dañino rayo. Con elementos de efectos tan opuestos, la conducta de una nube (o de la suerte) es imprevisible.

(*) 17ma entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Todos juntos en Navidad (Siguiendo a Yñaga)

Por Jorge O. Sallenave (*)

"¿Por qué hay buena y mala suerte?", se pregunta. Y en años no ha logrado una respuesta. Por tanto fracaso alimenta un pensamiento único: descubrir la razón por la que esa nube que lo acompaña, un día riega y otro mata. No le interesa la suerte de todos. Ha vivido demasiado para mantener un interés tan difuso. Quiere saber solamente sobre él, su mujer y su hijo. Necesita una regla mínima de convivencia entre la noche y el día, la felicidad y el dolor. En eso piensa e inunda a Yñaga con tenacidad. Sepúlveda ha descartado que la nube cargue en igual medida energía positiva y negativa. Ha advertido que hay personas que van de la mano con lo nefasto y otras abrazadas a la dicha. Él quiere integrar el segundo grupo y supone que de alguna forma encontrará el camino. "¿Qué herramienta usar?" inquiere, acostumbrado a su trabajo de mecánico. Se promete que en La Quinta encontrará la respuesta y que si es necesario será egoísta y demandará a Dios una solución. Por pensar así, recuerda que la Navidad está próxima. El destello se hace fuerte hasta hacerlo olvidar el anterior tema. "Pondré luces a un nogal. El más alto", afirma. Aunque no lo sepa, con esa idea (armar un árbol de Navidad gigantesco) intenta una disculpa. Su conciencia profunda lo hace actuar así. El piensa recurrir a su Creador con un problema personal y es justo que le demuestre su fe.

El animal de piel aceitosa regresa por donde vino. Atraviesa la mesa, salta y se desliza por el hueco que hiciera en la chimenea. No bien pasa, los ladrillos vuelven a su lugar. "¿Qué persigue?", Se pregunta Yñaga, porque ningún acto del animal le es indiferente. Sepúlveda apaga el cigarrillo y se dirige a su dormitorio, pero después cambia de opinión y entra en el cuarto de Álvaro. Se acerca a la cama y con sus manos rudas aventa a escasos centímetros de la cabeza del muchacho dormido, como si pretendiera alejar a un insecto. Yñaga sabe que el gesto tiene otra finalidad: ahuyentar la temida mala suerte. Luego de contemplar la escena decide abandonar la casa.

La Voz del aljibe, en realidad un pozo en desuso, elude el contacto con la piel blanquecina de Spunter y se sienta junto a Martín. Para acercarse al joven, es una muchacha de piel suave, sonrisa tenue, ojos que acarician con inocencia: "Nuestro invitado ha vuelto a pensar en la suerte. Lo hará varias veces en los próximos días. Pero cualquiera que sea su esfuerzo es imposible que acierte. ¿Sabés por qué? Su fracaso —no será otro su destino—es dejar a la suerte en la mano de Dios, como si no existiéramos. Nada adelantará, lo doy por seguro, si no advierte los espíritus que lo rodean. Para ser sincera, aun en el supuesto que sospechara este mundo, le será imposible desligarse de

la idea que Dios todo lo resuelve. Y ésta será la razón de su derrota. Pero no hablemos más de él, no tiene sentido anticipar los hechos. Déjame conocerte. Tarde o temprano abandonarás esa actitud temerosa. ¿Por qué no esta noche? Anímate".

Yñaga piensa que la intimidad es digna de respeto. Tanto en la vida como en la muerte. Y se aleja. Comienza a caminar hacia el fondo y, cuando está a punto de atravesar la tranquera, le viene a la memoria lo aprendido en el atardecer y vuela hasta el canal maestro.

Sepúlveda se desviste. Con suavidad descorre la sábana y se acuesta. Abraza a Amalia, quien al sentirlo suspira con agrado y busca sus labios. No bien dejan de besarse, con los cuerpos entrelazados, él le susurra:

—Vamos a hacer un árbol de Navidad… el más grande que hayas visto.

La mujer sonríe y como sabe cuál es el mayor interés de su marido le dice al oído:

—Hemos tenido suerte.

Cipriano no puede dormir. No dormirá esta Navidad. Siempre en esa época del año el recuerdo de Matilde, su hija, lo desvela. Más que nunca desea su regreso. Que de una vez por todas abandone la ciudad y viva con él. Sabe, y ese conocimiento lo entristece, que Matilde no volverá. Quienes recibieron su promesa se encargarán de mantenerla lejos.

El brujo se sienta en la compuerta y se pregunta si él tiene suerte. "En vida sí" contesta de inmediato, porque recuerda su interés por ser brujo y cómo, con ayuda de doña Paca y Teófila, lo logró. "No todos los hombres consiguen lo que quieren". Pero al reflexionar sobre su presente, duda: "No sé si la suerte me acompaña de este lado". Así como anunció reglas para comunicarse con los muertos, intenta lo mismo con la suerte. Advierte de inmediato que la tarea no es sencilla. Pretende unir la suerte con la felicidad, pero lo descarta: "Tener suerte no garantiza la felicidad". Y afirma: "La suerte debe medirse según el individuo", y no encontrándole falla al razonamiento acepta que ésta es la primera regla. "Por lo tanto, mi buena suerte bien puede dañar a otro". Rascándose la barbilla en forma displicente se pregunta: "¿Por qué algunos tienen suerte y otros no?". Sin estar convencido se responde: "Depende de la fuerza interior. Como siempre: el pez grande se come al chico". Una leve fosforescencia en el cuadro de nogales interrumpe su razonamiento. No se inquieta. Sabe que en minutos el tenue destello tomará forma definida: una hermosísima mujer, vestida de novia, los ojos enrojecidos por el llanto, soportando una ausencia dolorosa. También sabe, porque está muerto, que se trata de Laura, una de las esposas de Modavel. Laura se acerca al canal maestro. Ignora, como lo ha hecho antes, la presencia de Ricardo Yñaga. Se para, de frente a las montañas, y suspira profundamente como cualquiera que sufre una pena de amor. "Esa mujer no tiene suerte", se dice el brujo y se lamenta no conocer algún brebaje que amengüe su dolor. "Yo Solo sé hablar con los muertos", piensa contrariado. Así, uno observando y otro dejándose observar, pasa el tiempo. Llega la mañana. Nace el sol sobre La Quinta. Las gotas de rocío se evaporan sobre los tallos, las flores, las hojas rechonchas de los nogales. Los pájaros abandonan los árboles. El viento del este, suave, se detiene no bien el sol abandona el horizonte.

Raúl Sepúlveda y su familia se levantan. Apenas terminan de desayunar salen a recorrer la propiedad. Sepúlveda y su hijo llevan puesto traje de baño y ojotas. Amalia, de pollera amplia y sandalias, carga una bolsa vacía. Se internan en el cuadro de nogales que da al este. El sol pesa sobre las hojas verdes pero no las atraviesa. Amalia comienza a levantar del suelo nueces del año anterior. Así van los tres, buscando entre la melisca. A veces Álvaro quiere saber si ha elegido bien y le pide a su padre que lo compruebe. Sepúlveda recibe la nuez, busca otra en el suelo, coloca ambas en su palma y cierra el puño con fuerza hasta quebrar la cáscara. Todavía se encuentran lejos del canal maestro. La madre deja de juntar nueces y juega con su hijo. Lo ayuda a subirse en las horquetas bajas y lo recibe cuando salta.

—¿Podemos hacer una choza? —pregunta el pequeño.

—Donde quieras—afirma Amalia.

—¡Allá! —dice Álvaro señalando las ramas más altas de un nogal.

—¿Y cómo vas a subir?

El niño no responde. Sigue mirando donde ha indicado y piensa que le dará miedo subir tan alto, pero también piensa que su padre podrá ayudarlo. Sepúlveda ha encontrado su nogal. Es más robusto, de ramas gruesas, corteza casi blanca. Llama a su familia y lo muestra. Los tres están de acuerdo y Álvaro prueba subir sin ayuda hasta la primera horqueta, apoyando sus pies desnudos en los nudos naturales del tronco. Lo logra luego de algunos intentos. Como piensa en su futura choza no duda en seguir trepando. La madre lo llama, "Es peligroso", dice, Sepúlveda la tranquiliza:

—Los niños son como los gatos, no se caen nunca.

Yñaga encuentra a la familia en ese instante, cuando Álvaro trepa. Le parece un riesgo innecesario. "Es tentar a la mala suerte", piensa, porque desde la noche anterior ha agregado a su interés (saber qué alcances tiene su nuevo mundo) el de Sepúlveda. Siente, de una manera extraña, que Sepúlveda y su familia se acercan a un hecho doloroso, definitivo, que cambiará sus vidas para siempre. Se pregunta si la tragedia no ha iniciado su andar en el momento que Álvaro decide subir más alto, donde la corteza no tiene nudos y es resbaladiza. Por esa razón imagina al niño cayendo, dando golpes en cada rama, hundiéndose en la tierra blanda. Después se dice que la mala suerte no elegirá un camino previsible. "Vaya a saber por dónde atacará" y se aleja del grupo después de acuñar una nueva regla: "La suerte, mala o buena, es imprevisible tanto para los vivos como para los muertos" y redondea para justificarse: "Los muertos recientes, por lo menos".

(*) 18va entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Todos juntos en Navidad (Siguiendo a Yñaga)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Por la tarde, después de jugar en la piscina, la familia se sienta bajo el opulento acacio a tomar mate. Amalia es la encargada de cebarlo. Álvaro pregunta si podrán mantener encendidas las luces del árbol durante toda la noche.

—Seguro —afirma su padre—. Y todas las noches, hasta Reyes. La araña de patas largas no da abasto con sus presas. La tarde calurosa puebla el aire de insectos y la tela apenas si puede soportar a los que quedan prisioneros. La araña se afana repartiendo muerte, pero es inútil. Los hilos se mueven sin cesar.

El espíritu de Martín se adormece en el aljibe. La Voz aprovecha su inconsciencia y lo besa. El muchacho, al sentir su aliento, no piensa en ella. Se imagina en su casa, acariciado por su madre. Ha olvidado el frío filo de la navaja atravesando su mano, el olor nauseabundo del lugar donde descansa y se solaza con recuerdos de la vida. La Voz sabe que la sonrisa del joven no le pertenece, pero no se enfada: "Es un buen indicio", reflexiona. "Nadie tiene sueños agradables si lo acompaña el miedo".

El animal de piel aceitosa se acerca a Yñaga. Arrastrando el vientre sobre el terreno engramillado cruza frente a la familia reunida y monta sobre el muro de piedra laja, muy próximo a donde se encuentra el brujo. Ambos se observan. El animal apuntándolo con su hocico agudo. Yñaga de soslayo, nervioso. Así se mantienen hasta las últimas horas de la tarde. Recién entonces el brujo advierte que Sepúlveda y su familia ya no están bajo el acacio. Escucha voces y ruido de platos en la casa. "Amalia prepara la comida", deduce. Por un instante siente la tentación de reunirse con ellos. Se pone de pie, pero cuando va a impulsarse dentro de la vivienda cambia de idea. "Me dará tristeza" afirma. Después que lo dice se pregunta la razón: "Será porque no tengo familia", responde dubitativo, pero termina por aceptarlo. Se dirige entonces al centro del terreno engramillado, frente a los galpones, y allí espera que la noche lo cubra todo.

"¿Quién manda aquí? La Voz es importante, por lo menos si la comparo con la piel blanquecina y Martín, el joven que la escucha. Pero… ¿es más importante que la araña o el animal de piel viscosa? No hay caso: llevo muy poco tiempo muerto". Esta conclusión nace al pensar en la pareja que habla de su hija, en la corriente del sótano, en el pensamiento enterrado junto al aljibe. "Hay grados de poder que no saltan a la vista. Por ejemplo esos enamorados que se prodigan caricias mientras recorren La Quinta. Por su alegría, por la confianza que se manifiestan, parecen ocupar un lugar privilegiado en este mundo incomprensible. No sucede lo mismo con Laura. Una mujer abatida por el dolor, ahogada por una pena. ¿Y qué con

la corriente del sótano? Por lo pronto no está prisionera. Fue ella la que me visitó en mi primer intento de hablar con los muertos. Además, salvo la Voz y Martín, los otros habitantes se ignoran". Y este razonamiento le permite a Yñaga obtener la regla que desea: "En este mundo no hay jerarquías".

La noche es dueña de todos los espacios. No hay luna y Solo los discontinuos destellos de las luciérnagas se resisten a la oscuridad. Yñaga se sienta junto a la tranquera del fondo, su espalda contra el travesaño. Abraza sus piernas y apoya la cabeza en las rodillas. Está cansado. "No debería sentir cansancio. Estoy muerto y los muertos no se cansan". Sin embargo los párpados se le cierran. "Tampoco debería tener miedo ¿Qué daño puede sufrir un muerto?", dice en la frontera del sueño y en su último instante de conciencia agrega: "Ni siquiera ese bicho pegajoso puede lastimarme".

A la mañana siguiente, Sepúlveda se levanta temprano. Toma de la mesa de luz un papel doblado en cuatro y lo guarda en el bolsillo. Es la lista de materiales que necesita para armar el árbol, la choza y el pesebre. Frente a la camioneta relee lo que ha escrito: cien lámparas, cuatro baterías, doscientos metros de cable, interruptores, cinta aisladora, portalámparas, soldador, madera, clavos, figuras para el pesebre, cohetes. Apoya el papel sobre el guardabarros y agrega con esfuerzo (escribir no es su fuerte): "Gracias Dios mío por darnos tanta suerte". Vuelve a guardarlo en el bolsillo y sube al vehículo. Amalia se despierta cuando la camioneta pasa frente a la galería. Se levanta de la cama de un salto y corre hasta la ventana para saludar a su esposo. Pero llega tarde. El vehículo se aleja por el camino bordeado de retamos.

En camisón, se dirige a la cocina y prepara el desayuno. Mientras lo toma, piensa en los detalles de la cena. Como se trata de una persona habituada a restringirse en sus gastos, le cuesta aceptar que ese año no deberá privarse de nada. Por un momento se siente culpable y temerosa por la suerte que ha tenido y supone que no ha agradecido lo suficiente, que la suerte puede irse con la misma rapidez con que llegó, y entonces se obliga, mientras esté a su alcance, a demostrar un reconocimiento permanente. Para poner en práctica esto, decide invitar a Cipriano a la cena de Nochebuena. "Los que tenemos más debemos repartir. Pobre viejo, está solo", concluye mientras toma el último sorbo de café. Cuando Álvaro se levanta, su padre ya ha regresado. El niño lo ayuda a descargar la camioneta con interés bien marcado: necesita saber si Sepúlveda no ha olvidado las figuras para el pesebre y los juegos de artificio. Todo está allí: los Reyes Magos, la Virgen, San José, los pastores, decenas de animales, una cunita de bronce y el Niño Dios resplandeciente. Cañitas voladoras, petardos, estrellitas, bengalas, rompeportones. Ahora sí, la familia puede dedicarse por entero a la tarea. Así lo hacen. Pasa el día, la noche y gran parte del día siguiente sin que nada ocurra. A horas de la gran fiesta, Yñaga, que no se ha apartado de la familia y que presiente un hecho terrible, trata de tranquilizarse: "Los nervios me traicionan. Sepúlveda festejará en paz. El miedo me hace ver fantasmas".

En consideración a su naturaleza, modifica la última frase: "El miedo me llena de sospechas". Más tranquilo y convencido de que su presencia allí es irrelevante, se aleja.

Por fin llega la Nochebuena. La familia, acompañada por Cipriano, cena. Al principio el silencio del peón los confunde. Suponen que se encuentra incómodo y no saben qué hacer para que participe. Después optan por ignorarlo y la conversación se vuelve animada. El niño es el que menos habla. Sus padres están llenos de recuerdos y a él le gusta escucharlos.

A medianoche, Sepúlveda se pone de pie y abraza a Amalia. Ambos se acercan a Álvaro y lo besan. "Feliz Navidad", le dicen a coro. Se mantienen unidos hasta que Amalia recuerda a Cipriano y se aparta. Ese gesto es suficiente para que los otros también lo recuerden. Sepúlveda le extiende la mano, Amalia lo saluda con leve inclinación de cabeza, Álvaro duda y a instancias de su madre dice a media voz:

—Feliz Navidad, señor.

—Es hora de ir al fondo—dice Sepúlveda—no bien han brindado.

—Estaré lista en un minuto—afirma la madre.

—¿Puedo darle esto a los perros? —pregunta Álvaro señalando los restos de comida.

Como sus padres lo autorizan carga todo en una fuente y va en busca de los animales. Caldo y Bastón se levantan al verlo (hasta ese momento estaban echados cerca del muro de piedra laja). Álvaro asienta la fuente en el suelo y los llama. Los animales se mantienen a distancia.

¿Qué hizo Yñaga durante ese tiempo? Avanzada la tarde, cuando se alejó de la familia, se propuso dar un nuevo paso en el conocimiento de su mundo. Se dijo que sin ayuda no lograría gran cosa y decidió que era el momento de hablar con alguien.

(*) 19na entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Todos juntos en Navidad (Siguiendo a Yñaga)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Analizó uno por uno a los seres que conocía y eligió a Laura. No fue una elección arbitraria: "Solo la tristeza aliviana la lengua. Esa mujer sufre. Necesita contar sus pesares. Los otros están metidos en sus cosas". Por esa razón es que esperó la Nochebuena cerca del canal maestro. Y Laura llegó puntual. Primero en una fosforescencia, luego vestida de novia, la mirada enturbiada por la pena, deslizándose sobre el suelo como si flotara, suspirando muy hondo.

—Señorita —dijo el brujo, porque no se le ocurrió una forma más adecuada para presentarse—Quisiera hablar con usted—agregó, cuando el silencio se hizo angustioso.

Laura, al escucharlo, se transfiguró. Los ojos se revolvieron en sus órbitas, frunció el entrecejo, apretó los labios. Cada gesto era una amenaza de violencia inmediata.

—¿Cuánto pagaste? —preguntó la mujer.

Era tal su desprecio y furia que Yñaga retrocedió.

—¿Cuánto pagaste? —repitió Laura a medida que se quitaba su traje de novia con manotazos histéricos—¿Quieres usar esto? preguntó al quedar desnuda.

Y la desnudez mostró los senos corroídos anidando manojos de gusanos. El vientre ajado. Los muslos comidos hasta los huesos.

—Mercadería en mal estado. Esto te han vendido. Ven…tómame. Apriétame con fuerza, tienes derecho. Si Modavel empeñó su palabra y tú has pagado, te pertenezco. Soy tuya. Úsame hasta saciar tus ganas—dijo la joven acercándose hasta casi tocar al brujo.

Yñaga olvidó su capacidad de trasladarse por los aires y escapó corriendo. Recién se detuvo al llegar a la tranquera, miró hacia atrás y al comprobar que estaba solo se sentó. El miedo tardó un tiempo en abandonarlo. Cuando se tranquilizó y el recuerdo del cuerpo corrompido perdió fuerza dedujo: "En donde me toca vivir es difícil hacer amigos".

Allí estuvo hasta que la familia y Cipriano salieron de la casa rumbo al fondo. Álvaro adelante, iluminando el camino con una linterna. Van en busca del árbol de Navidad más grande e Yñaga se les une. Sin que ellos lo adviertan también se dirigen allí los otros habitantes de La Quinta. La noche, sin luna, es serena y profunda. Por ser medianoche, las luciérnagas han desaparecido. Cada tanto un cohete surca el espacio y estalla en luces multicolores. Cuando el aire se ondula por una leve brisa del sur, oyen la música del centro vecinal. No tardan en llegar a destino. Allí, Sepúlveda, con movimientos rápidos y certeros conecta a los bornes los cables que cuelgan de la planta. El nogal se enciende.

Cien lámparas desplazan la noche. Hay gritos nerviosos del niño, silencioso embobamiento de Amalia, Cipriano se cubre los ojos con una mano, la que de a poco separa, para después quedarse mirando la copa iluminada con la boca entreabierta. Sepúlveda ha hecho un hermoso trabajo.

A media altura del árbol ha construido una choza, la que desea su hijo, y en el piso de madera ha instalado el pesebre.

Desde abajo Solo se ven las figuras de algunos animales y resalta el niño en su cuna porque el hombre lo ha ubicado en un nivel más alto, como en un trono. Yñaga también se sorprende con el espectáculo. Observa cada

lámpara hasta que llega a la última, muy cerca de la punta del árbol y su corazón se aprieta.

Allí, donde las ramas se vuelven finas e inestables, advierte una red de hilos y en el centro la araña de patas largas. El brujo se pregunta qué hace ahí y tiene que aceptar que ella pertenece al mundo de la muerte y, como él, se traslada a voluntad.

Mientras reflexiona, regresa a su espíritu el presentimiento que lo angustia: algo va a suceder, un hecho dañino afectará a la familia. La idea lo sofoca y tiene la sensación de que le falta el aire y se lleva la mano al pecho, gesto por demás absurdo si se tiene en cuenta que está muerto. Pero ni siquiera lo piensa porque en ese instante, cuando abre la boca como si se ahogara, ve a los otros. Laura está cerca de Cipriano. Lleva puesto su vestido de novia. Su pelo, fosforescente, le redondea el rostro pálido. Aunque está parada frente al nogal y su cabeza inclinada de tal forma que aparenta observar lo que allí ocurre, tiene la mirada ausente, perdida.

A pocos metros, la Voz ondula. De pronto es Stella, a veces María o copia los rasgos de Laura. También es Matilde, pero como Yñaga no las conoce supone que bien puede ser cualquier mujer. Y no se equivoca, porque la Voz se forma según sus ganas. En esa mutación constante es niña o anciana. A su lado, echado en el suelo está Martín. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, escarbando en su mano herida. Es apenas adolescente, pero muestra un gesto de agobio y claudicación propio de un anciano. Enfrente, Chino y Lobito parecen estatuas. Su aspecto ofende a Yñaga. El rostro de Lobito hierve de gusanos, la garganta de Chino es un hueco repulsivo. Justamente por ese agujero se asoma la criatura de piel aceitosa. Olfatea hacia todos lados y cuando divisa a Yñaga muestra sus dientes afilados. Fuera de ese círculo macabro, la pareja de enamorados se sostiene con las manos entrelazadas. “Por Dios, que nada suceda”, implora Yñaga, convencido de que la plegaria no surtirá efecto alguno ante esa concurrencia.

—Voy a subir—anuncia Álvaro que no puede contener las ganas de usar la choza. Y no bien lo dice toma envión, se cuelga de la primera rama y apoyando su pie izquierdo en el tronco inicia el ascenso.

—¡Con cuidado! —advierte Amalia, que ha sentido un estremecimiento en el pecho.

—Los niños son como los gatos—la tranquiliza Sepúlveda con la misma frase que usara dos días antes—.

Además, va a visitar el pesebre y nadie, que yo sepa, sufre daño cuando está con Dios. Sin que la familia lo note, la Voz, Laura, Martín, Chino, Lobito, la araña de patas largas y la pareja de enamorados se acercan al gigantesco árbol de Navidad. También avanzan Cipriano, Caldo, Bastón e Yñaga. Sepúlveda rodea con su brazo la cintura de Amalia y la atrae. Álvaro apoya su pie derecho en un nudo de la corteza y, con un envión, se cuelga de la segunda rama. Está a punto de perder el equilibrio, pero logra mantenerse. Cuando sobrepasa la altura de sus padres se sienta en una horqueta y los mira sonriente. Sepúlveda y Amalia le hacen señas y antes que reinicie su marcha hacia la choza la madre le lanza un beso con la mano. Yñaga pierde este intercambio de cariño. “Solo falta la corriente del sótano”, dice repasando la lista de los seres que conoce de su nuevo mundo. “Y el caballo negro” agrega, pero deduce de inmediato que el animal no pertenece a La Quinta.

Las hojas, grandes como platos soperos, comienzan a agitarse cuando el brujo piensa eso. Álvaro ha recorrido la mitad del camino. Se detiene y mira hacia arriba, hacia la choza. El pesebre se ve completo. La imagen lo incita y emprende el último tramo. Amalia advierte que las ramas ya no están quietas y le pregunta a Sepúlveda si no hay peligro.

—Es solo una brisa —responde el hombre aparentando tranquilidad, pero le transpiran las manos porque las lámparas se bambolean y explotan con el viento.

“Solo falta la corriente del sótano”, insiste Yñaga, como si de esa forma pudiera detener el movimiento de las ramas. Algunas ramas comienzan a quebrarse. Álvaro, a escasa distancia de la choza, llama a sus padres y grita. El viento se retuerce con júbilo en los nogales. El círculo de luz que ilumina el suelo, enflaquece. Sepúlveda, prendido al tronco y amañando su cuerpo con la corteza, intenta subir. La madre, impotente, llora. Quizás como nunca, Yñaga reclama a la suerte. De ella depende, de quién la administra, que Sepúlveda llegue a tiempo.

(*) 20na entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Algunos kilos de más ("El Cinco Rojo")

Por Jorge O. Sallenave (*)

"¿Cómo se puede cargar tanto peso?", pensaba Bruno luego de pesarse en la balanza de la farmacia que quedaba frente a la plaza del Coronel, donde después se sentaba en un banco de madera, de listones verdes y largos, con pie de hierro. "Demasiado espacio para un solo cuerpo", reflexionaba mirándose el abdomen, que en realidad no abultaba, porque Bruno no era gordo, pero que él veía como un globo, ni más ni menos como los que vendía el manisero ubicado al lado del monumento al Coronel, donde los niños se reunían alejados de la atención de sus madres bien vestidas, recién peinadas, hablando entre ellas sin escucharse, mirando con disimulo a los presentes por si reconocían a alguien, y si no lo mismo, porque les interesaba comparar galas y criticar, y esto era siempre posible en un lugar tan pequeño. "¿Hasta dónde me voy a hinchar?", se preguntaba Bruno, porque a él, Solo le interesaba su figura e imaginaba que arrastraba su estómago por el piso. Entonces pensaba en un hada. Delgada, elegante, que descendía del monumento y venía hacia él. Con un alfiler en la mano, de oro por supuesto, tan largo como cualquier varita mágica. Y lo clavaba en su abdomen sin que sintiera dolor. Ni una pizca. Porque de su ombligo nacía un chorro que, a medida que lo deshinchaba, aliviándolo, superaba los altos eucaliptos, los aguaribayes, las palmeras. "Haré régimen hasta que flote en el aire", aseguraba mientras miraba el chorro inexistente, a igual que su gordura, que era puro invento, porque él medía más de un metro ochenta y nunca había superado los 75 kilogramos de peso.

No era el caso de Augusta, su mujer. Augusta podía compararse con un barril de cerveza, angosto arriba y abajo, gran circunferencia en el medio. Y no superaba el metro cincuenta, aunque ella declaraba un poco más y, si estaba alegre —difícil que no lo estuviera—se agregaba diez centímetros, que para ella era tocar el cielo con las manos, sobre todo si le creían. Pero Augusta vivía sonriendo y a Bruno le costaba estirar los labios en una sonrisa. A ella le gustaba la vida tranquila: ir dos veces por mes al cine, cada tanto peinarse en "Grace", la mejor peluquería del pueblo, que se llamaba así por una princesa de un país lejano, minúsculo; escuchar la radionovela, sentarse en la vereda, en un sillón de mimbre de respaldar alto. En cambio Bruno siempre andaba empujándose. Nada de quedarse quieto. Como si alguien lo obligara a ello. Pero aun con estas diferencias, la pareja se llevaba bien. Se amaban. Los vecinos (toda la ciudad lo era) aceptaban esta realidad con frases hechas: "El amor es así: como la lotería" o "Vaya a saber dónde está el secreto".

A Bruno no le importaba que su mujer se redondeara del todo. A Augusta la tenían sin cuidado los regímenes de su marido. Y mientras él comía verduras hervidas, sin sal y pan de salvado (dos rodajas), ella devoraba lo que estuviera a su alcance, con salsas varias, sin escatimar crema de leche. Y ni hablar de los postres: porque él se limitaba a una manzana y ella a los dulces caseros, flanes bien ligados, frutillas con mucha azúcar. ¿Y qué podía decirse? Nada. Cada uno en lo suyo. Y si Bruno corría de trabajo en trabajo, ¿a quién le podía molestar que Augusta se quedara en cama hasta tarde, tomara una hora para desa-

yunar y por las noches sacara el sillón a la vereda?

Reiterando: se llevaban bien, se amaban y también compartían el gusto por el baile, y no se perdían fiesta. En especial la de fin de año. En noviembre, Bruno reservaba las entradas y Augusta encargaba su ropa: con diseño propio, la ejecución a cargo de una modista que cobraba un precio razonable y no improvisaba, porque le hacía cinco pruebas antes de entregar el trabajo. Y en esa fecha danzaban hasta la madrugada, hora en que regresaban a la casa. Augusta hecha agua, con algo de frío por la brisa del este, apoyándose en Bruno, sin llegar a su hombro, pero rodeándole la cintura con el brazo. Para sorpresa de todos, esa mujer gorda y petisa tenía un ritmo admirable. Y aunque Bruno no desentonaba, era ella la de los pasos más complicados y la última en cansarse. Esto saltaba a la vista de los asistentes, que los seguían embobados y con cierta envidia. Hecho por demás natural, porque en una ciudad pequeña se suponen todos iguales y las diferencias enojan. Augusta y Bruno ni cuenta se daban. Ignoraban en igual medida admiración y envidia. Su atención se colmaba con la música, el ritmo, la orquesta. Porque ese baile, el de fin de año, se hacía con orquesta y nada de discos. Y para delicia de la pareja, en ese entonces se formó un grupo musical excepcional: "El Cinco Rojo de Música en el Aire", que ellos conocían como "El Cinco Rojo" porque eso "de música en el aire" les resultaba incomprensible, sin armonía.

Con estricta justicia, daba gusto oírlos. Sobre todo a eso de las cuatro de la mañana cuando "los muchachos", así llamaba la pareja a los integrantes del conjunto, ejecutaban "Susurrando", "Polvo de estrellas", "Adiós", "Tiempo tormentoso"·, "Laura" y otros temas de jazz, porque el grupo sentía que esa música, el jazz, había nacido para ellos, y si bien, antes de esa hora parecían no tener ninguna preferencia, a partir de allí sus inclinaciones musicales quedaban al descubierto. Y a los fanáticos, Bruno y Augusta entre ellos, no les importaba esperar que la mayoría de los asistentes se fueran, porque tarde o temprano eso ocurría. Como se dijo: alrededor de las cuatro de la mañana, momento en que los integrantes del conjunto tomaban un respiro dirigiéndose a la barra, hasta que terminaban las despedidas y promesas de reencuentros.

El primero en regresar al escenario (una simple tarima) era el pianista, de pelo abundante, peinado hacia atrás, con la piel del rostro picada por la viruela. Se acercaba al piano y luego de apoyar el vaso de whisky sobre la madera, jugaba con las teclas, con la mano izquierda, haciendo compases. No tardaba en unírsele el baterista. Alto, delgado, encorvado, de frente ancha, mandíbulas hundidas, que no bien subía a la tarima acomodaba platillos, timbal y caja blanca. Después, conversando, sin apuro, llegaban trompetista y guitarrista. Ambos gordos y de tez morena. Aunque el trompetista más. El animador era el último, delgado, de bigotes finos, rostro anguloso. Suelto en el lenguaje (como que no era del lugar). No Solo presentaba, sino que tocaba el contrabajo, y se encargaba de preguntar: "¿Están listos?".

Bruno y Augusta asentían. Dispuestos a que en sus cuerpos entrara la música. A dejar de ser ellos. Porque con el primer paso se sentían bailarines y de los mejores, como Fred Astaire, Gene Kelly, Ginger Rogers, y otros personajes tantas veces admirados en comedias esplendorosas, que si bien tardaban en llegar a los cines del pueblo, llegaban. Y si se mantenían en cartel una semana —nunca más tiempo porque el público prefería otros temas—ellos iban todos los días y al volver a casa, intentaban repetir lo visto. Como en el baile de fin de año con "El Cinco Rojo" haciendo de las suyas: desde Cole Porter a Gershwin, desde Glenn Miller a Al Hirt. Y bailaban "Adiós" imaginando una despedida triste. "Rapsodia en azul" con la intensidad de un amor quebrado. "De buen humor" o "Collar de perlas" con puro ritmo, alegres, vivaces, para lucirse. Y "Polvo de estrellas" los arrimaba a lo desconocido, sobre todo por el rezongo de la trompeta, que entrada desde abajo, dudando de su participación, pero tomando más confianza en cada nota, termina sobreponiéndose a los otros instrumentos.

De esa forma los unía el baile. Y así pasaron los años. No muchos. Hasta que Bruno decidió dejar de correr y comprar La Quinta.

(*) 21ra entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Algunos kilos de más (“El Cinco Rojo”)

Por Jorge O. Sallenave (*)

De esa forma los unía el baile. Y así pasaron los años. No muchos. Hasta que Bruno decidió dejar de correr y comprar La Quinta. Y lo hizo. Para alegría de Augusta que recibió la noticia como un premio a su constancia. Porque ella deseaba que su esposo estuviera a su lado el mayor tiempo posible. Pero no pudo ser. Porque Augusta murió. De una forma previsible: comiendo. Un lomo de lechón, adobado por demás, como a ella le gustaba: con puré de manzanas y también de papa, abundante crema de leche, huevos batidos, nuez moscada, pimienta negra, manteca casera, nada de aceite. Y se murió de golpe, o sea, en forma instantánea. Porque si bien la muerte es una sola, la gente sabe que la agonía la estira un poco. Augusta, que masticaba a conciencia, hizo un ruido extraño, como un eructo. Se le abrieron los ojos y le tiritó la piel. Segundos después se desplomó sobre el piso. Y murió. Antes de que Bruno llegara a su lado y se diera cuenta de que estaba muerta; e intentara levantarla, tarea imposible, porque el peso de Augusta se había redoblado, pegándose al mosaico. Fue duro. Quizás no tanto al principio porque la sorpresa estuvo de por medio. Pero a partir de la segunda noche de ausencia, las entrañas le quedaron al descubierto sin que nada las protegiera y el dolor tomó su real dimensión. Que era como si estuviera quemado y un alambre le raspara la carne. Por eso apresuró su traslado a La Quinta. Regaló las pertenencias de su mujer, se quedó con los viejos discos y partió con la esperanza de adormecer los recuerdos que amenazaban quitarle el aire. Llegó por la tarde. Al mismo tiempo que una tormenta estival. De las primeras, porque recién era noviembre y ese año el frío había ido más lejos de lo habitual.

La tormenta había nacido en Las Salinas, con nubes negras, titilantes de rayos, y al mediodía avanzó sobre la ciudad. Allí perdió algo de fuerza en un grueso chaparrón con granizo que inundó las calles, y con más calma se dirigió hacia las sierras

donde se estacionó dejando caer una lluvia suave. Eso fue por la tarde. A la misma hora en que Bruno trasponía la tranquera rumbo a su nueva casa, adonde entró por la puerta de hierro, la que daba al patio de ladrillo, para después recorrer el pasillo y llegar a la sala.

Inclinó la cabeza, apoyando la barbilla sobre el pecho y lloró. Al pasar la crisis se preguntó qué ganaba con llorar si al final de cuentas todo quedaba como antes, a no ser la imagen que tenía de sí mismo. Se dijo que lo mejor, en su caso, era enfrentar lo ocurrido. Que significaba, ni más ni menos, recordar a su esposa, de frente, sin lamentarse, y si se lamentaba, que seguro iba a suceder, aguantarse. Así colocó un disco, eligió Glenn Miller por lo mucho que le gustaba a Augusta y se sentó en una silla a escuchar y recordar: quieto, con la mirada ausente, dejando que "Serenata a la luz de la luna" hiciera su trabajo.

La noche, con algo de anticipación por la tormenta, fue cubriendo La Quinta y llegó al pozo en desuso. La Voz, convertida en un manto púrpura ondulante, ascendió hasta alcanzar la superficie. Martín se preguntó cuánto tiempo duraría la ausencia de su compañera, aunque sabía que era inútil inquietarse, pero cada vez que era abandonado sucedía lo mismo.

La Voz fue acariciada por la lluvia. Se estremeció con el contacto. Sintió placer y extendió su manto hasta el acacio gigante, la pileta y los galpones. Pensó en Martín mientras teñía el parque con luz rojiza. "Aún falta", afirmó. "Solo se deja amar. Es testigo de mi afecto. Yo deseo que me necesite. Quiero que mi amor le doblegue el espíritu. Que le sea indispensable. Quiero que su necesidad sea igualmente grande como la de ese hombre que clama por su esposa muerta".

Y tenía razón. Bruno recordaba a Augusta. Y la habitación, en la memoria del hombre, se transformaba en un salón de baile donde el baterista de "El Cinco Rojo" con la cabeza escondida entre los hombros, el pie derecho marcando el ritmo de los platillos, con zapatos de charol brilloso, les sonreía, a él y a su esposa.

Y también veía al pianista, con la mano izquierda apoyada en el teclado y la derecha alisándose el pelo, que de tanto fijador relucía.

Más atrás el trompetista, con distracción estudiada, como si estuviera por obligación, aunque todos sabían que no bien apoyara la trompeta en los labios nadie lo sacaría de allí. Y el guitarrista, con aire tan solemne que era imposible suponer que tocaba en el grupo.

Por último, aparecía el animador, y les hablaba a ellos, sin importarle los demás que seguramente estaban en algún lugar, pero no en el recuerdo de Bruno que Solo pensaba en Augusta, en su pelo rubio, su sonrisa perenne, su vestido floreado. Y el animador preguntaba: "¿Están listos?", y ellos dijeron que sí.

Y el baterista les hizo un guiño, el pianista sonrió, el trompetista elevó su pulgar, el guitarrista asintió con su acorde. Bailaron. Con mucho ritmo.

Deslizándose uno al lado del otro. Con indiferencia convenida, con soledad premeditada. Acercándose de a poco. Hasta que los cuerpos se entrelazaron. Los senos de la mujer apoyados en el pecho del hombre. Hablándose con las manos, los ojos y el aliento, que era cálido como la transpiración de Augusta en la camisa de Bruno. Así recordaba Bruno mientras bailaba abrazando el aire.

"¿Qué tiene el baile?" preguntó la Voz. "¿O será la música la que logra ese efecto? Ese hombre necesita a su mujer y baila para traerla a su lado. Debo medir lo que siente. Si antes fui Laura o Stella, nada impide que sea Augusta", reflexionó encogiendo su cuerpo, el manto púrpura, hasta hacerlo diminuto. Y la noche volvió a ser oscura, surcada por una lluvia leve, pero tenaz.

Cipriano, sentado en una silla de madera, debajo del parral para que la lluvia no lo alcanzara, con Caldo y Bastón a su lado, creyó escuchar la música del Centro Vecinal, pero al prestar atención desechó la idea con una sentencia inapelable: "No es música de esta zona".

Yñaga, en el fondo de la propiedad, en su lugar preferido, en la compuerta sobre el canal maestro, se imaginaba dormido. Él sabía que un muerto no duerme, pero le desagradaba pasar las noches con los ojos abiertos. Entonces los cerraba y suponía que dormía.

Quizás por realizar esta tarea a conciencia escuchó la música mucho después que Cipriano. "Polvo de estrellas", dijo sin atisbo de duda y se sorprendió. En vida, como hombre solitario dedicado a estudiarse por dentro, la música fue algo ignorado.

Pero esa noche dijo "Polvo de estrellas" y supo que ése era el nombre del tema que se colaba entre los nogales. Miró hacia la ciudad donde un claro agujereaba el cielo encapotado mostrando en su interior puntos luminosos, distantes y firmes. "Polvo de estrellas" repitió el brujo y el claro, como una grieta, avanzó sobre La Quinta.

(*) 22da entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

Algunos kilos de más (“El Cinco Rojo”)

Por Jorge O. Sallenave (*)

En vida, como hombre solitario dedicado a estudiarse por dentro, la música fue algo ignorado. Pero esa noche dijo “Polvo de estrellas” y supo que ése era el nombre del tema que se colaba entre los nogales. Miró hacia la ciudad donde un claro agujereaba el cielo encapotado mostrando en su interior puntos luminosos, distantes y firmes. “Polvo de estrellas” repitió el brujo y el claro, como una grieta, avanzó sobre La Quinta.

En los días siguientes sucedieron dos hechos: la Voz fue Augusta y Bruno abandonó su interés por adelgazar. Apesadumbrado y sin voluntad, había dejado sus continuas dietas el día que falleció su mujer, pero al tercer día de habitar La Quinta no Solo no las reinició, sino que decidió lo contrario: engordar. Por esa razón le pidió a Cipriano que le llenara frascos de vidrio con nueces peladas, y con frascos similares se trasladó a un colmenar cercano donde compró miel de abeja como lo publicitaba un cartel de madera pintado en aerosol negro, en el frente del establecimiento.

Bruno quería morir pronto, lo más rápido posible, para reunirse con Augusta. Y para lograr su objetivo comía. A toda hora. No Solo miel y nueces. De tanto convivir con una persona gorda le fue fácil manejar su antidieta: salsas con queso derretido, postres bañados en chocolate y crema, vino abundante, masas y tortas. Cuidaba no derrochar energía en otras actividades y así lo mejor era permanecer sentado en el patio de ladrillo, los pies apoyados en el muro de piedra laja y una mesita a su lado, cubierta totalmente por los más variados manjares los cuales, dicho sea de paso, dejaban de serlo para él, pues engullía sin respiro, sin degustarlos, ya que Solo eran el medio para lograr el objetivo que lo obsesionaba.

Cuando cierta vez dudó de que éste fuera el camino adecuado para reunirse con su esposa, la Voz, con la imagen de Augusta, se encargó de disipar las dudas. Esto fue así. Bruno la vio aparecer a su derecha, entre los troncos de los nogales. Al principio no

creyó que fuera ella, él sabía muy bien que su esposa había muerto y supuso que la mente lo engañaba. Augusta lo saludó elevando su brazo regordete y agitando la mano. Por reflejo, él hizo lo mismo. Augusta llevaba tacones altos, vestido floreado y el pelo suelto. "No puede ser ella" pensó. "Nunca fue tan blanca", agregó para justificar su pensamiento y porque necesitaba de una diferencia para convencerse que imaginaba. Augusta reiteró el saludo y cuando Bruno presumía que vendría a su encuentro, desapareció detrás de un tronco de nogal grisáceo. Así reforzó la Voz el deseo de Bruno, quien después del primer encuentro, y luego de verificar que detrás del tronco no había nadie —hecho que lo obligó a abandonar la reposera— supuso que Augusta había venido a buscarlo. Y si su piel era blanca como la leche se debía a que estaba muerta. Y él podía alcanzar el mismo estado si seguía comiendo.

La vio otras veces. Aunque siempre desde lejos, sin poder hablarle. Porque la visión duraba segundos. Lo suficiente para saludarlo y mostrar su cuerpo obeso. ¿Por qué la Voz actuaba de esa manera? Ella había decidido que Bruno fuera su pareja de baile. Y Solo podía lograrlo siendo Augusta. Aceptaba, con desgano, que las relaciones no surgen de la nada. Ella debía, aunque no le gustara, avanzar con cautela. Si deseaba que él la tomara entre sus brazos era lógico afianzar su confianza y por eso se mostraba. Y llegó el verano: con las chicharras alborotando, el cielo azul, tormentas violentas y pasajeras, infinidad de luciérnagas, las estrellas en legión, durazneros, damascos y ciruelos cargados de frutas. A Bruno, gordo, le costaba respirar. La Voz, mientras tanto, ayudada por la memoria del hombre, repasaba el número de cuerdas de la guitarra, el teclado del piano, el peso exacto del contrabajo, el reflejo dorado de la trompeta. Y con la misma dedicación se ocupaba de la música. Esperando fin de año. El treinta y uno de diciembre se pareció a los días anteriores: soleado, sin una nube cerca, los insectos adueñándose del aire. Bruno rogaba que su cuerpo flaqueara de una vez por todas. Pero, si no era así, si él seguía vivo, deseaba que la fecha pasara pronto porque nada le producía más tristeza.

La noche llegó en tiempo justo. Con la Cruz del Sur trepando sin pausa. Bruno escuchando los viejos discos y diciéndose que un año atrás, a esa hora, Augusta y él se preparaban con gran revuelo para asistir al baile. Sobre todo Augusta, anclada frente al espejo del baño, cambiando peinado y aros (¿Cómo me quedan?... éstos se ven mejor…, me alargan el rostro… ¿Y si me hago flequillo? El rodete es más práctico, además hace demasiado calor…). Con un recuerdo tan nítido, el presente de Bruno era insoportable y si su memoria se distraía, la sala, con muebles, chimenea, grandes ventanales, le abría una herida profunda.

Porque lo ocurrido un año atrás no tenía valor ante su viudez. Y si los viejos discos lo invitaban a la nostalgia, también servían para ubicarlo en el presente. Porque él podía bailar apretando el aire y soñar con los recuerdos, pero siempre había una pausa (entre tema y tema o cuando caía un nuevo disco) que alcanzaba para que despertara. ¡Y vamos! Que Bruno quería volver a soñar y lo lograba, pero en el inconsciente se prendía una luz roja que decía "esto es un sueño y antes de darte cuenta despertarás de nuevo". Y así fue. Porque el último tema concluyó.

El brazo del tocadiscos resbaló con ruido de púa, pero después se alzó con movimiento torpe. Y antes de que cayera el próximo disco, Bruno estaba consciente, herido por demás. Con ganas de seguir soñando o morirse.

Y tardó en darse cuenta que desde el fondo del pasillo llegaba una melodía, pero al final la escuchó. Corriendo, alcanzó la puerta de hierro, la abrió y salió al patio de ladrillo, pero se detuvo de pronto, porque a su alcance, como los recordaba, sobre una tarima, estaba "El Cinco Rojo": el trompetista con la mirada ausente, el baterista con su sonrisa pícara, el pianista alisándose el pelo, el guitarrista con su pose solemne y el animador preguntando "¿Están listos?".

Alguien lo invitaba a bailar tocándole el hombro. Ni siquiera necesitó volverse. Ella estaba allí. Sin duda alguna. Y bailaron. Bailaron hasta al amanecer. Cuando el sol del primer día del año se separó del horizonte, Bruno sintió la primera puntada en el pecho. Como si un alfiler, similar al que usaba el hada en la plaza del Coronel, le escarbara el corazón, doblegándolo hacia adelante, abriendo canales de sangre en sus pulmones. Pero aun así intentó un paso más. Y ahí su cuerpo se quebró definitivamente.

La Voz dejó de bailar y recuperó su imagen. Como estaba agradecida por los momentos vividos recordó "Rapsodia en azul" sin equivocarse, remarcando el lamento de la trompeta, el susurro de la batería, los acordes sentimentales del piano, la anarquía desoladora de la guitarra. Y se dijo, mientras lo hacía, que era el justo responso para un hombre enamorado.

N. del A.: "El Cinco Rojo de Música en el Aire" fue un excelente grupo musical de la década del sesenta: Albizu—piano, Páez—batería, Puglisi—guitarra, Martínez—trompeta, Montes de Oca—conducción y contrabajo, fueron sus integrantes originales.

(*) 23ra entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

ELIGIENDO EL LUGAR
(Cómo hacés para mantener la música)

Por Jorge O. Sallenave (*)

La muerte de Matilde atrajo la atención policial durante una semana. Hecho previsible teniendo en cuenta su condición social, forma de vida y los continuos disturbios estudiantiles de esa época. Los antecedentes, testimonios y conclusiones de la investigación, se consignaron en un expediente cosido a mano, con el nombre de la víctima en la carátula y, a renglón seguido, en letra manuscrita pero legible, dos palabras: muerte dudosa.

La instrucción constató que la occisa vivía sola, en una vivienda humilde: dos dormitorios, cocina, baño, piso de cemento alisado, jardín al frente. Era inquilina y durante el tiempo que habitó allí no hizo amistad con los vecinos, quienes aclararon que la relación no iba más allá del saludo y a veces ni eso, porque Matilde caminaba rápido, la mirada al frente, ignorando a todos.

Hombres y mujeres coincidieron en señalar su gran belleza. Testimonios que no agregaron nada a la simple observación del cadáver: más bien alta, de pelo negro, tez cetrina, rasgos armoniosos, caderas redondeadas, cintura estrecha, senos pequeños, pezones punzantes.

También declararon que la occisa no tenía pareja o compañero ocasional. Dichos confirmados por el resultado de la autopsia que certificó la integridad del himen, descartando así que la causa de su muerte fuera el resultado de una relación amorosa desequilibrada o una agresión sexual. El forense, en el mismo informe, escribió: "No se puede determinar el elemento que produjo la herida mortal en la garganta". Pero después, cuando se le solicitó una aclaración dijo, sin dejar constancia escrita: "Tal vez un mordisco".

Sobre este punto se recepcionó el testimonio de dos personas, quienes aseguraron que horas antes del suceso, vieron en las proximidades de la casa un animal de piel aceitosa, que bien pudo tratarse de un ratón, pero por su tamaño se parecía a una comadreja. Los declarantes, según se averiguó, tenían inclinación a contar historias morbosas y también a inventarlas, razón suficiente para que la policía creyera innecesaria una pesquisa para confirmar la veracidad de lo dicho.

En realidad todos los testimonios fueron cuestionados. Como sucedió con cuatro operarios que juraban haber visto a una mujer en la puerta de la casa de la víctima. Dos de ellos afirmaron que la desconocida no superaba los treinta y cinco años, mientras que los otros se negaron a aceptar que fuera menor de sesenta. Declaraciones tan contradictorias llevaron a sospechar que los testigos no se encontraban lúcidos en el momento y por diligencias posteriores se supo que los mismos habían bebido con holgura.

Algunos vecinos manifestaron que, en víspera del asesinato, Matilde ofreció una fiesta importante. Con muchos invitados dijeron, porque hubo gran alboroto. Aunque inmediatamente después reconocieron que no vieron llegar ni salir a nadie de la casa. Lo que hizo dudar de la supuesta concurrencia y de la fiesta misma.

Así fue como el personal de la división Homicidios se encontró en un callejón sin salida. Coincidentemente, los estudiantes, inmersos en una confrontación sobre el tipo de enseñanza que debía ofrecer el Estado, ampliaron su radio de acción y llevaron sus disputas hasta la puerta misma de la Casa de Gobierno.

Por estas causas se abandonó la investigación y cuando el cuerpo de Matilde fue robado de la morgue no se hizo gran cosa. Salvo tomar declaración al enfermero de guardia y al director del hospital. El enfermero dijo: "El ladrón era un viejo. Caminaba encorvado y arrastraba los pies. ¡Si le

vieran la cara! Una bolsa de arrugas. Murmuraba sin cesar, como si tuviera un enjambre en la boca. Lo quise detener, pero no hubo caso. Se metió en la habitación de los finados y fue derechito al cofre de esa mujer, la cargó sobre la espalda y salió. Para mí que no pudo con tanto peso, porque antes de llegar al hall la arrastraba por el piso. Por eso quedó la mancha que han visto, que no es sangre, sino agua, un poco coloreada. El termostato anda para el diablo y los muertos se derriten".

El director declaró: "No es la primera vez, ni será la última. Más ahora que los estudiantes andan como locos. Esa mujer no tenía parientes ¿a quién se le ocurriría llevarse un muerto? A ellos. Que juegan con todo, hasta que se nos acabe la paciencia. ¿Un viejo? No me hagan reír".

La policía decidió no publicitar el hecho. La ciudad se encontraba al borde del caos y no era bueno encender otro fuego. O sea que todo pasó al olvido y nadie más se preguntó por el cuerpo. Que no estaba lejos. Cipriano recorrió el camino de entrada a La Quinta resoplando y murmurando, con su hija sobre la espalda. Más encorvado que de costumbre, la cabeza hacia adelante, la vista en el suelo, salvo cuando cruzó el parque de la casa, desde donde miró de reojo en dirección al aljibe, para después apresurar el paso hasta llegar a la tranquera del fondo. Allí descansó, apoyando a Matilde en el travesaño superior y secándose la transpiración, sobre todo la del cuello, con un pañuelo estrujado y sucio. Sin descuidar el cadáver, cuyos pies colgaban dentro de los límites del parque mientras que el tronco pendía del otro lado.

Yñaga, que avanzaba por el sendero bordeado de álamos, despreocupado por lo que sucedía a su alrededor, se detuvo al ver el cuerpo desnudo de Matilde. Y se dispuso a regresar por donde había venido. Sentía vergüenza por lo que veía y temor ante la posibilidad de que el peón advirtiera su presencia. Pero no lo hizo. Ni siquiera intentó mirar hacia otro lado.

Cipriano alzó de nuevo el cadáver. Al llegar a su casa fue recibido por los perros. Intentó alejarlos pero los animales descubrieron la carga que llevaba y se acercaron aún más para olfatear el cuerpo. Cipriano intentó ahuyentarlos con inútiles manotazos que le hacían perder el equilibrio. Al fin, entró en su cuarto y cerró la débil puerta con rapidez, sintiéndose tranquilo. Acomodó a Matilde sobre el catre de lona y la cubrió con una sábana, dejando al descubierto la cabeza.

En La Quinta, mientras tanto sucedían estos hechos: La Voz ondulaba inquieta. "¿Qué tienes? ¿Por qué se te nubla la vista? ¿Con qué alimentas la pena que recibo y me daña?", preguntaba acariciando el rostro de Martín con un soplo suave, helado. "¿Supones una injusticia con ese hombre que carga su hija muerta? Te equivocas. Las promesas deben cumplirse. Empeñó su destino para que su hija viviera. Y también el de su esposa. Aquí, frente a nuestra morada, atolondrado por la desesperación, entregó a su mujer y aceptó separarse de Matilde. Pero su compromiso fue débil, se fundió en corto tiempo. Solo puedes juzgar los hechos si habitas con ellos. Ese hombre ha sacado provecho. No es él quien ha sido burlado".

Yñaga, en el fondo, sentado sobre el borde del canal maestro, acariciando su barba rojiza, se preguntaba por qué había actuado así. Y con Solo preguntárselo volvía a sentir vergüenza. No recordaba un estremecimiento semejante. Ni aun en vida. La mujer muerta le abrió el deseo. "¿Por qué ahora?", preguntó recordando las noches en soledad cuando soñaba con ser brujo. "¿Qué pasión me debilita el alma?" decía delineando en la memoria la cintura estrecha, el pelo negro que imaginaba sedoso, la textura de los senos, el encanto ante el recóndito sexo. "Mi condena es atroz. Estoy muerto y amo con una calentura que me revoluciona el alma. ¿Qué estoy pagando? ¿Mi vida solitaria, comunicarme con los muertos?". Así pensaba y hundía sus pies en el agua fresca del canal maestro. Y como era hombre de perseguir lo que deseaba, dejó de lado razones que saltaban a la vista y afirmó: "Nadie me condena. Sucede que el amor también existe de este lado".

A la Voz, mientras tanto, la dominaba el malhumor. En ese estado tomaba la forma de una mancha oscura que se deslizaba por las paredes del pozo, como alquitrán derretido. Las sanguijuelas se desprendían de la piel blanquecina para buscar refugio y Martín cerraba los ojos concentrándose en una plegaria. Rogaba que la Voz aquietara su ánimo revuelto y se mostrara como antes, cuando estaba calma. La mancha, resbalando sobre las piedras, apestando, era un indicio de otro universo: triste, doloroso, insoportable. Por lo menos eso imaginaba Martín. Y con cerrar los ojos no aplacaba su imaginación, al contrario, la fortificaba. Y rezando sucedía otro tanto porque no recordaba a la Voz como una joven adolescente y sí como mancha, lamiendo las paredes, metiéndosele en la garganta.

(*) 24ta entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

ELIGIENDO EL LUGAR
(Cómo hacés para mantener la música)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Yñaga, sentado en la compuerta, analizaba de qué manera podía darse el amor entre los muertos. Y como era su costumbre, intentaba circunscribir sus pensamientos en normas inobjetables. No había avanzado mucho. Dijo: "Los muertos aman" y de inmediato cuestionó la generalización porque si bien él amaba a Matilde no significaba que ese tipo de sentimiento fuera común a los demás difuntos. Acto seguido agregó: "No Solo yo amo. La pareja de enamorados es un buen ejemplo. Aun la Voz. Sus actos no tienen otra finalidad que lograr cariño. Su trato con Martín, su relación con Spunter, el baile de fin de año con el atribulado Bruno, demuestran su necesidad de afecto. ¿Acaso Laura no ama? Su tristeza, sus silencios interminables, la violencia de sus ojos heridos, son resultado de un amor profundo e ingrato. No quisiera cargar con la misma suerte". Y no bien terminó la frase lamentó haberla pensado. "Puedo terminar igual que ella: devorado, aplastado por mi deseo insatisfecho. Tengo que tranquilizar mi paso para caminar con la realidad. Ni siquiera conozco el espíritu de ese cuerpo ardoroso que colgaba de la tranquera. Tal vez no lo conozca nunca. Es posible que se desinterese por seguir sus restos y yo me halle enamorado de una ilusión. Además, en el supuesto de que en algún momento lo viera, nada asegura que se fije en mí. Debo mantener el equilibrio si no deseo hundirme como esa mujer que viste de novia. ¡Qué peso tiene el amor! ¡Cuánto cuesta soportarlo! Más aún en mi caso. Mi inexperiencia me lanza en una débil balsa sobre el mar embravecido. ¡Qué cerca están las olas! ¡Cómo atraen! Se relamen ante mi debilidad".

Yñaga sumergió su pie derecho en el canal maestro. De no haber estado muerto hubiera pensado en el suicidio. Pero lo estaba y se vio obligado a buscar otra salida. "¿Qué gano con suponer que su espíritu se adormece lejos de aquí? Adelanto mi derrota. Debo creer, y lo haré, que esta misma tarde llegará a La Quinta. No voy a derrumbarme. ¿Qué no tengo experiencia? Lo acepto. Reconozco mis límites. Sin embargo no claudicaré. No caeré en la desesperanza. Voy a pedir ayuda. A quien sea".

Se preguntó qué características debía reunir su consejero. Y resumió la respuesta de esta forma: "Pertenecer al mundo de los muertos, habitar La Quinta y tener experiencia amatoria". Descartó la corriente del sótano, el pensamiento anudado de dos hombres muertos y a Spunter, porque a su entender eran seres solitarios. También eliminó a Cipriano: "Para mí que aún vive, igual que la araña de patas largas y los perros". Hecha esa selección pensó en el resto: "Inútil consultar a la Voz, en esta materia demuestra una inseguridad peor que la mía. Tampoco me ayudaría Martín, no va más allá de una actitud pasiva y temerosa ante la insistencia de su compañera. El animal de piel aceitosa me odia". El brujo hizo una pausa porque se enfrentaba a sus dos últimas posibilidades y debía decidir. Al final de su meditación dijo: "Será Bruno: porque es hombre, ama

con alegría y supo hacerse amar de la misma forma. Por mucho tiempo. Sin altibajos". Así excluyó a Laura que era mujer y amaba con dolor.

Matilde, el espíritu, se detuvo en el camino de entrada dejando que el olor de los retamos en flor la cubriera. Respiró profundamente. Mientras el aire tibio la acariciaba giró la cabeza de un lado a otro para no perder detalle. Los recuerdos retornaban con lentitud pero con suficiente intensidad para que olvidara los días pasados en la morgue y su asesinato. "Yo he estado aquí" decía, y chispazos de otra época asaltaban su mente. "Recuerdo árboles grandes más allá de la casa", y no bien lo afirmó imaginó la casa, que no podía ver desde su lugar, y los nogales junto a las sierras. "Era niña y me bañaba en el canal", se recordaba sumergiéndose en el agua fresca, dejándose llevar por la corriente, moviendo brazos y piernas con rapidez para volver al lugar de partida. Siempre bajo la atenta mirada de Cipriano. "Yo era feliz", aseguró, mientras caminaba con la cabeza erguida, la espalda recta, el pelo ondeando sobre los hombros, el paso firme. Igual que si estuviera viva. Se detuvo al pasar frente al aljibe porque su memoria le trajo una terrible calentura, como si de pronto hubiera enfermado, que recién aflojó cuando cruzó la tranquera del fondo.

El animal de piel aceitosa descansaba. Desde su posición, echado en el suelo, con la cabeza apoyada en el borde de la acequia, los ojos inmóviles y fríos, observaba a Yñaga. El brujo ignoraba su presencia. Como hombre enamorado, Solo tenía un objetivo: su amada. Yñaga, desde hora muy temprana, buscaba a quien había elegido para que lo ayudara. Bruno no aparecía por ningún lado. Supuso —su deseo insatisfecho lo hundía en profundas depresiones—que el hombre gordo y bailarín había abandonado La Quinta. De nada le ayudaba saber que eso era imposible. Pensaba en la pareja de enamorados y se decía: "El, Bruno, tiene la misma capacidad que ellos. Sale y entra cuando quiere". Y cuando desesperaba, que significaba ni más ni menos elegir otro consejero para lograr su objetivo, lo vio. El hombre que amaba la música caminaba con paso ágil, tarareando o silbando temas que le recordaban a Augusta, los bailes de fin de año y la época en que era delgado.

Como Bruno era un muerto reciente, cuando el brujo fue a su encuentro se sobresaltó. Y resultaba gracioso ver a un espíritu obeso, tiritando sin parar, frente a otro en extremo delgado, cuya barba le llegaba a la mitad del pecho y que extendía una mano huesuda, de dedos largos, tratando de calmarlo. Hasta que Yñaga desistió y fue a sentarse en el tronco de un álamo talado. Hecho que no tranquilizó a Bruno, pero sirvió para que dejara de retroceder y midiera la peligrosidad de su supuesto perseguidor, que a simple vista no era mucha. Porque de por sí la figura de Yñaga no infundía temor y, agobiado, menos. Por eso, y porque la noche estaba por todas partes, el hombre obeso se animó a preguntar si podía servirle en algo.

El brujo exhaló un suspiro melancólico y después, con cierta inseguridad, dijo que él necesitaba hablar de amor y más específicamente sobre la manera de abordar a la mujer que se ama, sorprendiendo a su interlocutor que olvidó sus temores y le pidió que se explicara.

Y bien, el amanecer de un nuevo día se instaló en La Quinta.

Cipriano cerró la puerta del cuarto y frente a ella apiló un caballete, dos fuentones, una parrilla, la silla que usaba por las noches cuando observaba la luna, y muchas piedras. Nada le parecía suficiente para detener la amenaza de Caldo y Bastón. Luego se dirigió al fondo en busca de madera para construir el féretro de Matilde y antes de que el sol remontara a los nogales del este se escuchó el sonido del hacha trabajando. Concluyó su tarea al mediodía y sin tomarse el mínimo descanso, trasladó las ramas cortadas hasta los galpones. Allí, a puro instinto y porque ganas le sobraban, trabajó la madera. Tapa y fondo estuvieron listos sobre el final de la tarde. Los laterales, al filo de la noche. Revisó lo realizado y se encaminó hacia la tranquera. Allí se produjo el primer encuentro con el espíritu de su hija. Porque en la noche anterior y durante todo ese día Matilde se había ocultado, con el solo propósito de acumular recuerdos antes de enfrentar a su padre.

Cipriano, acostumbrado a convivir con los muertos, sabía que debía ser cauteloso, y aunque su corazón desbordó de alegría se mantuvo sereno, apenas esbozando una sonrisa. Evitó tocarla y reprimió el deseo de hablarle. Ninguno de los dos pensaba en el pasado. Solo se miraban. Sin que se les escapara detalle. Hasta que Matilde preguntó si había elegido el lugar para su tumba y él contestó: "Al lado del canal maestro". Matilde extendió su mano, no en forma decidida. Su gesto fue similar al de alguien que acaricia a un animal arisco. Cipriano se mantuvo inmóvil. La mano se apoyó en su piel al mismo tiempo que la luna llena desfondaba la noche oscura.

En el fondo de la propiedad, de frente a las sierras, Yñaga y Bruno conversaban. Sin mover los labios. Por estar muertos. Desde su encuentro mucho habían avanzado. Se contaron sus vidas y también sus muertes. Bien tarde, cuando había exhibido todos sus recuerdos, Yñaga se atrevió con su pedido sin ocultar vergüenza: "Ignoro cómo se habla a la mujer amada. Si ahora mismo se me seca la garganta y todo lo que se me ocurre fallece lejos de mi lengua, ¿Qué haré cuando la vea?". Bruno, compadecido por lo que escuchaba, palmeó la espalda del brujo que seguía diciendo "Un hombre que ha sido amado conoce los secretos del alma femenina. Cuéntame tu vida con Augusta. Una y otra vez. Quiero aprender de memoria cada gesto que hayas usado con ella. Te imitaré hasta que sea imposible distinguirnos. Copiaré tu felicidad con la esperanza de lograr la mía".

Y Bruno le hizo caso. No sin antes advertirle que él no había premeditado su amor con Augusta. "Ni ella ni yo nos propusimos querernos. Más vale que sepas eso. El amor, por lo menos el nuestro, vino de otro lado. Alguien lo dispuso". Y después relató su vida junto a Augusta desde el principio, o sea, desde el primer día que la vio y sin suponer que sería su esposa la invitó a salir. "Para ser preciso, la invité al baile de fin de año, porque no tenía pareja y mi última posibilidad era ella… y dejé de lado su falta de belleza y su baja estatura. Más aún ignoré su peso, porque en aquel entonces, cuando ni siquiera éramos novios, Augusta pesaba sus buenos kilos y a ningún muchacho le caía bien. Pero… ¡Qué iba a hacer! en pocas palabras, querido amigo: el amor apareció más tarde y quizás vino con el baile".

(*) 25ta entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

ELIGIENDO EL LUGAR
(Cómo hacés para mantener la música)

Por Jorge O. Sallenave (*)

Yñaga recibió el trato de querido amigo con agradecimiento. Ni por asomo se le ocurrió la posibilidad de que fuera una forma de hablar. Para él no había otra interpretación que ésta: el hombre gordo lo apreciaba y lo distinguía con un rango desconocido en el mundo de los muertos. Pero sus reflexiones no fueron muy extensas porque Bruno se puso de pie y, simulando abrazar a una persona, comenzó a desplazarse rítmicamente: dos pasos adelante, uno al costado, leve movimiento de cadera, la cabeza marcando el compás que él mismo fijaba tarareando "¿A que no sabes cómo se llama?" preguntó mientras giraba en redondo, quebraba su cintura e insistía con la melodía y no esperó que Yñaga respondiera: "La calle donde tú vives… Lo que se dice: un clásico", dijo levantando su mano derecha a la altura de la cabeza para que su pareja imaginaria girara, antes de tomarla de nuevo entre sus brazos.

El brujo, sentado, seguía el desplazamiento del bailarín obeso con atención, marcando el ritmo con los pies y cuando Bruno dejó de bailar se atrevió a decir: "Augusta se enamoró de ti por lo bien que bailas" y de inmediato agregó: "Me gustaría aprender". La luna y el animal de piel aceitosa fueron testigos de los primeros pasos danzantes de Yñaga. Bruno lo conducía con soltura y paciencia, aclarando que los temas lentos no representaban dificultad alguna y que por eso los dejaba para después. "¿Por qué?", preguntó el brujo que esperaba un aprendizaje calmo, donde el ritmo no lo llevara a hacer el ridículo. "Las mujeres aman los prolegómenos", respondió Bruno y siguió silbando "Collar de perlas" obligando al otro a seguirlo: punta—talón, dos veces punta, los brazos separados del cuerpo, moviendo las manos hacia todos lados, alargando y acortando el cuello, para que su cabeza se elevara o bajara según correspondiera.

La Voz abandonó el aljibe. Al llegar a la superficie, los reflejos de la luna llena la apaciguaron y volvió a ser un manto, pero de color plateado, para parecerse a lo que veía. Onduló sobre las maderas cortadas por Cipriano y después atravesó la tranquera del fondo. Caldo y Bastón la olfatearon antes de que llegara al parral. Aullaron. Solo un instante. Porque después escondieron sus rabos y se alejaron en dirección opuesta. La Voz se detuvo frente a la ventana. Desde allí veía el cuerpo de Matilde, su espíritu y a Cipriano. Pensó en una venganza rápida que satisfaciera su rencor y dispuso ejecutarla. Cubrió la casa pegándose a las paredes, las molduras, los agujeros. Así, prendida como sanguijuela, chupó el aire que contenía. Despacio, tan lentamente como su odio se lo permitía. En eso estaba cuando Laura la mordió. Así de simple. Porque a la esposa de Modavel no se le ocurrió otra alternativa para detener a su enemiga y aunque sus dientes de mujer muerta no podían dañar a la Voz, ésta se sintió mordida por los deseos de Laura. Y para soltarse se encogió. Y abandonó sin lucha el campo de batalla.

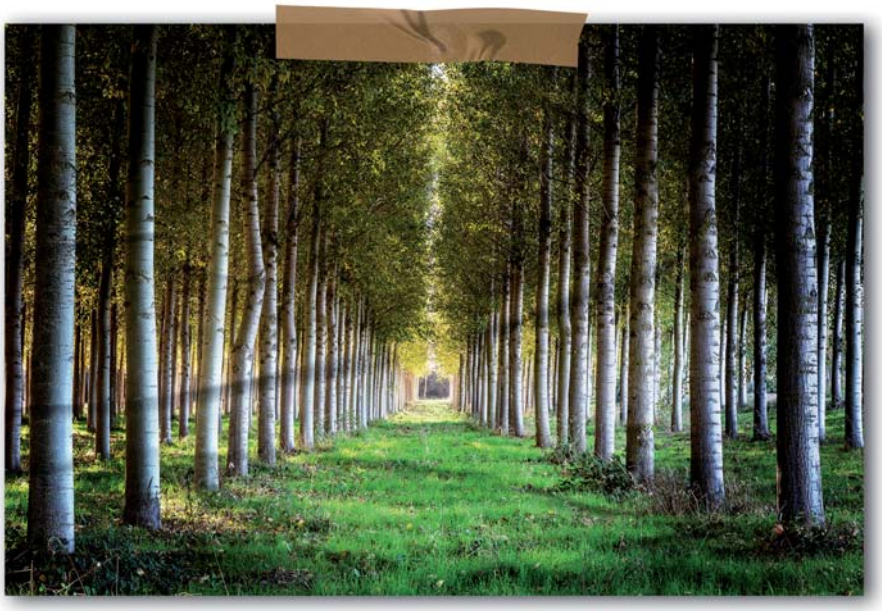
Laura mantenía los dientes apretados cuando la encontró Matilde, quien ignoraba lo ocurrido. Su imagen era tenebrosa: el vestido de novia desordenado, los labios babeantes, ojos violentos, el cabello revuelto. Contra lo que aconsejaba la cordura, la hija de Cipriano se acercó para consolarla. Y si en un primer momento Laura intentó rechazarla, después la dejó hacer. Y mientras era acariciada por una desconocida recordó a Tim y a Raquel, las otras esposas de Modavel, quienes solían tratarla de igual forma. Así, una al lado de la otra, abrazadas, pasaron la noche.
Amaneció nublado. Las sierras parecían al alcance de la mano, con excepción de las cimas, escondidas en las nubes. Los olores de las plantas se afirmaban a baja altura dividiendo el aire. En los días grises La Quinta era un sueño.
Cipriano llegó hasta los galpones seguido por su hija. Cepilló la madera cortada y con una garlopa igualó las junturas de las tablas. Después inició el armado. No bien lo terminó se dedicó a pensar con qué lo forraría. Descartó sus sábanas viejas y la lona del catre. Su hija merecía más que eso. Y cuando decidió comprar un género en la ciudad su vista recayó en los nogales. Trasladó el féretro hasta su casa. Lo asentó bajo el parral y luego de saludar al espíritu de su hija que aún conversaba con Laura, se dirigió al fondo empujando una carretilla. Una hora más tarde estaba de regreso, con la carretilla cargada de hojas. Había elegido las más grandes y sanas. Se sentó al lado del cajón y fue acomodándolas sobre el fondo, una por una, hasta cubrirlo con un colchón mullido y fragante. Con delicadeza ubicó el cadáver. Luego, con el resto de las hojas, rellenó los costados libres y clavó la tapa con martillazos certeros.
Una neblina espesa se asentó sobre el suelo cuando Cipriano, pala en mano y ayudado por un arnés, inició el camino hacia el lugar elegido. No iba solo. Laura y Matilde lo seguían a escasa diferencia. Más atrás Caldo y Bastón daban círculos sin alejarse demasiado. El cortejo llegó al canal por el sendero bordeado de álamos. Bruno e Yñaga, sentados en la compuerta, recién lo distinguieron cuando la distancia les impidió ocultarse.
Al brujo, que veía por primera vez a su amada de esa forma, se le aceleró el corazón. Y rogó, como cualquier enamorado, que ella lo mirara. Pero Matilde mantuvo su actitud concentrada: la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo, las manos cruzadas sobre el regazo.
Cipriano tampoco lo tuvo en cuenta, y luego de quitarse el arnés recorrió los pocos metros que lo separaban del canal. Allí, de espalda a las sierras, miró de este a oeste hasta ubicar el sitio preciso, donde se dirigió con paso firme. Empuñó la pala. El suelo mostró su interior oscuro, perforado por gusanos que se retorcían al quedar a la intemperie. El agujero se agrandó con rapidez y la tumba quedó terminada antes de que la noche fuera completa. La tierra abierta recibió el cajón con el cuerpo de Matilde y después, con la ayuda del peón, se encargó de cubrirlo.
Hubo recogimiento entre los presentes. Cipriano, apoyado en el mango de la pala con ambas manos, recordó la infancia de su hija y agradeció que su cansado cuerpo le hubiera permitido concluir la tarea. Matilde tuvo ganas de llorar. No recordaba haber llorado mientras vivía, pero parada frente a su tumba rogó poder hacerlo para así liberar su pecho que se ahogaba. Laura, al notar su estado, la tomó de la cintura y susurró palabras de aliento. Caldo, Bastón y el animal de piel aceitosa dejaron de moverse. Bruno, que se había puesto de pie, pensó en Augusta y rezó por ella. Solo a Yñaga no le importaba lo que sucedía con los despojos de Matilde. A él le interesaba su espíritu, que estaba de pie, muy cerca, a quien amaba con un amor grande, adolescente, apasionado, cargado de temores y tristezas, un amor indomable, confuso, doloroso, inexperto y, por sobre todas las cosas, visible, tanto que atrajo la atención de Matilde.
Miró al brujo y se preguntó por qué ese hombre esquelético, de barba rojiza, se inmiscuía en sus pensamientos turbándole la razón y no encontró mejor manera de escapar a su desasosiego que tomando la mano de Laura, que en vida fuera prostituta y que, con respecto al amor, tenía una muy triste experiencia. Hecho que la llevaría a predisponerla contra la naciente relación. Situación contradictoria, sin duda. Porque desde que finalizó el sepelio, Bruno hizo lo imposible para acercar a la pareja y Laura se esforzó para separarlos.
Los otros habitantes de La Quinta también tomaron partido. Cipriano se oponía a la relación por egoísmo: suponía que el amor le haría perder a su hija. El animal de piel aceitosa se alineaba en el mismo bando por maldad: odiaba a Yñaga y cualquier daño que sufriera lo hacía feliz. La Voz deseaba un desenlace similar, si bien reconocía que un fracaso sentimental alegraría a Cipriano, descontaba que Matilde sufriría lo suficiente para que padre e hija se vieran envueltos en una atmósfera cargada de reproches y remordimientos. Spunter se inclinaba a favor de la pareja. Condenado a alimentar sanguijuelas, aspiraba a que alguien experimentara lo que él no había vivido. Martín pensaba lo mismo. Sus pocos años le impedían sospechar un resultado distinto. El amor estaba de por medio. A la corriente del sótano le atraía el exterior, y cansada de ver hechos tristes deseaba, sin mucha intensidad, contemplar los efectos de una pasión. El pensamiento anudado de los dos hombres muertos, apostaba a la discordia (con toda lógica, porque Chino y Lobito habían vivido y muerto en la violencia y cualquier otro final les repugnaba). Sintetizando, a favor de Matilde e Yñaga se agrupaban Martín, Spunter, Bruno y, por supuesto, la pareja de enamorados, que aunque no habitaba la propiedad en forma permanente, nadie dudaba de que llegado el caso apoyaría el romance. Y de esta lista el brujo tenía un solo aliado efectivo: Bruno. Porque Spunter y Martín nunca abandonaban el aljibe y la pareja de enamorados, como se dijo, residía quién sabe dónde. O sea que la empresa parecía destinada al fracaso. Pero el amor era un contendiente poderoso en esa época. A Matilde, como se dijo, la situación que se le planteaba en el mundo muerto le enredaba el razonamiento. A veces, cuando estaba sola, apoyada en un nogal o en un poste de alambrado, su mirada se ausentaba. Alejada del ambiente que la rodeaba, recordaba a Yñaga sin proponérselo. La figura del brujo se le metía en la memoria en forma minuciosa. Y no tenía voluntad para echarlo de allí. Lo dejaba estar: recorría su cuerpo, deteniéndose en sus ojos, la boca o la barba rojiza. Sintiéndose culpable. Porque sabía que de esa forma traicionaba a Laura, su fiel amiga, y a su padre. “Nada justifica la traición” decía censurándose. Pero aun así, Yñaga seguía prendido a sus recuerdos. Y tenía que reconocer, le gustara o no, que el brujo le despertaba un interés que no podía dominar.

(*) 26ta entrega

EXPRESIONES DE LA ALDEA

LA QUINTA

ELIGIENDO EL LUGAR
(Cómo hacés para mantener la música)



Por Jorge O. Sallenave (*)

La Noche de Reyes se presentó ese año con un clima de mil demonios. Aunque debieron ser más de mil, por la fuerza de la tormenta y del viento huracanado. También hubo granizo… y grande, que dejó el suelo cubierto de hojas heridas. En los frutales el daño fue considerable. Duraznos y damascos se partieron saturando el aire con un olor dulzón. Sin contar el frío que quedó durante varias horas. Y eso que era verano.

Para la mayoría de los habitantes de La Quinta la fecha carecía de significado. No así para Bruno y Cipriano, quienes pensaron que era el tiempo justo para hacer un regalo a Matilde.

El hombre gordo y bailarín se acercó a su desconsolado amigo (Yñaga, como era su costumbre, estaba sentado en la compuerta, los pies hundidos en el agua) y le dijo que era hora de hablar con Matilde, que con mirarla a la distancia no ganaba nada y que al final de cuentas si lo rechazaba era mejor saberlo pronto. "¿Cómo hago?", preguntó el brujo dispuesto a afrontar cualquier peligro antes de continuar en tan penosa situación. Y Bruno, que esperaba esa pregunta para dar rienda suelta a su plan, le recordó que era Noche de Reyes: "Toda mujer conserva en su alma la niña que fue. Debes regalarle algo". Y agregó: "El amor es imaginación, poesía, tan irracional como te permiten los sentidos abiertos. Es como tener alas. Volar a cielo abierto mientras los otros se arrastran". A Yñaga se le iluminó el rostro al escucharlo. Recordó que él podía volar y si iba a hacer un regalo nada mejor que ése. O sea: enseñarle lo que sabía.

Mientras el brujo así pensaba, Cipriano descolgaba la fotografía enmarcada en plata. Ese era su regalo. Limpió el marco hasta que reflejó su rostro y luego lo guardó en un cajón del viejo aparador, para sacarlo esa noche, antes de sentarse bajo el parral, a esperar a su hija.

Matilde, a esa hora, caminaba con Laura por el callejón bordeado de álamos, de regreso a su casa. Iba callada, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si se cubriera del frío que había dejado la tormenta, y que en realidad no sentía. Laura, un poco más atrás, sabía que el silencio de su amiga tenía una raíz profunda: el sentimiento que crecía en secreto le producía dolor y perplejidad y si se empecinaba en mantenerlo oculto, el sufrimiento aumentaría enturbiando lo que podía resultar claro. Por eso se acercó a ella con total certeza y trató de desahogarla: "¿Lo amas, verdad?". Y cuando llegaron bajo el parral, Laura había aceptado que nada podía hacer para evitar lo inevitable. Como lo entendió Cipriano, después de entregar su regalo y escuchar a su hija.

Decisiones que causaron gran enojo a la Voz y al animal de piel aceitosa. Y la Voz fue un manto negro, pesado, maloliente. Y el animal con ojos de ratón, erizó el lomo y curvó su cola. Y cuando Laura y Cipriano acordaron acompañar a Matilde al fondo de La Quinta para que se reuniera con Yñaga, la Voz y el animal de piel aceitosa fueron tras ellos, con la esperanza de que algo impidiera el encuentro. Y fue entonces cuando el animal hizo un intento para detener lo inevitable. Burdo e inútil, como que había perdido el gobierno de sus actos por la furia, supuso, con su inteligencia extraviada, que si atacaba los restos mortales de Matilde, quebrantaría su espíritu. Y hundió garras y dientes en la blanda sepultura. Cavó sin pausa. Atragantándose con terrones de tierra, masticando gusanos. Así, atorado, llegó hasta el cadáver, que Solo era huesos. Nadie fue testigo de tan desatinada empresa. Ni siquiera la Voz. Porque se encontraba suspensa de los gestos nerviosos de Yñaga, quien, en forma torpe, equivocando palabras

y silencios, pretendía entregar su regalo. Para hacerlo, necesitaba hablar y ni siquiera completaba una frase. Y Matilde era de escasa ayuda porque se sentía confusa, insegura. (…) Fue Laura, por la experiencia que traía de su vida, la encargada de allanarles el camino. ¿Qué hizo? Se limitó a alejarse. El hombre gordo y bailarín metió las manos en los bolsillos y la siguió silbando "El hombre que amo".

Cipriano se demoró un poco. Se negaba a una nueva separación. Y necesitó toda su voluntad para dar el primer paso. Momentos después, se vio volar a la pareja.

LA OCUPACIÓN

(Epílogo)

La ciudad rebasó. Por el este, donde enfrentaba a las sierras. Y llegó a La Quinta, que la contuvo. Después la presión se hizo insoportable. Nadie pregonaba la ocupación, no era necesario. La idea prendía en silencio con Solo ver los grandes árboles, el espacio solitario, su belleza.

Los trámites de la expropiación sufrieron algunas dificultades. Se desconocía quién era el propietario, y para aumentar el entorpecimiento, el único habitante, un anciano, fue encontrado en un estado lamentable sobre un catre de lona, sin habla, aferrado a una fotografía enmarcada en plata. Se requirió el envío de una ambulancia que llegó a La Quinta media hora más tarde por el callejón de retamos, estacionándose en el parque de la casa principal, lo que obligó a los enfermeros a cubrir a pie el último tramo y regresar, cargando el cuerpo de Cipriano, de la misma forma. "Oportunidad en que fueron atacados por dos perros, presumiblemente salvajes, que les causaron heridas de consideración y después huyeron en dirección a las montañas", puntualizó el escribiente a cargo de confeccionar el borrador del acta de posesión. El mismo que diría después, en rueda de amigos: "El viejo tenía un olor inaguantable. Le venía de adentro. Con la respiración y también por los poros. Como si ya estuviera muerto. ¡Apestaba! Si hasta el médico anduvo haciendo arcadas. Para mí que lo comían los gusanos. Ninguno de nosotros apostaba a que llegaría con vida a la ambulancia. Menos con el revuelo que armaron los perros. En realidad parecían lobos. Sobre todo el de color negro. ¡Pobre el que se encuentre con ellos! Harían bien en buscarlos. La cuestión es que al final llegamos a la ambulancia y uno de los camilleros quiso sacarle el portarretratos al viejo, por prevención, para entregárselo al escribano. El viejo lanzó un alarido que nos destrozó los tímpanos y no lo soltó. ¡Casi le quiebra el brazo al enfermero! Ni hablar de cómo nos miraba. Si parecía un lechuzo. Imposible acercarse. ¿Quién se iba a animar? Con el olor que largaba, los ojos saltones, chillando como chancho degollado. Con tal demostración de vitalidad ya nadie pensaba en su muerte. ¿Y qué pasó? No bien la ambulancia atraviesa la tranquera de entrada, el viejo lanza otro grito atronador, como si con ese grito escupiera la vida que le quedaba. Porque ahí no más se murió. Se evaporó en un santiamén, dejando sobre la camilla un líquido cremoso, como helado derretido. Y adivinen. Ni rastros del portarretratos. Por supuesto que alguien se lo pudo meter en el bolsillo. Pero no fue así… no sé qué me llevó a mirar el cielo ¡Si fue para no creer! A metros revoloteaba una pareja. El hombre llevaba puesta una sotana y la mujer iba desnuda, con el portarretratos en la mano libre, porque con la otra se tomaba del cura. ¿Por qué digo cura? Por la sotana. No, los otros no vieron nada. Sí desaparecieron al instante. ¿Se ríen…? Está bien, búrlense si quieren…me importa un pito si me creen o no. Yo a ese lugar no vuelvo. Y quiero ver lo que pasará cuando inicien los trabajos".

Las obras comenzaron en pleno verano y la empresa adjudicataria supo disimular algunos hechos inexplicables: al realizarse la mensura, el agrimensor fue sorprendido en varias oportunidades por una mujer de particular belleza, vestida de novia, de gesto melancólico. Y después, al efectuarse el replanteo de la obra, los ingenieros vieron entorpecido su trabajo por una molesta comadreja que destruía estacas y piolines con una constancia exasperante. Pese a estos contratiempos se alcanzó la etapa de ejecución. Llegaron las máquinas: ruidosas, imponentes en sus carrocerías de chapa y acero, ante la alegría de los vecinos que las miraban extasiados. Animándose a subir si eran invitados y saludando desde lo alto para marcar diferencias con los que habían quedado abajo.

Y la noche de ese día en que llegaron las máquinas a La Quinta, sucedió lo siguiente: la Voz, agotada por el barullo, se despidió de Martín. Con profunda tristeza, por no haber conmovido su corazón. Y ascendió a la superficie donde se extendió en un manto tan negro como la oscuridad del cielo, para dejarse llevar por la brisa del este hacia la ciudad que dormía. Allí dividió su manto en infinitos puntos negros que cayeron como lluvia sobre las silenciosas casas.

Los demás habitantes, que la vieron partir, sintieron necesidad de buscar su propio rumbo. El animal de piel aceitosa arrastró su vientre hasta un pozo ciego, donde se confundió con otras alimañas. El pensamiento anudado de dos hombres muertos decidió seguir unido hasta encontrar a alguien que recuperara, con sus acciones, la violencia que habían vivido. La corriente del sótano, zamarreando los nogales, llegó a las montañas, trepó por las laderas rocosas, alcanzó la cima y desapareció por la ladera opuesta. Spunter, sin tener adónde ir, dejó que las sanguijuelas acabaran su trabajo. Martín deseó regresar a su casa para observar lo que ocurría con él ausente y las paredes del pozo se hicieron transparentes y permeables. La araña de patas largas renovó su tejido sin prestar atención a la mudanza, convencida que antes del amanecer encadenaría con su baba todos los nogales de La Quinta. La pareja de enamorados, acompañada por un caballo negro, contemplaba estos cambios desde las sierras, preguntándose dónde estarían Yñaga, Matilde y Cipriano que habían volado tan alto. Bruno escuchó la música del Centro Vecinal; "Suena a jazz" dijo, e invitó a Laura a bailar. "Para olvidar las penas", agregó.

A la mañana siguiente una topadora arrasó con el aljibe, en realidad un pozo en desuso. FIN

Jorge era un nacido y criado en San Luis, polifacético e inquieto escribió su primera novela a los 14 años. Aunque de profesión abogado, no era lo único que lo definía: "soy un escritor puntano que ha realizado una vasta producción en novelas y cuentos. Dentro de mis principales novelas se pueden destacar 'El Club de las Acacias', 'La Quinta', 'Elvira de Lesbene', 'Lamagrande', 'De tantos no puede ser se va la vida', 'Pensión Virgen Negra', 'La Fuga', entre varias obras más. En cuento podemos destacar 'Cuentos del viento' y 'El viento que viene del sur', entre otros. También incursioné en la dramaturgia con una obra que se llama 'La Rotonda'. En una época me dediqué al periodismo radial, en la Radio Municipal de Buenos Aires, en Radio Rivadavia y en Radio El Mundo. También realicé periodismo gráfico en Primera Plana, La Hipotenusa y para algunas importantes editoriales. He sido guionista de programas de televisión", describía el propio Sallenave.

Para La Opinión y La Voz del Sud ha sido un honor publicar una de sus obras más icónicas. El fallecimiento de uno de los más grandes escritores de la cultura puntana contemporánea deja un gran vacío y una gran responsabilidad: leer y volver a leer a Jorge Osvaldo Sallenave.

"Los sueños me han acompañado durante toda la vida y me siento muy feliz, y seguiré teniendo muchos sueños. San Luis fue mi vida y sigue siendo mi vida, la mayoría de mis historias están basadas en historias de gente común, allí me encuentran", Jorge Sallenave.